



BRANDON
SANDERSON

INFINITY

BLADE

LA ESPADA
INFINITA
EL DESPERTAR



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Adiestrado desde su nacimiento en esgrima y combate, un joven caballero llamado Siris ha luchado ferozmente para poder enfrentarse al tiránico Rey Dios en un combate cara a cara.

Esta es la misión que ha heredado de toda su estirpe y que se remonta a incontables generaciones, en un continuo esfuerzo por liberar a su pueblo de la esclavitud. Pero cuando finalmente parece lograr su cometido, Siris se verá de pronto arrojado a un mundo mucho más peligroso, lleno de guerreros, ladrones, antiguos conflictos, peleas y alianzas cambiantes, entre mortales, inmortales y aspirantes a reyes. Sus ansias de libertad le llevarán a un viaje épico en busca de un ser, el único ser en el mundo, que podrá desentrañar los verdaderos secretos de Infinity Blade, la Espada Infinita.

L≡**LIBROS**

Brandon Sanderson

La espada infinita

El despertar

Infinity Blade - 1

Prólogo

La muerte de Dios no significó tanto como para que cambiase la vida de la gente de Drem's Maw. De hecho, la mayoría no supo que su deidad había caído.

Sin embargo, aquellos que sí lo supieron sacaron provecho.

—No hay nada en absoluto de qué preocuparse —dijo Weallix, alzando las manos mientras se ponía de pie en una plataforma improvisada sobre dos carros. De un lado, estaba flanqueado por un daeril, una criatura descomunal que solo superficialmente se parecía a un hombre. Había muchas clases de daerils, pero este tenía una piel violeta oscura y brazos tan gruesos como troncos de árbol.

—Siempre me pagasteis los impuestos, y siempre los he entregado —continuó Weallix, dirigiéndose a la multitud—. Ahora voy a quedármelos y seré vuestro señor. Para vosotros, será más conveniente tener un líder local.

—¿Y qué hay del Rey Dios? —preguntó una voz procedente de la nerviosa muchedumbre. Las cosas habían sido siempre iguales durante siglos en Drem's Maw. Trabajaban sin descanso para cumplir con la cuota y eran amenazados por los recaudadores de impuestos para que entregasen casi todo lo que tenían.

—El Rey Dios no tiene queja alguna en relación con este arreglo —dijo Weallix.

La multitud protestó, pero ¿qué otra cosa podían hacer? Weallix tenía daerils y soldados, y, se suponía, contaba con la bendición del Rey Dios.

Un forastero se adelantó hasta el borde de la multitud. Había humedad en el aire y un olor a minerales. Drem's Maw había sido construido dentro de una enorme caverna. Tenía una entrada amplia en forma de boca sonriente, unos cien metros delante, y miles de estalactitas colgaban del techo; muchas eran tan gruesas que tres hombres cogidos de las manos no podrían rodearlas por completo.

Sin embargo, apenas quedaban vestigios de muchas de las gigantescas formaciones rocosas. Cien enormes cadenas colgaban del techo de la caverna, con los extremos atornillados a la piedra. Los hombres trepaban por esas cadenas cada día y se ataban con arneses al techo, de donde extraían los minerales preciosos que el Rey Dios exigía.

La ubicación de las construcciones en el pueblo cambiaba mes a mes, dejando libre la zona donde los mineros trabajaban. Más aún, la mayoría de la gente —hombres, mujeres y niños— llevaban un casco para protegerse de los fragmentos de roca que caían.

—¿Por qué ahora? —gritó uno de los más valientes—. ¿Por qué nos hacen tener un señor local, cuando antes siempre hemos sido capaces de elegir a nuestros propios líderes?

—¡El Rey Dios no necesita explicarte sus designios! —aulló Weallix. En lugar de un casco, llevaba su gorro de recaudador y un suntuoso traje de terciopelo

violeta y verde.

La gente del pueblo guardó silencio. Desobedecer al Rey Dios significaba la muerte. Muchos ni siquiera se atrevían a preguntar.

El forastero caminó alrededor de la multitud, pasando entre las cadenas colgantes de gruesos y negros eslabones. Algunas personas lo miraron, tratando de verle el rostro, oculto en el fondo de su profunda capucha. La mayoría se apartaba, suponiendo que era uno de los que habían llegado con Weallix. Le abrían paso, mientras él se dirigía hacia el centro del gentío, donde el recaudador continuaba explicando las nuevas reglas del pueblo.

El forastero no tuvo que avanzar a empujones ni empujar; la multitud no estaba tan apretujada como para hacerlo. Pasó delante de una de las gruesas cadenas y titubeó, aferrándose a ella con una mano.

Esa cadena tenía atadas cintas azules, remanentes del festival que allí se había celebrado una semana atrás. Pétalos de flores —ahora marchitas— todavía se escondían entre las grietas y los rincones. Algunas de las construcciones, incluso, se habían pintado de nuevo. Todo para la Celebración del Sacrificio, un día que solo ocurría una vez cada dos décadas.

—... Así que, por supuesto, nadie puede discutir mi autoridad —dijo Weallix. Y dirigiéndose hacia el hombre que antes lo había cuestionado, añadió—: ¿Te queda claro?

—Sí..., sí, mi señor —respondió el hombre, encogiéndose.

—Excelente —dijo Weallix—. Recibirás tu merecido y proseguiremos con nuestro festejo, entonces.

—Pero, ¡mi señor! —exclamó el hombre—. Yo...

—De modo que vuelves a cuestionarme —lo interrumpió Weallix bruscamente—. Lo pagarás. No debes olvidar a quién perteneces.

Los daerils empezaron a descender sobre la gente. Había toda una variedad de esos monstruos inhumanos, que se diferenciaban por la piel, la forma y el color; algunos tenían zarpas, otros, ojos ardientes. Avanzaron a empujones, arrancándoles las muchachas a sus familias, incluida la hija de quien había hablado.

—¡No! —gritó el hombre, tratando de apartar a los daerils—. ¡Por favor, no!

Un daeril, agazapado como un lobo, con bultos descarnados en la piel y un rostro que parecía quemado, silbó y luego alzó su espada dejándola caer sobre el hombre.

En la caverna se oyó un sonido metálico.

El forastero, de pie, con el brazo extendido, frenó con su espada el ataque del daeril.

La multitud, los daerils y Weallix parecieron todos ver por primera vez al forastero. La gente se apartó de él formando un círculo.

Luego vieron la espada.

Esa espada. Larga y fina en los costados, con una serie de tres agujeros en el centro... todo un símbolo que cualquier niño de la tierra había aprendido a reconocer. Un símbolo de poder, autoridad y mando.

Era la propia espada del Rey Dios.

El daeril estaba tan sorprendido que nada pudo hacer salvo quedarse boquiabierto cuando el forastero hizo girar el arma y le atravesó la garganta.

En un abrir y cerrar de ojos, liberó la espada y se lanzó hacia delante, arrastrando su capa tras él. Se agarró a una cadena, moviéndose con seguridad, y se balanceó. Alcanzó así a un par de daerils que arrastraban a una joven hacia la plataforma.

Los dos cayeron fácilmente. Aquellos no eran los campeones del palacio del Rey Dios, sino simples brutos. El forastero los dejó gorgoteando en su propia sangre.

Weallix comenzó a llamar a gritos a sus soldados. Rugió y despotricó, señalándolo. Luego se detuvo y tropezó hacia atrás cuando el forastero se agarró de una cadena para impulsarse hacia delante, balanceándose hasta aterrizar de un porrazo sobre los carros. El daeril de piel violeta dio un golpe con una maza voluminosa, pero el arma del Rey Dios —la Espada Infinita— resplandeció en el aire. El daeril miró desconcertado el trozo de maza que le había quedado. Su cabeza golpeó sordamente contra el suelo del carro. Un momento después, la siguió el cuerpo del daeril.

Weallix intentó saltar del carro, pero cayó de rodillas cuando el vehículo se sacudió. Al levantarse, descubrió el filo de la espada cerca de su cuello.

—Haz que se detengan —ordenó el forastero en voz baja.

—¡Daerils! —gritó Weallix—. ¡Soltad a la gente y retroceded! ¡Retroceded!

La capucha del forastero había caído hacia atrás, revelando un yelmo plateado que le cubría el rostro. Esperó a que los monstruos retrocedieran hasta el borde de la multitud. Luego levantó la espada —de la que goteaba la sangre de los daerils que había derribado— y señaló hacia la entrada del pueblo en forma de boca.

—Vete. No vuelvas más.

Weallix obedeció y se cayó al suelo cuando bajaba del carro, luego se precipitó a toda carrera fuera de la caverna, con sus daerils tropezando a su alrededor.

La gruta quedó en silencio. El forastero finalmente se enderezó y se quitó el yelmo, exponiendo su cabello castaño claro y su rostro juvenil. Siris. El Sacrificio. El hombre que había sido enviado a morir.

—He vuelto —le dijo a la gente del pueblo.

—No estaba previsto que ganase —susurró el Maestro Renn.

Siris podía oírlos hablar en el otro cuarto de la choza de Renn. Estaba sentado en silencio, sosteniendo un pequeño cuenco de sopa en la mano. Berros del pantano, una sopa muy saludable. Una sopa de guerrero.

Sabía a agua de lavar platos.

—Bueno —dijo el Maestro Shanna—, no podemos exactamente culparlo, ¿o sí? Por estar vivo, quiero decir.

—Fue a pelear contra el Rey Dios —dijo el Maestro Hobb—. Nosotros lo enviamos a luchar contra el Rey Dios.

Y Siris había ido, al igual que su padre y que su abuelo. A lo largo de los siglos, habían sido enviados por docenas, siempre miembros de la misma familia. Una familia amparada, protegida y escondida por la gente de la tierra.

Lo habían llamado el Sacrificio. Era su manera de contraatacar. El único modo. Vivían bajo el opresivo pulgar del Rey Dios. Le pagaban tributo con casi todo lo que tenían, sufrían la brutalidad de hombres como Weallix, quien, hasta que se había hecho con el poder, había sido un simple recaudador de impuestos.

Pero ellos cumplían con ese único acto de rebelión. Una familia escondida. Un guerrero en cada generación, enviado para mostrar que la gente de esa tierra no estaba completamente dominada.

El Sacrificio no necesitaba ganar. No se esperaba que ganara. No se suponía que fuera capaz de ganar.

«Que el infierno me lleve», pensó Siris contemplando su cuenco. «Ni siquiera yo esperaba vencerlo.» Siris había partido con el sueño de que quizá, si fuera increíblemente afortunado, iba a herir al Rey Dios, haciendo que el tirano sangrara.

En lugar de ello, había derribado a uno de los Inmortales.

En el otro cuarto se hizo silencio, luego continuaron los murmullos, tan bajos como para que él no pudiera oír.

«Lo hice de verdad —pensó Siris—. Estoy vivo.» Ahora estaba empezando a comprender. Bajó la vista y luego, intencionadamente, apartó el cuenco. «¡Y eso significa que nunca más tendré que beber esta mierda!»

Se puso de pie sonriendo. Había soñado con lo que podría pasar si lograba matar al Rey Dios. No se atrevía a esperarlo, pero se había permitido ese sueño. Había imaginado el triunfo, las celebraciones. Se había imaginado exultante en su victoria. Sin embargo, no se sentía exultante. En cambio, sí se sentía libre.

Ser el Sacrificio había sido la norma de todo cuanto había hecho. Pero eso había terminado. Por fin. Por fin podía descifrar quién era: la persona que podía llegar a ser sin el peso de esa tarea terrible sobre los hombros. Por un momento dudó, luego sacó del bolsillo un pequeño cuaderno con tapas de madera. Se lo

había dado su madre, quien le había dicho que registrase sus pensamientos cada noche mientras viajaba hacia el castillo del Rey Dios.

Su madre y él se contaban entre los pocos habitantes del pueblo que podían leer. El Sacrificio tenía que saber leer. Siris no estaba seguro de por qué, era una mera tradición. No le había parecido un requisito trabajoso; leer y escribir le había resultado fácil.

El cuaderno estaba vacío. Siris nunca había escrito en él, y se sentía como un tonto por no haber seguido la sugerencia de su madre. No había sido capaz de esforzarse por hacerlo. Había marchado hacia su muerte, determinado a vengar a sus mayores, quienes habían caído ante la espada del Rey Dios. No para matar a la criatura, sino para combatirla, para demostrarle —a pesar de lo que él pudiese pensar— que el mundo no era completamente suyo.

Su madre había incluido un carboncillo junto con el cuaderno. Siris lo levantó y lo abrió en la primera página. Allí, en letras gruesas, escribió una frase:

«Odio la sopa de berros del pantano.»

En ese momento se abrió la puerta y Siris se volvió para enfrentar a los ancianos del pueblo. El Maestro Renn, un hombre bajo, calvo, con una cara redonda y un traje de ceremonias ahora desvaído por la edad, los presidía.

—Siris —dijo el Maestro Renn—, estábamos preguntándonos... qué pretendes hacer ahora.

Siris se tomó un momento para pensar.

—Pretendo visitar a mi madre —respondió—. Dado que es el mediodía, supuse que estaba en el pueblo. Debería haber ido a su choza antes.

Ella vivía fuera de la caverna principal, al aire libre.

—Sí, sí —dijo el Maestro Renn—. Pero ¿y después de eso...?

—Lo he pensado mucho, Maestro —contestó Siris escondiendo el diario—. Y... bueno, he llegado a una decisión.

—¿Sí?

—Me voy a nadar.

El Maestro Renn parpadeó sorprendido. Luego, se volvió hacia los ancianos.

—Después de eso —prosiguió Siris—, voy a comer un pastel de acebo. ¿Podéis imaginaros que nunca he comido un pastel de acebo? Siempre he estado siguiendo una dieta demasiado estricta como para comer pasteles durante las fiestas. Un guerrero no puede permitirse tal frivolidad —dijo, frotándose la barbilla—. Todo el mundo dice que el pastel de acebo es el mejor.

«Ojalá me guste —pensó—. Odiaría haber pasado todos estos años envidiando a todo el mundo por nada.»

—Siris —dijo el Maestro Renn, acercándose. Sus ojos parpadearon en dirección al rincón del pequeño cuarto donde la armadura de Siris yacía apilada, envuelta en su capa, que estaba doblada como un paquete. La Espada Infinita reposaba contra la pila—. ¿Realmente lo hiciste? ¿No te habrás... deslizado ahí y

solo robado su espada, no?

—¿Qué? —exclamó Siris—. ¡Claro que no!

El combate apareció en su mente como un destello. Espada contra espada. La voz del Rey Dios, imperiosa, llena de desdén y, sin embargo, honesta. Inesperadamente, había sido un duelo honorable, según el antiguo ideal.

—¿Y los otros? —preguntó el Maestro Renn—. ¿Los otros seis miembros del Panteón? Mataste a su rey. ¿Te enfrentaste a los otros?

—Me batí con algunos cautivos en la mazmorra —repuso Siris—. Creo que podrían haber sido importantes, pero no parecían miembros del Panteón. No los he reconocido, al menos.

El Maestro Renn miró a los ancianos. Estos empezaron a moverse incómodos.

—¿Qué sucede? —preguntó Siris.

—Siris —dijo el Maestro Renn—, no puedes quedarte aquí.

—¿Cómo? ¡Por qué no!

—Pronto vendrán a buscarte, hijo —respondió el Maestro Renn—. Vendrán en busca de eso —agregó y volvió a mirar en dirección a la espada.

—Todos los inmortales codician la Espada Infinita —dijo el Maestro Hanna, situado detrás de Renn—. Eso lo sabe todo el mundo.

—Estarán enfadados —agregó el Maestro Hord—. Furiosos contigo por lo que has hecho.

—No podemos dejar que te quedes en el pueblo —añadió el Maestro Renn—. Por el bien de todos nosotros, tienes que irte, Siris.

—¿Me estáis desterrando? —preguntó Siris—. Que el infierno me lleve... Os he salvado. ¡Os he salvado a todos!

—Y eso lo apreciamos —dijo el Maestro Renn.

Varios de los ancianos presentes no parecían estar de acuerdo. Hacía apenas una semana, esa gente había brindado por su valor. Lo habían despedido con una fiesta y una fanfarria. Lo habían elogiado y alabado. « No querían que ganase », pensó mirando a esos ojos hostiles. « Tienen miedo. Hablaban de libertad, pero no saben qué hacer con ella. »

—Deberías partir rápidamente —le dijo Renn—. Le hemos enviado un mensaje al Señor Weallix, invitándolo a que vuelva.

—¿A él? —preguntó Siris—. ¿Serviréis a esa rata?

—Ahora —dijo el Maestro Hord—, nuestra única esperanza es mostrarnos acobardados, pacíficos. Dominados. Cuando los otros dioses vengan, no deben encontrar un pueblo en rebeldía.

—Es lo mejor, Siris —añadió el Maestro Renn.

—Habéis sido esclavos tanto tiempo —les espetó Siris—, que no sabéis ser otra cosa. ¡Sois tontos! Como niños. —Se dio cuenta de que estaba gritando—. Al cabo de todos estos siglos, una y otra vez festejando y soñando, ¡y ahora arrojáis todo a la basura! ¡Ahora me arrojáis a mí a la basura!

Los ancianos retrocedieron ante su furia. Parecían tenerle miedo. Estaban aterrados.

Siris se puso en guardia, pero luego descubrió que su furia se evaporaba. No podía enojarse con ellos.

Lo único que podía era tenerles lástima.

—Está bien —les dijo, poniéndose en movimiento para recoger sus cosas—. Me iré.

Una hora más tarde, Siris levantó un hacha antigua y gastada. Tenía el filo astillado, el mango oscurecido y degradado por el tiempo. La sopesó, juzgando su peso, e intentó ignorar la tormenta de emociones que había en su interior. Traición. Frustración. Rabia.

Su preparación le permitió liberarse de esos sentimientos por un momento, mientras contemplaba el hacha. Mentalmente, consideró las maneras de poder usarla para ganar una pelea.

Golpear al enemigo en las rodillas, luego, hundirle el hacha en el pecho mientras se derrumba...

Cortarle el cuello, entrando con furia y sirviéndose del largo del mango para aumentar el alcance...

Hacer que el hacha golpee contra el escudo del adversario una y otra vez para que pierda el equilibrio, después retroceder y golpear de manera inesperada desde la derecha...

Alzó el hacha...

... luego la hizo caer contra un tronco apoyado sobre un tocón delante de él. Golpeó el tronco al lado del centro y el hacha rebotó, como si la madera fuese piedra. Siris gruñó y volvió a golpear, pero esta vez solo pudo arrancarle una astilla del costado.

—Maldita sea —se dijo, apoyándose el hacha sobre el hombro—. Cortar madera es mucho más difícil de lo que parece.

—¿Siris? —preguntó una voz asombrada.

Levantó la vista. En el camino que llevaba a la choza en el bosque había una mujer de mediana edad que llevaba un balde con agua. Su cabello comenzaba a canecer y su ropa era simplemente de algodón. Era su madre, Myan.

Su madre sabía qué hacer. Myan era sólida, del mismo modo en que un antiguo tocón de árbol era sólido, o en que la roca movediza que había fuera del pueblo era sólida. De niño él había tratado de empujarla. A pesar de que parecía frágil, no había sido capaz de moverla ni una pulgada.

—Madre —dijo, bajando el hacha. Media hora antes, cuando había llegado, ella no estaba en la choza. Había ido por agua. Siris debía haberlo sabido. Era la tarea que él siempre hacía por ella, ya que el trote hasta el río ida y vuelta le venía bien para entrenarse.

—¡Siris! —exclamó Myan, dejando el balde en el suelo. Corrió hacia él,

cojeando a causa de una caída que había sufrido hacía diez años. Lo tomó del brazo con ternura—. ¿Has entrado en razón entonces? ¿Te has negado a ir al castillo del Rey Dios? ¡Oh, luz de mis ojos! Nunca creí que fueras juicioso. Ahora tenemos...

Su voz se desvaneció cuando vio el objeto que Siris había dejado al lado de la leña. La Espada Infinita. Casi parecía destellar al sol.

—Que el infierno me lleve —susurró Myan, llevando su mano a la boca—. Por los siete señores que gobiernan con terror. ¿De veras lo has hecho? ¿Lo has matado?

Siris volvió a darle con el hacha al tronco. Nuevamente golpeó al lado del centro. « Es la veta —pensó—. Estoy tratando de golpear contra la veta, en lugar de hacerlo en sentido de la veta.»

Era extraño. Podía matar a un hombre con su hacha de diecisiete maneras distintas. Podía imaginarse cada una en perfecto orden, podía sentir cómo se movía su cuerpo con cada acción. Sin embargo, no podía hachar madera. Jamás había tenido la oportunidad de intentarlo.

—De modo que no entraste en razón —dijo Myan.

—No —replicó Siris.

Ella nunca había querido que él fuera. No había mostrado abiertamente su disgusto. No había querido minar lo que el resto del pueblo —el resto de la tierra misma— veía como el destino de él y el privilegio de ella. Tal vez, de algún modo, había sentido que ese era el destino de su hijo. Siris nunca había pensado seriamente en escaparse. Eso habría sido como... como escalar la montaña más alta del mundo y luego retroceder diez pasos respecto de la cima.

No, ella no había intentado socavar su entrenamiento. Pero ¿qué madre habría querido que su hijo partiera hacia una muerte segura? Myan había tratado de disuadirlo la noche anterior a la Celebración del Sacrificio, y ese había sido su mayor intento. Pero, entonces, ya era demasiado tarde. Para ambos.

—Tenemos que ir al pueblo —exclamó ella—. Hablar con los ancianos. ¡Habrás festejos! ¡Fiestas! Baile y... y... Pero ¿qué es esa mirada, hijo mío?

—Ya he estado en el pueblo —dijo Siris, haciendo que ella lo soltara—. No habrá festejos, Madre. Me desterraron.

—¿Te desterraron?... ¿Por qué te habrían...? —Se quedó en silencio tratando de comprender—. Esos retrasados. Tienen miedo, ¿no?

—Supongo que tienen sus razones para temer —dijo Siris, apartando el hacha y sentándose en el tocón—. Están en lo cierto. Vendrá gente a buscarme.

—No tiene sentido —dijo la mujer, acucillándose a su lado—. Hijo, no dejaré que te vayas. No voy a pasar por eso otra vez.

Él alzó la vista y no dijo nada. Tal vez, con el apoyo del pueblo, se habría quedado. Pero solo con el de su madre... No. No la pondría en peligro.

¿Para qué entonces había ido a verla? « Por que quería que supiera —pensó—.

Porque quería mostrarle que estoy vivo.» Quizás habría sido mejor no haber ido a verla.

—Tú no vas a dejarme decidir, ¿no es cierto? —preguntó ella.

Él dudó, pero luego dijo que no con la cabeza.

El brazo de Myan lo aferró con más fuerza.

—Siempre el guerrero —susurró la mujer—. Bien, al menos déjame prepararte una buena comida. Tal vez después podamos seguir hablando.

Se sintió inmensamente mejor con una buena comida en el estómago. Por desgracia, su madre no tenía acebo para hacerle un pastel, pero le preparó una tarta de melocotones. Él anotó cuidadosamente en su diario:

« Me gusta la tarta de melocotones.»

—¿Cuántas veces intenté darte esto cuando estabas creciendo? —le preguntó la madre, sentada al otro lado de la mesa, viéndolo zamparse el último bocado.

—Docenas de veces —respondió él.

—Y siempre te negabas.

—Yo... —Era difícil de explicar. No obstante, él sabía cuál era su deber. Incluso desde niño. Las expectativas del pueblo eran altas y lo habían llevado a esforzarse, pero la verdad era que él también las tenía.

—Siempre fuiste un niño extraño —le dijo ella—. Tan solemne. Tan obediente. Tan concentrado. A veces me sentía más como la dueña de una posada que como tu madre. Incluso cuando eras pequeño.

Cuando le hablaba así, él se sentía incómodo.

—Nunca mencionas a Padre. ¿Él también era así?

—No lo conocí mucho —respondió la mujer, pensativa—. ¿Acaso no resulta extraño? Nos conocimos como en un sueño, nos casamos ese mismo mes. Luego se fue, partió para ser el Sacrificio. Me dejé contigo.

Ella había llegado a Drem's Maw para apartarse de su antigua vida. Aquí tenía primos, pero nunca encajó realmente en el lugar. Tampoco él, aun cuando la gente del pueblo afirmaba estar orgullosa de ser la que criaba al Sacrificio.

—Tenía una finalidad en la vida —dijo la mujer asintiendo con la cabeza—. Como tú.

—Ojalá todavía la tuviera —replicó Siris. Miró su plato vacío, luego suspiró y se puso de pie—. He deseado que ahora... finalmente... pudiera llegar a ser yo mismo. Quienquiera que sea.

—¿Es necesario que partas, Siris? —preguntó la madre—. Podrías quedarte, esconderte aquí. Nos las arreglaríamos para que funcione.

—No —respondió él. « No voy a causarte ese problema », pensó.

—Supongo que no puedo hacer que te quedes —replicó, visiblemente disgustada—. Pero ¿adónde irás?

—No sé —dijo Siris, recogiendo la capa, que envolvió como un paquete con la armadura dentro.

—¿Estás al menos dispuesto a oír un consejo?

—¿Tuyo? Siempre.

—Por todos los cielos, desearía que no hubieses emprendido ese camino. Pero lo has hecho, hijo.

—No tuve alternativa.

—Eso es una tontería —dijo la madre—. Siempre hay una alternativa.

Tontería o no, así es cómo se sentía.

—Emprendiste ese camino —prosiguió ella—, de manera que ahora tienes que terminar lo que has empezado.

—Ya lo he terminado —se quejó Siris—. ¡Maté al Rey Dios! ¿Qué más pueden pedirme?

—Ya no se trata de lo que la gente te esté pidiendo, hijo —dijo la mujer y lo tomó de la mano—. Lo siento —añadió quedamente—. No te mereces esto. Es verdad.

Él la miró cabizbajo.

—No desesperes —dijo Myan levantándose y tomándolo de los brazos—. Has hecho algo maravilloso, Siris. Algo que todos creían imposible. Has cumplido con el sueño de tus ancestros y has vengado sus muertes —agregó apartándose y contemplándolo—. ¿Recuerdas de qué hablamos la noche previa a tu partida?

—Del honor.

—Te dije que si ibas a hacer algo, hijo, tenías que hacerlo con todo tu corazón. Tienes algo que antes no tenías. Esperanza. Has derrotado a uno de ellos. Pueden ser derrotados.

Ella le sostuvo la mirada y él asintió lentamente.

—Bien —exclamó la mujer, apretándole los brazos—. Te prepararé comida para el viaje.

La observó irse cojeando. « Tiene razón —pensó—. Ya he hecho lo imposible una vez. Volveré a hacerlo.»

Sin embargo, esta vez no intentaría matar a nadie. Esta vez su búsqueda sería más personal. De algún modo, hallaría lo que siempre había querido, sin saberlo.

Hallaría la libertad.

El Rey Dios se despertó con un profundo estertor. Era el grito ahogado y sin control de quien no ha respirado durante demasiado tiempo. El jadeo del muerto que retorna a la vida, el corazón palpitante, los ojos completamente abiertos. Una sensación terrorífica, aunque emocionante.

Una sensación que nunca habría querido volver a tener.

A su alrededor, flotaban los sonidos serenos de su Séptimo Templo de Reencarnación. Fuera, la lluvia suave caía sobre las hojas y la silenciosa azotea, dejando el aire frío y húmedo. Unos pocos y tenues bips de las mentesmuertas que monitorizaban sus signos vitales. Fuera, en el vestíbulo, el susurro de las túnicas: sus Devotos, apresurándose para obedecer el llamado de la reencarnación.

Sí, fuera todo era sereno. Dentro era el caos. Eso no estaba bien. Miles de años de vida le habían enseñado muchas cosas a Raidriar, pero la más importante era mantener el control. Se sentó, estirándose para recoger el yelmo que estaba en la mesa cercana. Los rostros de los Inmortales no debían ser vistos por los seres corrientes.

Se levantó, apoyó sus pies descalzos sobre el suelo de suave bambú y atravesó la estancia hacia el lugar donde lo esperaba la armadura. Una nueva, lo máximo en diseño actual y tecnología. Había tenido la intención de empezar a usarla, y la circunstancia le ofrecía una buena oportunidad.

La antigua, para esas horas, probablemente ya había sido presa de los ladrones, robada de su cadáver.

Comprobó el espejo de las mentesmuertas montado en la pared; en épocas tempranas ese espejo pudo haber sido llamado «monitor», pero había pasado tanto tiempo que dejó de usar tales términos. Podían resultarles confusos a la gente de esta era. La información del espejo indicaba que su cuerpo nuevo funcionaba normalmente, que la reencarnación había tenido éxito, y que todo funcionaba bien en ese sector particular de su reino.

Se metió en la armadura, que yacía abierta y extendida como un cadáver sobre una mesa de disección. Esta comenzó a plegarse, cerrándose sobre él.

El combate volvió a tener lugar en su mente. Alguien, de un prolongado linaje de «héroes», llega para asesinarlo respondiendo a antiguas leyendas. El ofrecimiento de unirse es rechazado. Un duelo, uno contra uno, según el ideal clásico. ¿Acaso entendían esos mortales el honor que les confería permitiéndoles tal privilegio? Probablemente, no. Al fin y al cabo, ese mortal había terminado aquel duelo clavándole al Rey Dios su propia espada en el pecho.

Por un instante, mientras yacía aturdido a los pies de su trono, el Rey Dios había conocido el verdadero miedo. No había podido impedir un escalofrío. Ese... ese muchacho había usado la Espada Infinita, asesina de dioses.

« Pude haber muerto —pensó—. Morir la muerte final, real.» El concepto no le era familiar. Le dio vueltas en su cabeza como quien saborea un nuevo tipo de vino.

Supo que ese vino era amargo. Le recordaba algo que había sido hace mucho, mucho tiempo atrás. No tenía más en común con esa persona de antaño que lo que tiene una bellota con el poderoso roble. No, no más en común que lo que una bellota puede tener con un templo construido a partir de ese roble.

La cómoda familiaridad de su armadura lo envolvió, cerrándose sobre sus brazos y manos, su cuello y su torso. El aire frío comenzó a circular inmediatamente sobre su piel y la armadura tomó en cuenta sus signos vitales, dándole fuerza, ráfagas de curación, y otros auxilios mediante cuidadosas inyecciones. Se colocó el yelmo sobre la cabeza.

La armadura no estaba viva, por supuesto —ni siquiera la vida de una mentemuerta— y los impulsos que le dio fueron mínimos. En los enfrentamientos entre los Inmortales, el propio cuerpo es la verdadera prueba. Las armaduras que funcionaban como máquinas habían sido abandonadas milenios atrás. Cuando no te pueden matar para siempre, encuentras otras maneras de probar tu superioridad. Los duelos consistían más en evaluar la fineza, habilidad y clase de los contendientes, antes que en construir el aparato más poderoso para ayudarse.

Sus Devotos entraron en grupo y se arrodillaron ante él. El Rey Dios pasó al lado de ellos, sus pisadas hacían crujir la alfombra de bambú.

—Activen la mentemuerta del templo de Lantimor —ordenó, moviendo la mano.

—Gran Amo —dijo uno de los Devotos, mirándolo—, ¿salió algo mal?

—Por supuesto que no —contestó el Rey Dios.

Los Devotos no dijeron nada. Sabían que durante cierto tiempo el Rey Dios no tenía que haber reencarnado. Pero también sabían que no debían esperar respuestas.

Algunos Inmortales habrían ejecutado a sus sirvientes por apenas un mínimo conato de cuestionamiento, pero el Rey Dios no era tonto. Los mortales eran recursos que él había usado de manera ventajosa, cuando muchos de sus pares los habían rechazado. De hecho, estaba orgulloso de muchos de ellos, incluidas las Evas, Grandes Devotas de este templo en particular.

Rodéate de gente demasiado miedosa como para hablarte y quedarás a merced de tus propias ideas. Eso podría ser desastroso. Es importante contar con hombres que te cuestionen y vean los fallos de tus planes, siempre y cuando puedas controlarlos. Todo es cuestión de control.

Fuera, la lluvia seguía cayendo. El Rey Dios deseó poder controlarla. Estaba intentando encontrar formas de hacerlo, porque le irritaba no lograr hacer algo aparentemente tan simple.

El ojo de la mentemuerta primaria de la sala mostraba una ventana que daba a su palacio en Lantimor, el lugar donde ese... muchacho lo había derrotado. Mostraba una sala del trono vacía y había un listado con informaciones a su lado.

Había pasado una semana desde su muerte. Una pequeña mota de tiempo que no valía la pena considerar, salvo por el hecho de que significaba que el muchacho había tenido tiempo de escapar con la Matadioses. No importaba. Raidriar tenía formas de seguirle el rastro.

Un fragmento de información logró que el Rey Dios se detuviera. « Muertos —leyó—. Mis tres prisioneros. Pero esas eran celdas para sus almas. Ellos no pudieron irse definitivamente a menos que...»

La espada estaba funcionando. Eso debería ser imposible en manos de aquel que lo había enfrentado. Sin embargo la prueba estaba ante él y sintió un estremecimiento. ¿Entonces, cómo había logrado sobrevivir Raidriar? Se planteó la pregunta, la más preocupante, en tanto mostraba una profunda falta de control. La pelea no había ocurrido de la manera en que estaba previsto.

Por supuesto. La espada era tan poderosa como para matar a un Inmortal menor, pero todavía no tenía un poder total. Él debería haberse dado cuenta de eso. Tal vez solo una muerte más en el linaje correcto y...

« Ah —pensó, mirando otro fragmento de información—. Esto podría ser un conflicto.»

—Localicen una grabación del momento donde dejo que me derrote —dijo a viva voz.

Los sirvientes se pusieron a la obra y el espejo de la mentemuerta mostró una imagen de él, peleando con el muchacho en el salón del trono.

Muchas preguntas. Odiaba las preguntas. Ellos se rendirían y le entregarían sus secretos: había llegado demasiado lejos como para permitir que este plan se le fuera de las manos. De alguna manera, todo lo que había sucedido era positivo porque ahora tenía la prueba que necesitaba.

En ese momento, decidió que no había sido derrotado. Eso era lo que el plan requería, aunque él no lo había sabido en su momento.

« Esos movimientos... —pensó distraídamente, evaluando la grabación—. Tan familiares. ¿Quién lo habrá entrenado...?»

Y entonces todo le resultó claro.

Él había estado jugando. Con una gran maestría. « El Hacedor de Secretos — pensó—. Pero un hacedor muy sutil.»

—Convoquen al Seringal —ordenó a sus Devotos, enviándolos a reunir a sus caballeros más hábiles— y vigilen a ese muchacho.

Los Devotos se pusieron en movimiento. El Rey Dios se sentó cómodamente, reflexionando. Esperó durante seis horas, casi sin moverse, jugando con unos pocos pensamientos. Solo muy vagamente podía recordar cuándo seis horas le habían parecido mucho tiempo para sentarse a pensar, pero ahora habían pasado

tan rápido como una exhalación.

Sus sirvientes localizaron al muchacho, que atravesaba las rocosas extensiones de su tierra natal. El Rey Dios entrelazó los dedos mientras observaba el derrotero del muchacho.

Conque este «Siris» estaba volviendo al palacio, ¿no? ¿Por qué? El Rey Dios se inclinó hacia delante y se puso a observar con interés.

Siris se acercó al borde de un precipicio rocoso que dominaba el castillo del Rey Dios. Este se erguía sobre los acantilados como una pepita de hierro negro atrapada en las rocas circundantes.

Decidió empezar ahí, primeramente porque quería establecer un nuevo derrotero para todo aquel que lo buscara. No deseaba que lo rastrearán en Drem's Maw; lo que quería era guiar a sus perseguidores en otra dirección.

Comenzó el descenso hacia el castillo. «Los otros Inmortales —pensó—. Quizá podría... comprarlos.»

Miró la espada, que llevaba a un costado en una funda improvisada. Ellos querían el arma del Rey Dios; tal vez solo tendría que entregársela.

«No —reflexionó—. Ellos aún querrán ejecutarme por dar muerte a su rey.» Un mortal no mata a un dios.

Continuó descendiendo hacia el palacio del Rey Dios. Lo lógico era que comenzaran a buscarlo por ahí; si en el lugar hubiera daerils, los despidaría yendo hacia otra parte que no fuera Drem's Maw. Eso podría salir bien, brindarle a su madre alguna protección.

El sendero rocoso era resbaladizo por el pedregullo y la pizarra. Recordaba haber transitado ese largo camino apenas una semana antes, cada paso había sido electrizante. Había estado marchando hacia su muerte. Había luchado a brazo partido contra esa condena y, no obstante, se había sentido entusiasmado por el desafío que tenía por delante.

Esta vez caminaba a paso más lento. Ahora se sentía... mayor. Como antiguo.

En la base del acantilado se puso la armadura. Prosiguió su marcha hasta llegar a un árbol del que colgaban sogas, justo al lado de los muros del palacio.

Se detuvo e inspeccionó el árbol. Una soga podía servir de arma, si es que uno la necesitaba. Bastaba con atar un pedazo de metal pesado en un extremo, luego balancear la soga y atacar. Ya lo había practicado.

Los niños de Drem's Maw habían hecho algo distinto con las sogas. Habían armado columpios colgándolas de los árboles de la entrada. Siris cierta vez se había subido a uno, había permanecido de pie, empujado por varios chicos, de manera que había practicado cómo mantener el equilibrio en una superficie inestable.

Él nunca se limitaba a sentarse y columpiarse. «Pero ¿qué tenía yo en la

cabaza? —pensó, prosiguiendo su marcha ahora rechinante—. ¿Por qué jamás lo intenté siquiera una vez?»

Llegó al portal lateral del castillo y un daeril le salió al paso. De largas extremidades, con una piel color rojo naranja y brazos y piernas esqueléticos, el daeril tenía un rostro horrorosamente retorcido. Siris, con un suspiro, levantó la espada. Parecía que iba a tener que abrirse paso peleando nuevamente.

—¡Gran amo! —exclamó el daeril saltando hacia delante, lo que hizo que Siris se tambaleara, sobresaltado. La criatura no lo atacó, sino que se echó a los pies de Siris—. Gran amo, ¡habéis vuelto!

—Yo... ¡Explicate, daeril!

—Vivimos para serviros, amo. Soy Strix y obedezco. ¡El castillo es vuestro! También el reino.

« ¡El reino... mío?» Casi se rio. Jamás sería capaz de oponerse a las fuerzas de los otros dioses, aun cuando esa criatura estuviese diciendo la verdad. Lo que le pareció sospechoso.

—¿Qué se supone que debo hacer yo con un reino? —exclamó Siris. Caminó alrededor del daeril, sin perderlo de vista, y cruzó el puente para entrar en el patio exterior del palacio. El patio le pareció sorprendentemente familiar, aunque solo había pasado por ahí una vez.

—Gran amo —comenzó Strix.

—No me llames así —dijo Siris.

—Señor de todos los señores, señor todopoderoso...

—Esto no es mejor.

El daeril se quedó en silencio.

—Mi señor... —recomenzó el daeril, adelantándose—. Por favor, permitidnos serviros. Quedaos aquí y gobernad. No nos volváis a abandonar.

Siris dudó.

—¿Cuántos de vosotros hay en palacio?

—Quizá dos docenas, amo.

—¿Y todos estáis para servirme?

—Sí, gran amo. ¡Claro que sí! Habéis matado a nuestro gobernante, y al hacerlo, os habéis convertido en nuestro jefe.

—¿Quién era vuestro jefe antes de que yo volviese?

—Kuuth, amo —dijo Strix—. Es un anciano sabio, un trol de unos cuarenta años.

—Ve a buscarlo —ordenó Siris—, y reúne a los otros daerils. A todos los que estén en el castillo. Que vengan a la cámara del trono.

Ni por un instante confiaba en esas criaturas. Pero tal vez podría usarlas.

« Termina lo que empezaste.»

Siris se sentó en el trono del Rey Dios. ¿Qué había querido decirle su madre con esa frase? Seguramente no le había sugerido que ocupase el lugar del Rey

Dios. Eso sería suicida.

El trono del Rey Dios no era muy cómodo, aunque hay que advertir que Siris llevaba una armadura, lo que hacía que sentarse nunca fuese particularmente cómodo. Se sacó el yelmo y dejó el escudo a un lado, aunque mantuvo la Espada Infinita cerca.

Al verle el rostro los daerils se atemorizaron, una buena razón para no tener puesto el yelmo por ahora. Mientras esperaba, contempló la Espada Infinita. Esta tenía una especie de magia que le había permitido al Rey Dios convocarla, haciendo que apareciera como salida de la nada en un destello de luz. Hasta entonces, a pesar de haber estado manipulándola por una semana, Siris no había sido capaz de descubrir cómo funcionaba la magia.

Algo gorjeó a su lado.

Siris se sobresaltó y miró hacia abajo. Entonces se acordó del espejito que había en el apoyabrazos del trono. Lo tocó. El objeto había hecho... algo después de la muerte del Rey Dios. Era mágico.

Haber tocado el objeto hizo que este hablara, lo que a Siris le produjo un escalofrío.

—¿Qué ordenáis?—preguntó el espejo.

—Yo... —empezó Siris, levantando la vista hacia los inquietos daerils, de muchas formas y colores, reunidos en el fondo del aposento—. Quisiera saber cómo funciona la espada del Rey Dios.

—Respuesta en espera. Por favor, entrad la clave.

—¿Clave?—repitió Siris—. No la conozco.

—¿Querriais recuperarla?

—Buenoooo... sí.

—Muy bien. Por favor, respondió a esta pregunta de seguridad: ¿en qué reino te topaste por primera vez con el Hacedor?

De modo que era un acertijo. Su madre le había contado cuentos de espejos mágicos que planteaban acertijos.

—En el reino de la noche y el alba, al romper el día —dijo. Era la respuesta a uno de los acertijos de esos cuentos.

—Respuesta incorrecta —afirmó el espejo educadamente—. Pregunta de seguridad número dos: ¿cuál era el nombre de tu primer y más confiable Aegis?

Aegis. Era una palabra que designaba a un maestro duelista, según el ideal clásico. Los daerils que custodiaban el castillo habían seguido los antiguos preceptos. Por más horrosos y terribles que fueran, todos se habían comportado honorablemente.

—Old Jake Martin —contestó Siris, pronunciando el nombre de un soldado retirado, el primer hombre que lo había entrenado con la espada.

—Respuesta incorrecta —dijo el espejo.

—Tus acertijos, espejo, no tienen sentido —objetó Siris—. ¿Cómo se supone

que tengo que responder? ¿Como yo mismo o como el Rey Dios?

—Lo siento —respondió el espejo—. No comprendo esa pregunta. Pregunta de seguridad número tres: ¿cuántos días pasaron antes de tu primera reencarnación?

—¿Cinco...?

—Respuesta incorrecta.

—¡Maldita sea, espejo! —exclamó el joven—. Por favor, límitate a decir cómo lo tengo que hacer para que se me aparezca la espada a mi voluntad.

Siris permaneció en silencio por un momento.

—Mejor aún —añadió en un susurro—, ¿cómo puedo ser libre? ¿Puedes responderme eso, espejo? ¿Puedes decirme cómo liberarme de todo esto y vivir mi vida?

«Una soga cuelga de un árbol», pensó. Escribiría eso esa noche en su diario, comenzando una lista de cosas que intentaría una vez que no tuviese que preocuparse por ser atrapado.

—Lo siento —dijo el espejo—. No estoy autorizado a continuar hablando. El período de espera antes del próximo intento de acceso es de un día.

El espejo se oscureció.

—Que el diablo me lleve —se lamentó Siris, echándose hacia atrás en el horrible trono. Francamente, ¿no sería posible que alguien que se hace llamar Rey Dios tuviese un almohadón decente?

—Las mentesmuertas no os responderán, matador de dioses —dijo una voz profunda que sonaba cansada.

Siris se volvió hacia la parte posterior del aposento. Algo se había movido entre las sombras, donde un corredor llevaba hasta los cuartos de los sirvientes. La sombra avanzó pesadamente y, al entrar en la zona iluminada, resultó ser un enorme trol. Se apoyaba en un bastón tan grueso como la pierna de Siris y unas vendas le cubrían los ojos. El cabello canoso rodeaba el rostro bestial, una cara surcada de arrugas profundas y marcadas, como las huellas que deja el hacha cuando se abate un árbol.

—¿Kuuth, supongo? —dijo Siris, incorporándose.

—Sí, gran amo —dijo la bestia, adelantándose con dificultad. Los otros daerils se apartaron para dejarle paso, y un trol más joven ayudó al anciano, con cara de preocupación. Esa bestia más joven se movía como un animal, con pasos rápidos, midiendo el aire con el hocico y caminando acuclillado. El viejo, sin embargo, tenía un inesperado aire civilizado.

—¿Qué son las mentesmuertas? —le preguntó Siris a Kuuth. Incluso encorvado por la edad, el ser bestial medía unos buenos tres metros de altura. Llevaba una toga extraña con el hombro izquierdo por completo al aire, mostrando una retorcida cicatriz que se extendía hasta el cuello.

—Son almas sin vida, gran amo —dijo el trol—. El Rey Dios les infundió

almas a esos objetos. Ellos entienden algunas cosas, pero no pueden tomar decisiones por sí mismos. Son como niños a los que hay que instruir.

—Niños brillantes —comentó Siris. Y sintió un escalofrío. ¿Habría usado el Rey Dios las almas mismas de niños para crear esas cosas? Las leyendas decían que se daba festines con las almas de aquellos que caían ante él. Siris se alejó un poco más del espejo—. Bueno, tal vez no necesitaré su ayuda. Te he convocado porque esperaba que fueras capaz de responderme algunas preguntas.

—Es poco probable, gran amo —dijo el viejo trol, quien luego tosió cubriéndose con la mano—. Sé más que la mayoría de los que están aquí, pero una copa con dos gotas en lugar de una seguirá sin saciar la sed.

—Comenzaré de menor a mayor —dijo Siris, descendiendo por los escalones del trono—. El Rey Dios hablaba de grandes malvados. Y entonces, luego de eso, conocí a un hombre en un calabozo que se decía ancestro mío. Decía que alguien, o algo, vendría en mi búsqueda. ¿Debo suponer que se refería a los otros miembros del Panteón?

—Tal vez —dijo Kuuth—. Ashimar, el Hacedor de Tristeza. Lilendre, el Amante del Final. Terrovax, el Hijo del Tizón. Y otros, cuyos nombres no conozco. Cada uno de ellos estará furioso por lo que has hecho.

—Tal como lo temía —dijo Siris en voz alta, de modo que los otros daerils pudiesen oír—. Necesitaré aliados, trol. ¿Se te ocurre dónde podría encontrarlos?

—Amo —dijo Kuuth, algo confundido—. Esas no son preguntas a las que pueda contestar.

—Seguramente los Inmortales tienen enemigos —dijo Siris.

—Bueno... Supongo que... está el Hacedor de Secretos.

Ese era un mito del que incluso Siris había oído hablar. Dudaba de que el Hacedor fuera real, pero buscarlo era la manera perfecta de comenzar a dejar un rastro falso.

—¿Adónde puedo encontrar a ese Hacedor?

—Está prisionero —dijo Kuuth—. Pero, amo, no sé dónde. Se dice que nadie lo sabe.

—Debe de haber rumores seguramente.

—Lo siento, amo —se disculpó Kuuth—. No conozco ninguno.

—Bueno, está bien. Deseo atacar a uno de los Inmortales. Uno que sea muy poderoso y también muy cruel. ¿Cuál me sugerirías?

—Amo, el vuestro es un pedido extraño.

—Sin embargo, es el que hago.

Kuuth frunció el ceño.

—Un Inmortal que esté cerca y que sea poderoso... Quizás el Asesino de Sueños. Debéis viajar hacia el norte, a través del océano, para encontrarlo. No forma parte del Panteón, y en los últimos tiempos ha sido muy hostil a nuestro antiguo amo.

Siris frunció el entrecejo y se sentó. ¿Acaso había Inmortales que no formaban parte del Panteón?

« Bueno, quizás ese sea el que maté en el calabozo », pensó. Pero entonces, también había sido un ancestro de Siris. No creía del todo en lo que ese hombre le había dicho. Cuando Siris le había sacado el yelmo, había descubierto que tenía un rostro juvenil. ¿Quizá servir a los Inmortales le otorgaba inmortalidad a los hombres? ¿Era por eso que quien iba a matar al Rey Dios en lugar de hacerlo podía elegir servirlo?

Siris sabía muy poco.

—Kuuth, ¿sabes cómo hacía el Rey Dios para que funcionase la magia de su espada y su escudo? —preguntó en voz baja, para que no se enterasen los expectantes daerils.

—Tal vez pueda responderos, gran amo —dijo Kuuth—. Creo que es algo que tenía que ver con su anillo.

Siris buscó en el bolsillo y sacó un anillo plateado. Se lo había arrancado del dedo al Rey Dios.

—¿Este? Es un anillo sanador. Tengo otros, sacados de los cuerpos de los Aegis a quienes maté.

Se lo puso y pudo sentir el hormigueo de su magia sanadora en el dedo.

—Este anillo es más útil que los otros que habéis encontrado —afirmó Kuuth—. De algún modo, permite que la espada se os aparezca.

—¿Cómo? —preguntó Siris.

—No lo sé. Antes de que perdiera mis ojos, vi al Rey Dios usarlo también para llamar al fuego.

Siris frunció el ceño, luego extendió la mano e intentó convocar al fuego. No funcionó. Una vez que hubo derrotado al Rey Dios, todos sus anillos, salvo los que curaban, dejaron de funcionar.

—El anillo ya no lo hace. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Bueno. Pero ¿quiénes eran esas criaturas que había en el calabozo? Parecían distintas de otros Aegis contra los que he luchado.

—Jamás los había visto, amo.

—¿Por qué la espada relumbró cuando los maté y por qué el Rey Dios los había encarcelado?

Todavía le preocupaba haber matado a quienes habrían podido llegar a ser sus aliados. Con todo, cada uno había caído en actitud de Aegis y luego lo había atacado.

—Tampoco os puedo responder eso —dijo Kuuth.

Un repentino acceso de furor se despertó en Siris.

—Bah. ¿Acaso sabes algo, estúpida criatura?

Siris se quedó helado. ¿De dónde le había salido ese arrebato? Habían pasado

muchos años desde la última vez en que había perdido el control; su madre, cuando era niño, lo había entrenado para poder contenerse. De inmediato recuperó el dominio sobre su frustración y la mitigó.

El viejo trol se quedó en silencio, luego olfateó el aire unas cuantas veces. «Está ciego», recordó Siris, observando las vendas sobre los ojos.

—¿Permitís que me siente, gran amo? —preguntó Kuuth.

—Por supuesto.

La enorme bestia tanteó el lugar con su macizo bastón hasta encontrar los escalones del trono, en los que se acomodó silenciosamente.

—Gracias, gran amo. A mi edad, se me va haciendo difícil permanecer de pie.

—¿Qué les pasó a tus ojos, Kuuth? —inquirió Siris, sentándose en el borde del estrado donde estaba el trono, con las manos cruzadas.

—Me los saqué.

—¿Qué? ¿Por qué harías algo semejante?

—Entre los kavre, que es el nombre que nos damos, gran amo, aunque muchos se limitan a llamarnos «trols», el más poderoso es el que guía. Yo fui herido muchos años atrás cuando... bueno, debe de haber sido cuando vuestro padre entró en el palacio. Combatí contra él y perdí. Mi herida era grande y tuve que ser sacrificado por los míos como acto de misericordia. Cegarme sirvió para evitar que un trol más joven me matara y se quedase con mi honor. Porque los ciegos y los mudos no son asesinados: se los deja solos en la naturaleza para que mueran cuando lo deciden los dioses.

—Así que por eso...

—Me cegué —añadió Kuuth—. De modo que los míos me desterrarían en lugar de matarme. Eso también hizo que los trols más jóvenes me vieran como un cojo marcado, al que había que dejar pudrir, antes que matarlo como a un rival.

—Es horrible —dijo Siris.

—Sí, es horrible. —Kuuth se rio entre dientes—. Y es nuestro modo de hacer las cosas. A veces me pregunto por qué lo hice. Se supone que los trols no llegaremos a viejos como yo. Sin embargo, ahora que estoy cargado de años, los otros han empezado a respetarme.

—El otro daeril... dijo que tenías cuarenta años.

—Dentro de dos años —afirmó el troll, sacudiendo su cabeza terminada en un largo hocico—. Viejo. Pero, gran amo, mis preocupaciones no son las vuestras. Quería hablar más tranquilamente con vos. La mayoría de los habitantes de este castillo no piensan en el futuro. No quiero hacerles preguntas.

—Muy bien.

—A través de los años —añadió Kuuth en voz baja—, he visto muchas cosas. He pensado muchas cosas. Tal vez esos pensamientos os sean de alguna utilidad.

Veréis, este castillo no tiene sirvientes. No hay criados ni jardineros, nada de lo que poseen los señores menores que obedecen al Rey Dios.

—Lo he notado —dijo Siris—. Me imagino que el Rey Dios habría deseado comodidades para el lugar donde viviese.

—Veréis —agregó Kuuth—, él no vivía aquí. Solo se hacía presente en el castillo cuando le llegaban noticias de un guerrero importante que se abría camino a través de los territorios salvajes.

Siris se quedó en silencio.

—De modo que este lugar era una trampa.

—¿Trampa? No sé si lo llamaría así, gran amo. Quizá, destino... Sí, eso era. Así como se dispone en lo más alto un poste de metal para atraer al rayo cuando cae, el castillo se emplazó en este lugar para atraer a los guerreros que buscan matar al Rey Dios.

—Él los retaba a duelo —dijo Siris—. Podría haber usado su magia para matarlos, o podría haberlos doblegado con sus fuerzas. En lugar de ello, los enfrentaba en persona. ¿Por qué?

—¿Qué sabéis de los Inmortales?

—No mucho —respondió Siris—. Siete señores que gobiernan juntos, con el Rey Dios por encima de ellos.

—Sí, aunque esa es fundamentalmente la ilusión que les dan a quienes viven en las tierras cercanas. El Rey Dios es apenas uno de los muchos que se nombran a sí mismos Inmortales. Están más allá de la muerte. No necesitan comida ni agua para vivir. Carecen de edad y sus cuerpos se sanan si son heridos. Cortadlos en pedazos y sus almas buscarán un nuevo receptáculo para revivir. Con frecuencia renacen en lo que el Rey Dios llamaba « un brote » , una réplica de sí mismos, preparada con antelación.

—Los he visto —añadió Siris—. Abajo.

—Sí —afirmó Kuuth—. Pero incluso sin un brote, el alma de un verdadero Inmortal encontrará un nuevo hogar. A menos que...

—A menos que...

—La espada del Rey Dios. Habéis mencionado su magia antes. ¿Tenéis el arma?

Siris buscó a su lado, sus dedos reposaban en la espada.

—La Espada Infinita —susurró Kuuth—. Fabricada por el mismísimo Hacedor de Secretos.

—Pero ¿no es solo un mito?

—¿Qué gran creador de una espada capaz de matar aquello que no se puede matar no lo sería? Gran amo, esta arma está diseñada para matar a los Inmortales. Matarlos de manera permanente. Es algo terrible y asombroso. Los Inmortales han vivido por miles de años, han llegado a verse a sí mismos como eternos. Pero si uno de ellos tuviese acceso a un arma que finalmente les

infundiera miedo...

—Sería un Dios —murmuró Siris.

—Dios entre dioses —replicó Kuuth—. Rey de reyes. El primero de los Inmortales.

Siris recorrió con los dedos la espada.

—Van a perseguirme. Querrán cazarme, a causa de la espada —dijo, aferrándola por la empuñadura—. Debería deshacerme de ella.

—Y seguirían persiguiéndoos —añadió Kuuth—. Porque conocéis el secreto. Porque habéis hecho lo impensable.

—También tú estás muerto —murmuró Siris, comprendiendo la verdad—. Todos en este castillo. Cada Aegis o daeril que sepa que un mortal mató a uno de los Inmortales.

—Ya veis por qué os he hablado en voz baja —dijo Kuuth—. No hay necesidad de provocar pánico. Muchos de los Aegis de este castillo son golems controlados por mentesmuertas, pero otros no. Es probable que, por las dudas, todos sean destruidos.

—No parece tener miedo.

—He vivido mucho más de la cuenta —explicó Kuuth—. Supongo que mi muerte será un buen descanso. En cuanto a los demás... bueno, probablemente se les permita luchar unos contra otros hasta que quede un campeón que caiga bajo la espada de los Inmortales. Es el método comúnmente asignado a los Aegis, que se han hecho merecedores de él. Lo considerarán un honor.

—¡Que el infierno me lleve! —exclamó Siris, contemplando los ojos vendados de la criatura y luego a los daerils congregados en la parte trasera del aposento—. Están todos locos.

—Somos aquello para lo que fuimos creados, gran maestro —dijo Kuuth—. Sin embargo, el rebelde que vive en mi interior os cuenta todo esto para quizá... pagarle con la misma moneda al Rey Dios y a toda su calaña. Mi estirpe fue creada para morir y matar —agregó, alzando la cabeza con sus ojos ciegos dirigidos hacia el techo—. Pero ellos son los que nos crearon así.

Siris asintió, aunque la bestia no podía verlo.

—Gran amo —dijo Kuuth dubitativo—, ¿puedo preguntaros algo? ¿Por qué decís esa frase que habéis pronunciado?

—¿Que el infierno me lleve?

—Sí —dijo Kuuth.

—Es un dicho de mi pueblo y sus alrededores —respondió Siris, poniéndose de pie, con la Espada Infinita—. Esos Inmortales son dioses; dicen gobernar la tierra y los cielos. Así, cuando nos morimos, deseamos estar en un lugar donde ellos no estén. Resultan mejores los sufrimientos del infierno que vivir en el cielo, por debajo de los Inmortales.

Kuuth sonrió.

—¿De modo que tan diferentes no somos?

—No —dijo Siris, sorprendido por la respuesta—. No, supongo que no.

—¿Puedo entonces preguntaros algo —inquirió Kuuth—, de un guerrero a otro? ¿Os quedaréis? Gobernad aquí, haced de esta vuestra casa. Juntos, ambos podemos descifrar los secretos de las mentesmuertas del Rey Dios. Tal vez seríamos capaces de enfrentar a los otros.

Así planteado, eso... eso resultaba tentador. Siris lo consideró por un buen rato, pero posteriormente descartó la idea. Hacer de ese lugar su casa, aun con los daerils, era un suicidio.

Por más frustrado que se sintiera con la gente de Drem's Maw, empezaba a comprender por qué le habían pedido que se marchara. No debía quedarse mucho en ningún lugar donde los Inmortales pudieran encontrarlo. Lo matarían y le quitarían la espada. Si quería sobrevivir, tenía que escaparse de ellos.

« Libertad...»

—Lo siento —dijo en voz baja—. Pero eso no sucederá.

Kuuth bajó su anciana cabeza.

—Tus palabras son sabias, Kuuth —proclamó Siris en voz alta, poniéndose de pie—. Voy a buscar ya mismo a ese Asesino de Sueños. Si él fue enemigo del Rey Dios, entonces tal vez sea mi aliado. Si no, lo mataré y luego buscaré dónde está el Hacedor de Secretos. Tú y los otros daerils os quedaréis aquí, cuidando de mi castillo.

Con eso debería bastar: su casa estaba hacia el sur, de modo que, si viajaba hacia el norte, dejaría un rastro que no pondría en peligro a su madre.

Sin embargo, al pronunciar esas palabras inmediatamente se sintió arrepentido. Iba a dejar morir a esas criaturas. Era cierto que eran daerils, pero no le parecía justo.

—Muy bien, gran amo —dijo Kuuth—. Eso... —Hizo una pausa, ladeando la cabeza, como si oyese algo.

Siris se inclinó también hacia un costado.

De niño, Siris no se había columpiado. No había jugado a las canicas, ni había comido pasteles de acebo. En lugar de ello, se había entrenado. Quizá no había tenido niñez, ni juventud, por así decir. Pero, a cambio de esas cosas, tenía algo que podía mostrar: reflejos.

Siris esquivó el impacto incluso antes de que pudiera entender por qué, tirándose al suelo y haciéndose una bola, con el fin de reducir la superficie expuesta tanto como le fuera posible. Hizo eso aun antes de que su mente registrara lo que había oído. Un clic desde atrás.

Algo se le deslizó por la mejilla. « Idiota », pensó. Se había dejado sorprender sin su yelmo. Salió de allí de espaldas al trono del Rey Dios, que quedaba entre él y las ventanas que tenía detrás. Estas, probablemente, serían las fuentes del ataque. Se apretó la mejilla con la mano para detener la sangre. El dolor no

importaba. Se había entrenado para ignorar el dolor con unos ejercicios especiales que le habían valido una cierta notoriedad en el pueblo. No habían sido placenteros, pero sí efectivos.

Se quedó quieto, apoyándose contra la piedra del estrado. ¿Cuántos asesinos había? Necesitaba su arma. Tomando una rápida decisión, dejó de ocuparse de su mejilla sangrante y trepó por los escalones hasta el trono, luego empuñó la Espada Infinita con la mano que no tenía sangre y se refugió a un costado del trono para considerar el número de sus enemigos.

Una única figura vestida de color oscuro se había descolgado por una cuerda desde una de las ventanas superiores del aposento abovedado. Elegante y poderosa, la criatura llevaba un abrigo largo y negro que le llegaba hasta los tobillos, con un borde de cuero marrón oscuro. Llevaba la máscara característica sobre el rostro, la que indicaba que se estaba al servicio del Rey Dios o, tal vez, de otro de los Inmortales.

La criatura desenvainó una espada larga y delgada. Siris suspiró, flexionó las manos y aferró la Espada Infinita. Su escudo había quedado sobre la mesa, a poca distancia, donde había puesto el yelmo y los guanteletes. Dudaba de que tuviese tiempo de buscarlos. En lugar de ello, se retiró del estrado del trono invitando al enemigo a participar en un duelo de honor. En caso de emergencia, el anillo sanador brillaba en su dedo.

No lo había empleado en su mejilla herida. Era nada más que un corte, y la cura tenía un coste terrible. Antes, no se habría preocupado. Habría esperado que el Rey Dios lo matara. Ahora, el coste potencial le pesaba.

Su enemigo lo estudió por un instante, luego alzó su espada. « Ahí viene », pensó Siris.

La criatura bajó rápidamente su espada y sacó algo de su abrigo: una fina ballesta de aspecto peligroso.

—Diablos —dijo Siris, arrojándose a un lado. La criatura disparó con la puntería de experto. La saeta le perforó el muslo, exactamente donde las placas de la armadura de metal se unían. Siris lanzó un gruñido. Esa no era la manera correcta de entablar un duelo.

Siris se acercó tambaleándose e hizo una mueca de dolor. Se arrancó la pequeña flecha del muslo, sosteniendo torpemente la espada y tratando de considerar el próximo ataque de la criatura. Mientras lo hacía, sintió que la pierna se le iba durmiendo. Veneno. ¡Que el infierno me lleve! Ahora no le quedaba alternativa; se refugió al lado del estrado y recurrió al anillo.

El efecto sanador fue inmediato. A medida que la magia se extendía, sentía una quemazón en el dedo y una conmoción en todo su cuerpo. La piel se le puso húmeda, como si se hubiese sumergido en un estanque helado en invierno.

Esto duró lo que dura un abrir y cerrar de ojos, y cuando se sobrepuso, sus dolores ya habían pasado. Sin embargo, durante ese instante, el cabello le creció

hasta los hombros y ahora tenía una barba donde antes no había habido ninguna. Sus uñas también habían crecido.

Los anillos sanadores habían acelerado el funcionamiento de su cuerpo de una manera extraña. A pesar de que lo habían curado rápidamente —las heridas se habían convertido en costras y luego en cicatrices—, también lo habían hecho envejecer el tiempo que le habría tomado sanar esas heridas naturalmente. Como mínimo, cada vez que empleaba el anillo, este le restaba al menos medio año de vida.

Se tocó la barba recién crecida, contemplándose en el mármol pulido del estrado del trono. Odiaba curarse. Cuanto más lo hacía, más... ajenos le resultaban sus propios rasgos.

Miró hacia un costado del ancho trono. El asesino se estaba deslizando por el estrado en dirección a él, esperando que sucumbiese por el veneno. La criatura aulló de un modo estremecedor cuando Siris se lanzó desde detrás del estrado. El asesino volvió a alzar su ballesta, pero Siris estaba preparado. Se agachó y rodó. Saltó sobre la mesa y tomó su escudo, lo hizo girar y lo levantó.

El enemigo se escabulló, poniéndose a cubierto. Siris apretó los dientes. Toda bestia que lo había enfrentado en el palacio del Rey Dios —incluidos los más asquerosos daerils y los trols más primitivos— había seguido los antiguos ideales de los duelos. Evidentemente, ahora se estaba enfrentando a una clase distinta de malvado.

—Entonces... —dijo una voz femenina al lado de la columna donde se había escondido el asesino—. No estás muerto, por lo que veo.

La voz tenía un leve acento que Siris no podía localizar. Pronunciaba las «e» muy largas, como si fueran «ee» y acentuaba mucho las sílabas.

Siris parpadeó sorprendido, pero no respondió. Cruzó el aposento hacia el estrado del trono. Así se cubrió mejor.

—Esto es muy incómodo —dijo la asesina oculta, y su voz retumbó en la sala—. Voy a desollar vivo a ese vendedor. Me prometió que el veneno no permitiría más de tres segundos. Ya pasaron más de tres segundos desde que te disparé.

Siris alcanzó la base del estrado.

—Supongo que aún no estás cansado, ¿no? —preguntó la asesina.

—Puedes quedarte tranquila que no —respondió Siris.

—¿Débil? ¿Mareado? ¿Un tanto hambriento?

—¿Hambriento? —dudó Siris.

—Claro. Como cuando algo te picotea. ¿No significa eso la palabra?

—Hambriento significa que tienes hambre —respondió él categóricamente.

—Maldición —se oyó, y hubo un sonido que venía desde detrás de las columnas, como si la asesina estuviera escribiendo. ¿Tomando notas?—. Tu lengua es estúpida, inmortal.

—Aguarda —dijo Siris—. ¿Inmortal?

—Y podría agregar —continuó la voz— que cuando la gente habla de poderes divinos impresionantes, el que te crezca espontáneamente la barba no es lo primero que uno piensa. Esperaba un relámpago, truenos, un terremoto. En cambio, solo obtuve vello facial. Eso no me impresiona.

Truenos... terremotos... inmortal...

Siris casi estalló en carcajadas. ¡Ella había creído que él era el Rey Dios!

«¿Qué otra cosa podía haber pensado al encontrar a alguien sentado en el trono con la espada del Rey Dios a su lado y hablando con un trol?»

—Creo que hay un malentendido —dijo Siris.

En ese preciso momento, ella salió desde atrás de la columna y alzó su ballesta nuevamente contra él. Se quitó la máscara. Siris se sorprendió al ver que era completamente humana. Y nada desagradable. Tenía el cabello largo y negro, atado en una sencilla cola de caballo. Pero sus ojos eran siniestros y duros. Peligrosos.

Los reflejos duramente entrenados de Siris le indicaron que se apoderase del escudo justo a tiempo para desviar otra saeta de la ballesta. La muchacha se agachó detrás de la columna, con su abrigo negro agitándose. Había estado tratando de que bajara la guardia, envolviéndolo con su conversación.

—Mira —objetó Siris—, estás cometiendo un error. Yo...

La puerta del salón estalló. Una cosa enorme y pesada compuesta de chispas y oscuridad irrumpió a través del muro, arrojando fragmentos de roca. Tenía una espada tan ancha como el paso de un hombre y la cabeza cubierta por un yelmo que despedía una niebla negra a través del hueco de los ojos.

—¿Qué es esto? —preguntó Siris.

—¿Acaso pensaste que había venido sola? —contestó la mujer.

«Perfecto», pensó Siris volviéndose hacia su nuevo enemigo, aunque tenía que tener cuidado de no darle la espalda a la mujer. Hacerlo le podía significar un tiro de ballesta entre los omóplatos. Su armadura era buena, pero evidentemente ella tenía una ballesta mejorada que podía atravesar el acero más resistente.

El recién llegado entró en el salón, haciendo crujir las baldosas de mármol bajo sus pies. Siris temió que el suelo de la torre se viniera abajo. Estaban en el punto más alto del castillo y la caída sería mortal.

La mayoría de los daerils había huido, aunque Kuuth retrocedió hasta situarse a un lado del salón. El viejo trol se quedó con su personal, la cabeza ladeada como para escuchar.

Ninguno de los daerils le ofreció ayuda a Siris, a pesar de que lo llamaban «gran amo». Siris se colocó en una posición de combate Aegis, de la mejor manera posible, mientras miraba hacia dos lugares a la vez. El monstruo mecánico avanzó un par de crujientes pasos y entonces otro monstruo igual surgió por el agujero que había hecho el primero, arrojando fragmentos de roca

al suelo.

« Perfecto », pensó Siris. Tomó una decisión instantánea y atacó de frente, intentando derrotar a uno de los monstruos antes de que pudieran vencerlo.

La asesina, sin embargo, había anticipado ese movimiento y, mientras él atacaba, le apuntó. Siris se detuvo haciendo que el disparo pasara ante él y luego levantó con dificultad el escudo para detener el golpe del primer golem.

La espada gigante del monstruo descendió sobre él y lo golpeó con fuerza, haciendo salir una serie de chispas de su escudo. La magia del escudo apenas contuvo el golpe. « Diablos, nunca habría podido sostener un golpe como este sin ayuda », pensó.

Respiró y cogió su espada para contraatacar, pero alcanzó a vislumbrar un movimiento con el rabillo del ojo. Saltó hacia un lado a tiempo como para esquivar otro disparo de la ballesta. Ella era realmente rápida tirando.

—¿Te ha matado ese? —preguntó una voz femenina.

Siris gruñó mientras bloqueaba otro lance del golem. El segundo golem se movía hacia su derecha, haciendo temblar el salón a cada paso.

—Eres totalmente antipático, Inmortal —le dijo la chica.

—¡No soy el Rey Dios! —gritó Siris con desesperación.

—Me conformo con uno de sus esbirros.

—No soy uno de sus esbirros. Soy...

Algo en la situación le resultó de pronto familiar. Un enemigo enfrente, otro hacia un lado, otro a sus espaldas. Siris sintió que sabía cómo debía situarse, cómo debía pelear. Como si lo hubiera hecho antes.

Pero nunca había estado en una situación como esta. Se había entrenado en los Procedimientos Aegis. Uno contra uno.

Excepto...

El golem volvió a atacar con un golpe. Al mismo tiempo, el segundo golem cargó desde la derecha.

Siris lanzó una maldición, dando un salto hacia delante. La espada del primer golem estalló en el suelo salpicando astillas de piedra, y Siris rodó pero quedó al alcance del otro. Detuvo el golpe con el escudo.

Diablos, esos monstruos eran fuertes. La magia del escudo cedió y se escuchó claramente un crujido. Su brazo cayó como adormecido y la fuerza del golpe lo arrojó hacia atrás. Siris cayó sobre el suelo de mármol con un gruñido, cegado por un momento. Podía sentir el suelo sacudiéndose, podía oler el aire demasiado limpio y estéril del aposento del trono del Rey Dios. Gimió y rodó por el suelo.

« No. No te detengas. Ahí viene. »

Siris volvió a gruñir, al tiempo que recuperaba la visión. Yacía en el suelo ante el trono del Rey Dios. Le dolía la cadera donde se había golpeado contra el suelo. La cabeza le estallaba de dolor.

Sin su armadura, ya habría estado muerto. Apenas podía sentir el brazo que sostenía el escudo.

Los golems se acercaban despacio, cautelosamente, haciendo crujir las baldosas de piedra bajo sus pies. Siris se puso de pie, luego se tambaleó hacia atrás, subiendo los escalones del trono y flexionando los dedos. Fue entonces cuando advirtió que tenía ambas manos vacías.

La espada. Había perdido la espada.

Maldijo mirando a ambos lados. La Espada Infinita descansaba sobre el suelo de mármol, a una corta distancia del trono. Demasiado lejos como para alcanzarla sin exponerse a los golems, en especial por el dolor de la cadera que le hacía más difícil caminar.

¿Osaría curarse otra vez? Le echó una mirada al anillo; sus runas destellaban. Aún no se habían recargado. Su mano rozó el trono mientras se movía, y hubo un bip del espejo mágico del apoyabrazos.

—Anillo de Transportación —dijo la voz servicial—, decimoquinta generación, ejecutando el servicio pack seis. Por favor, entre la clave para activar.

—¡Maldito seas! —farfulló Siris.

—Clave incorrecta.

—También puede curar, ¿no? —preguntó Siris, desesperado a medida que los golems se acercaban.

—Rejuvenecimiento subespecialización —intervino el espejo—. Séptima generación. Actualmente reconstruyendo inyección a partir de los componentes ambientales. Nueva inyección disponible en siete minutos.

« ¡Diablos! », pensó Siris, saltando a un lado del apoyabrazos del trono cuando uno de los golems se inclinó en su dirección.

El aposento se estremeció y el trono explotó en pedazos; la espada del golem esparcía trozos de metal y de roca. Siris se golpeó con fuerza con el otro lado del estrado y el dolor de la cadera fue horrible. ¿Dónde estaba el otro golem? ¿Por qué no lo atacaba?

Lo descubrió gracias al sonido de sus pasos. Increíble, se había desviado y se dirigía pesadamente hacia... hacia la Espada Infinita.

El inexpressivo yelmo del monstruo, que despedía una niebla negra a través del hueco de los ojos, miraba fijamente la espada caída.

Y a la esbelta figura agachada a su lado.

—Esto se podría vender por un puñado de oro —dijo la asesina. Levantó la vista hacia Siris con una amplia sonrisa, le arrebató la Espada Infinita y partió a toda prisa.

Siris lanzó una maldición y corrió tras ella. Afortunadamente, ambos golems dejaron de prestarle atención a él y, en cambio, comenzaron a cargar contra la muchacha. ¿Se iban con ella? No, la perseguían.

—¡No estás con ellos! —gritó Siris.

—El enemigo de mi enemigo blablablá —replicó la mujer, alcanzando una soga que colgaba de la ventana por la que había entrado.

—Rutinas... dañado... —dijo una voz que venía desde atrás—. Volver a poner en marcha el sistema.

—¡No sabes lo que haces! —aulló Siris—. No soy el Rey Dios. ¡Yo lo maté!

—Él es inmortal —dijo la chica, trepando por la cuerda.

Llegó a la ventana, luego recuperó la cuerda.

—No pudiste haberlo matado —añadió ella, mientras Siris detenía su dolorosa carrera y los dos golems avanzaban pesadamente hacia la pared, mirando en dirección de la asesina con sus ojos humeantes.

—Si eso es lo que crees —gritó Siris—, entonces, ¿por qué diablos me estás atacando?

Ella se acomodó en el alféizar y lo miró desde allí. Había dejado de sonreír, pero ahora se limitaba a encogerse de hombros, casi como consolándolo. Luego, saltó de la ventana.

« Ha estado burlándose —se dijo Siris—. Nunca intentó matarme. Ni siquiera pensaba que yo fuera el Rey Dios. Lo único que quería era la espada.»

Al igual que los golems, aparentemente. Uno empezó a derribar la pared con sus puños, abriendo un agujero, lo que hizo que del techo lloviera polvo. Si seguía abriendo agujeros a golpes, el aposento iba a desplomarse sobre sus cabezas. El otro golem miraba hacia Siris, como si tramara acabar con él.

« Probablemente tenían el lugar bajo vigilancia —pensó—. En caso de que yo volviera.» Bueno, al menos había logrado lo que quería. Había atraído la atención hacia sí y ahora podía conducirlos lejos de Drem's Maw.

Y... tal vez dejar que la mujer se escapara con la espada era algo bueno. Si ella se la llevaba a uno de los otros Inmortales, tendrían que luchar por ella. Y lo dejarían en paz.

« Pero es la única arma que puede matarlos » —pensó—. « La única arma que podríamos emplear para defendernos. ¿En verdad voy a dejar que se pierda? »

Se quedó helado en el lugar. De repente, se sintió como un cobarde.

Buscaba ser libre, pero ¿cuál era el precio que pagaría por ello?

« Termina lo que empezaste.»

—Por favor... reajustar... protocolos de seguridad... —ululó el trono.

Siris le echó una mirada. Luego comenzó a correr. Trepó los escalones llenos de escombros del trono. Estaba casi totalmente destruido y las chispas zumbaban atrás, donde algunos trozos de fino metal colgaban libres como gruesas hebras de cabello.

El golpe del golem había roto el espejo, pero las palabras todavía asomaban sobre su superficie.

Siris la tocó con la palma de la mano.

—Protocolos de seguridad reajustados —dijo la voz—. ¿Qué querriais hacer?

—Activar el Anillo de Transportación.

—Anillo activado y en sintonía con vuestro MIC, amo.

—¿Cómo lo uso?

—Debéis hacer un gesto. La forma predeterminada consiste en separar los tres dedos del medio de la mano y luego chasquearlos dos veces.

Siris alzó la mano y respiró profundo, luego chasqueó los dedos. Se le iluminaron las manos y sobre ellas cayeron objetos. El escudo del Rey Dios, en una mano; la Espada Infinita, en la otra.

Oyó claramente un aullido de enfado, inconfundible y exasperado, que venía desde fuera. Ambos golems se volvieron hacia él.

—¿Qué? ¿Soy un idiota?

—No estoy autorizado a responder a esa pregunta —dijo el espejo con alegría.

—No necesitas hacerlo —replicó Siris, blandiendo la espada y el escudo—. ¿Cómo funciona toda esta cosa del transporte?

—Un anillo vinculado a un disco puede atraer el material inorgánico.

—¿Inorgánico?

—Material que no provenga de cosas vivas. Metal, piedra o madera ya muerta desde hace tiempo. Debéis mantener el anillo de transporte en vuestro dedo, luego unir el disco de anclaje a algo inorgánico. Al vincularlos, se atraerán.

Siris miró la empuñadura de la espada. Había un disco metálico ahí, clavado como si estuviese magnetizado a la base de la empuñadura. Intentó aflojarlo.

—Tocadlo y lo liberaréis, amo —dijo la mentemuerta del trono con voz servicial.

—Bien —exclamó Siris, mientras los dos golems se le abalanzaban haciendo sacudir el aposento. Lleno de angustia, frotó el dedo pulgar sobre el «disco de anclaje» y este se aflojó. Siris lo transfirió a la mano del escudo, sosteniéndolo en la palma.

«Muy bien —pensó—. Con esto ya puedo trabajar.»

Se arrojó fuera del estrado. Todavía le dolía la cadera herida, pero comenzaba a recobrase de su entumecimiento. Se concentró únicamente en la pelea, aclarándose la mente.

El primer golem blandió una espada que media lo que una de las puertas del palacio. Siris patinó sobre el mármol, deslizándose de rodillas debajo del filo de la espada, que, al caer, le desordenó el cabello. Volvió a ponerse de pie, arrojando el anillo de metal hacia el arma monstruosa.

El disco golpeó y se quedó clavado. Siris saltó a un lado, evitando por poco el golpe de una espada que se estrelló contra el suelo a su lado. Rodeó a los dos golems, quienes se volvieron y procedieron a atacarlo conjuntamente.

Siris hizo chasquear los dedos dos veces. Una de las espadas de los golems se desvaneció en un destello de luz para luego aparecer ante Siris. No intentó atraparla —era demasiado pesada—, pero se situó de tal modo que la espada cayó exactamente delante de él.

Eso hizo que se bloqueara el golpe del segundo golem. Las espadas chocaron una contra otra. Siris se lanzó agachado hacia delante, el golpe aún retumbándole en los oídos, y embistió con la Espada Infinita contra la rodilla del golem armado. La espada del Rey Dios estaba hecha de un material potente; cortaba el acero.

Alrededor de la espada brotaron chispas cuando Siris se puso detrás del golem y le golpeó la otra pierna. El monstruo se tambaleó y cayó con estrépito. El primer golem —el que había perdido su arma— contemplaba estupefacto sus manos vacías. Miró a Siris y luego le lanzó un puñetazo.

Siris lo esquivó retrocediendo y su pie chocó contra la espada caída. Agachándose rápidamente, recuperó el disco de transportación y lo adhirió a la Espada Infinita.

Luego lanzó la espada entre las piernas del golem.

El monstruo se dio la vuelta al ver que la espada se deslizaba. Obviamente, sus órdenes principales eran recuperar el arma. El golem se dispuso a ir tras la espada y Siris lo atacó, atrayendo nuevamente la espada tal como lo había hecho antes.

El arma apareció en sus manos con un resplandor y él embistió contra el golem clavándosela en el muslo. Siris la arrancó cortándole el muslo y la bestia cayó. Golpeó contra el suelo.

Un sonido rechinante que venía desde atrás alertó a Siris de que el otro monstruo estaba —increíblemente— de nuevo en pie. Siris se dio la vuelta y liberó el disco. El monstruo gigantesco se alzó sobre él, al tiempo que saltaban chispas de sus piernas. Ahora se desplazaba acucillado, tratando de conservar el equilibrio.

Siris arrojó el disco en dirección al rostro del golem; el disco se clavó en el yelmo. Siris esquivó un puñetazo, luego activó el anillo. El resplandor del yelmo que desaparecía cegó a la criatura monstruosa, que tropezó.

Siris saltó, cortando con la espada el mecanismo del cuello del monstruo. Este se tambaleó y luego cayó hacia delante.

Después de aspirar profundamente, Siris se dirigió hacia el otro golem, que intentaba moverse. El muchacho le descargó un golpe en la espalda.

Ambos golems yacían quietos.

—Bien —dijo una voz femenina—, en realidad eres bastante bueno evitando que te maten.

Siris se volvió hacia la ventana. Por reflejo, apretó la Espada Infinita aún más.

La ventana estaba vacía.

—Por aquí —señaló ella.

Siguió a la voz y descubrió que ella estaba entre las sombras, al lado del pasillo. Kuuth y unos pocos daerils estaban esperando allí, incluido Strix, el daeril con el que primero se había encontrado Siris en la puerta del castillo. Strix aulló, haciéndose a un lado cuando la asesina avanzó hacia la luz. No la había visto.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó Siris.

—Soy buena corredora —respondió ella, cruzando los brazos y mirándolo con aprecio, mientras se tocaba el antebrazo con un dedo.

—No voy a darte la espada, mujer.

—No quiero la espada —dijo ella—. Ya no —agregó sonriendo—. En su lugar, es a ti a quien quiero.

El Rey Dios estaba repantingado en su trono, en la cámara superior del Séptimo Templo de Reencarnación. En su mano enguantada tenía un cuchillo con el que jugaba, mirando la enorme pantalla que dominaba la pared lejana. En la pantalla, el muchacho estaba sobre los escombros del aposento del trono Lantimor, hablando con esa joven.

«¿Quién es ella? —se preguntó—. ¿A quién sirve?» La consulta a sus archivos mentesmuertas no había dado resultados. No era una inmortal; y si lo era, los archivos no tenían registro de su rostro.

El Rey Dios pasó otra mano sobre la tableta del brazo del sillón. Escaneó el MIC del muchacho, cuando su viejo trono sintonizaba el anillo. No se obtenía mucho de una superficie escaneada; eran necesarios los linajes. Con todo, ahí había alguna información.

Curioso. Necesitaba un poco de sangre del muchacho para estar seguro. O, al menos, sangre de un pariente confiable. «Si estoy en lo cierto, habrá muchas otras cosas que tendrán sentido...»

—Gran amo... —dijo Eves, que estaba al lado del trono—. Gran amo, no entiendo. ¿Por qué? —preguntó el devoto, cayendo de rodillas e inclinando la cabeza—. Vuestros caminos son misteriosos y llenos de maravillas, gran maestro. Demasiado grandiosos para que mi mente comprenda.

—No quiero que ella huya con la espada, Eves —respondió el Rey Dios, aún jugando con el cuchillo.

El muchacho era rápido mentalmente. Cuando el Rey Dios había desactivado la seguridad de su trono por control remoto —tapando lo que había hecho al dar a entender que el daño causado al trono había tenido que ver con una falta de seguridad—, el muchacho había sabido inmediatamente qué hacer. Eso estaba bien. Ella debía de ser la sierva de uno de los otros Inmortales. ¿Del Asesino de Sueños, quizás? ¿O de Vist? Ambos codiciaban la Espada Infinita. No eran los únicos.

Bueno, el muchacho había recuperado la espada. Eso estaba muy bien; más valía malo conocido que bueno por conocer.

La mano del Rey Dios estaba encima del panel de entrada. Ambos muchachos ya no estaban intentando matarse mutuamente. Qué lástima. El Rey Dios no podía oír sonido alguno: en realidad, los sistemas habían sido dañados durante la pelea. Necesitaba mayor redundancia ahí. Odiaba descubrir que no se había preparado suficientemente.

Apretó el botón de su panel de entrada. Al hacerlo, apagó y destruyó todo el sistema mentemuerta de su antiguo palacio. Ese solo botón accionado remotamente borró todas las memorias, luego dispuso los mecanismos de seguridad que destruirían las cajas que alojaban las mentesmuertas. En pocos

instantes, los sistemas de palacio serían completamente irrecuperables.

También las cámaras se apagarían. Lamentablemente, aunque tenía otros medios para seguir vigilando al muchacho.

El Rey Dios se puso de pie.

—Vamos —ordenó y doce caballeros de armadura negra se inclinaron ante él, cuando atravesaba la cámara—. Es tiempo de realizar una visita al Hacedor.

—Los Inmortales no te darán respiro —dijo Isa—. No mientras tengas la espada.

—¿Qué sabes tú de la espada? —preguntó Siris, golpeando su navaja de afeitar contra el lavabo.

Estaba desnudo hasta la cintura, de pie en un cuarto de baño incomprensiblemente lujoso. Según parecía, el Rey Dios, a pesar de ser inmortal, aún necesitaba usar el inodoro. Había uno de plata en el rincón. El espejo era casi tan grande como la pared, el lavabo era dorado y las navajas para afeitarse, imaculadas, eran increíblemente filosas.

Isaline estaba sentada al lado de una enorme bañera, abriendo y cerrando el agua. La madre de Siris habría adorado una bañera tan grande, aunque la habría usado para lavar la ropa. El agua salía «caliente».

—Bueno, sé que hay alguien que parece querer realmente esa espada —dijo Isa—. Enviaron a esos golems para conseguirla. Debe de ser importante.

Él se llevó la navaja a la cara.

—Menuda mentira. Tú has venido especialmente por la espada, ¿no?

Isa estaba sentada recatadamente, sin responder.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Dámela —dijo ella— y voy a echar a correr el rumor de que te he asesinado y te la he quitado. Me creerán. Serás libre de volver a tu vida sencilla.

—¿Qué te hace pensar que quiero una vida sencilla?

—Eres el hijo de un granjero o algo así. Viene con el paquete.

Siris enjuagó la navaja, vigilándola en el espejo. ¿Volvería a dispararle con la ballesta otra vez? Hasta ahora no lo había hecho, aunque la había pescado deslizándose un fino espejo de mano en su bolso.

—Ya tienes tu venganza —continuó ella—. El Rey Dios murió por tus manos.

—¿Así que ahora me crees? —dijo él secamente.

—Claro. ¿Por qué no? Tienes un poco el aspecto de un matador de dioses.

Ella le miraba el pecho en el espejo, sonriendo admirada para sí. Él resistió el impulso de coger su camisa y ponérsela. Ser espiado de reojo era... una experiencia poco usual.

«Nadie debería mirarme de ese modo —pensó—. Voy a enseñarle, voy a mostrarle, voy a hacer que se arrepienta. Yo...»

Interrumpió su pensamiento, con la navaja helada en la mejilla.

¿De dónde le habían venido esos impulsos?

—Mira —dijo Isa, poniéndose de pie y yendo hacia él—, lo has hecho. Has matado al Rey Dios. Felicitaciones. ¿Te das cuenta de que ahora todos los Inmortales del mundo vendrán a buscarte para quitarte la espada, no?

Él no respondió.

—¿No quieres terminar con esto? —preguntó ella—. Vuelve con tu familia y tus amigos, Siris. Ve y sé un héroe para ellos. Yo recogeré la espada y dejaré un rastro falso. Nadie pensará en vincularte a ti ni a tus seres queridos con el hombre que mató al Rey Dios y le robó sus riquezas.

—Ya lo intenté —replicó él quedamente.

Ella frunció el entrecejo.

Sin embargo, el ofrecimiento de la muchacha era tentador. Como mínimo, podría vivir una nueva vida en otra parte. Quizá podría visitar a su madre de tanto en tanto, una vez que se asegurase de que no estaba siendo perseguido.

Claro, para hacer eso tendría que creer en esa mujer. Una mujer que había tratado de matarlo.

Eso significaría entregar su arma, la única con la que enfrentar a los Inmortales. Eso lo hacía dudar y sentirse como un tonto. Había ido hasta ese castillo buscando la libertad, ¿no? Era una gran oportunidad.

«Quiero la libertad —se dijo—. Pero no voy a tenerla hasta estar seguro de que no estoy condenando a la humanidad por entregar nuestro salvoconducto a la salvación.»

En definitiva, iba a tener que enfrentarse con su madre con la conciencia limpia. Entonces, mientras se afeitaba, revisó sus metas. Debía encontrar la libertad, debía hallar algún lugar anónimo donde esconderse, pero únicamente después de haber dispuesto de su arma de manera apropiada. Tal vez entregándosela a alguien de confianza que la emplease para pelear.

Isa avanzó hacia la espada. Siris se dio cuenta y dejó caer la navaja en el lavabo con un fuerte ruido.

—¡Qué quisquilloso! —dijo ella pasando al lado de él y de la espada. Llegó hasta lo que parecía ser una jabonera confeccionada en plata. El movimiento la puso muy cerca de él. Lo suficientemente cerca como para que pudiera atraparle la mano si ella trataba de acuchillarlo. Ella retrocedió y sostuvo la jabonera bajo la luz. El aroma que despedía Isa llegó hasta Siris. No usaba perfume. Olía a cuero y a cera. Buenos olores.

Dejó caer la jabonera en su bolso.

—¿Saqueando? —preguntó él—. No eres más que una simple ladrona.

Isa cargó la ballesta sobre su hombro. La usaba colgando de una tira.

—Imposible.

—Entonces, ¿qué eres? —preguntó Siris con genuina curiosidad.

—Una persona que hace cosas —replicó ella caminando hacia la salida.

—Supongo que por un precio.

—Siempre hay un precio —contestó ella—. El hecho es que si tienes suerte, algún otro lo pagará por ti. Voy a esperarte abajo hasta que decidas contratarme.

Se dispuso a irse.

—Espera. ¿Qué dijiste?

Ella lo miró.

—Bueno, no parece que vayas a dejarme coger la espada.

—Preferiría morir antes que dejarte poner tus manos en ella.

—No tengo dudas al respecto —afirmó Isa guiñando un ojo.

—Dime algo. ¿Cómo pudiste entrar en el castillo?

—Todos saben dónde está. Sigues el río hasta alcanzar los acantilados. Lo supe antes de venir aquí. ¿Nunca habías dejado antes tu pueblo?

—¿Por qué habría necesitado hacerlo?

Ella se limitó a sonreír.

—Yo sé dónde está todo. Todo. Y puedo llevarte a donde quieras ir. Piensa en eso mientras estás sentado aquí, en un castillo al que todos saben cómo llegar, sosteniendo un arma que todos quieren.

Salió por la puerta.

« Qué mujer extraña », pensó Siris sosteniendo la espada cerca de sí.

Sus últimas palabras quedaron vibrando en él. « En un castillo al que todos saben cómo llegar... un arma que todos quieren... » Luego de considerarlo por un momento, fue a buscar a Strix.

—Gran amo —dijo Strix detrás del trono destrozado—. Es maravilloso veros en buen estado. El ataque de los golems no logró dañaros, ¿no es cierto?

Siris no contestó. Dio vueltas alrededor del trono, aplastando con sus pies los trozos de mármol roto.

Encontró al daeril de rostro amarillo hurgando y empujando el trono roto del Rey Dios, tratando ostensiblemente de repararlo.

Siris rodeó el trono y subió hasta donde estaba el daeril.

Por un instante, miró a Strix, luego atrapó al demacrado daeril por el cuello, levantándolo y golpeándolo contra los restos del trono. En la otra mano sostenía la Espada Infinita.

Los negros ojos del daeril estaban desorbitados y trataba de respirar.

—Gran... amo... ¿Por... qué?

—¿A quién sirves?

Los ojos del daeril brillaban de pánico.

—Amo... yo... claro... que os sirvo.

—Eres un pícaro, Strix —le dijo Siris—. Sabes que es peligroso que te encuentren aquí. Los otros Inmortales van a masacrarte por lo que sabes de la muerte del Rey Dios. Puedo entender por qué se quedó Kuuth: a él no le importa

la vida. Pero ¿tú? Tú te has quedado por alguna razón.

El daeril luchaba, los ojos muy abiertos.

Siris apretó más fuerte.

—¿A quién sirves?—volvió a preguntar.

Algo crujió detrás de él.

Siris se dio la vuelta sin pensar, blandiendo la Espada Infinita. Quería decapitar a la persona que se le acercaba furtivamente. Pero en cambio, hirió en el estómago a su oponente de más de tres metros.

Kuuth, el trol ciego, se tambaleó hacia atrás, con la sangre goteándole de la cintura. Su bastón, ancho como un árbol, cayó estrepitosamente al suelo. Estuvo a punto de golpear a Siris en la cabeza.

—¡Que el infierno me lleve! —aulló Siris—. ¡Traidores! ¡Ambos vais a morir! ¡Sufrid! ¡Temed!

Se volvió hacia Strix y hundió la Espada Infinita en la piedra del trono, justo al lado de la cabeza de la criatura.

—¿Qué está pasando?—bramó.

—No culpéis a Strix, guerrero —dijo Kuuth con su voz tonante. El anciano trol jadeó de dolor y luego cayó de rodillas—. Él hizo lo que se le dijo que debía hacer.

—Kuuth —exclamó Siris, volviéndose. El trol moribundo se derrumbó—. ¿Por qué?...

—Servimos a nuestro amo, guerrero —contestó Kuuth, con una voz cada vez más débil—. Para eso... fuimos creados...

—Vuestro amo está muerto.

Kuuth siguió cayendo.

Siris se volvió hacia el tembloroso daeril que estaba junto al trono. Strix se encogió más aún.

Kuuth había intentado mantenerlo en el palacio. Eso es lo que buscaba hacer a lo largo de toda la conversación. Hacer que confiase en el trol, que aceptara quedarse. Allí, donde podrían encontrarlo.

Siris se agachó. «¿Qué habrá querido decir?»

—La Espada Infinita aún no funciona —dijo Strix, acobardado—. ¡El Rey Dios estaba preparándola con las almas de tu linaje! Pensó que matarte iba a ser el último paso. Pero él no te mató. Él...

«Cayó a mis pies», pensó Siris.

Lo que quiere decir que... si la espada aún no funciona...

«El Rey Dios sigue vivo. Y sabe dónde estoy. Oh, rayos.»

Siris volvió a tropezar, arrancó la Espada Infinita de la piedra y la aferró entre sus manos. Strix se frotó el cuello y se quedó de pie, tosiendo.

—Pronto vendrá por ti —dijo Strix, con odio en la mirada—. No sé por qué te dejó vencerlo ni por qué le ordenó a Kuuth que respondiera a tus preguntas. Pero

todo eso es parte de su plan. Todo es siempre parte de su plan.

Siris deseó derribar al daeril, pero se obligó a no hacerlo.

Hubo un tiempo en que solo peleaba cuando alguien lo desafiaba. ¿De dónde le venía ahora esa sed de sangre?

«La espada —pensó—. Me está corrompiendo. Ni siquiera puedo usarla y ya me está corrompiendo.»

Retrocedió aún más y Strix se rio.

—Huye. Te hallará, humano. ¡Reclamará lo que es suyo y entonces aprenderás, al igual que tus ancestros, el precio de la rebeldía!

Siris huyó aferrando la Espada Infinita.

Fiel a su palabra, Isa estaba descansando fuera cuando Siris apareció en la puerta del castillo que daba al patio interior. La muchacha guardó un libro en el bolsillo de su largo abrigo y se colgó la ballesta del hombro.

—Y bien, ¿adónde vamos?

—El Rey Dios está vivo —dijo Siris, jadeante. Había recogido su armadura y su escudo, aunque no había tenido tiempo de ponérselos. Había atado la armadura a su capa, un pan de maíz al hombro y la Espada Infinita a un costado, en una vaina improvisada que no se ajustaba muy bien.

—Bueno, es inmortal —comentó Isa—. Esa gente tiende a ello, ¿sabes?... a no morir.

Eso alteraba todo. Siris no había vencido. Había fallado.

—Necesito encontrar un modo de hacer funcionar la Espada Infinita —añadió—. Esta... —y se detuvo. Decirle a ella que el Rey Dios había planeado hacer funcionar la espada matándolo a él no parecía muy prudente. De hecho, decirle cualquier cosa a ella no parecía muy prudente.

Pero él estaba solo y se iba quedando sin opciones.

Isa parecía darse cuenta y lo observaba con una sonrisa maliciosa.

Siris respiró hondo.

—Dijiste que sabías cómo llegar a cualquier lugar. De modo que...

—Hacer que funcione la Espada Infinita no es un lugar, bigotes.

—Necesito hallar a alguien que me ayude. Tal vez alguien que me quite la espada de las manos. ¿Puedes encontrar al Hacedor de Secretos?

Isa quedó paralizada, y él sintió la leve satisfacción —en medio de la angustia —de haber dicho finalmente algo que la sorprendiera.

—El Hacedor de Secretos es un mito —aseveró ella—. Un puro embeleco. Nadie puede defenderse de los inmortales. Nadie.

—Yo lo hice. De algún modo, parece que tú también lo intentaste.

Isa no respondió.

—El Hacedor hizo la Espada Infinita —dijo Siris, aunque había obtenido esa información de Kuuth. ¿Acaso era posible confiar en algo que ese trol le hubiese dicho?

«El Rey Dios le había dicho que respondiera mis preguntas. ¿Por qué?»

—Sí. Se dice que la espada es creación del Hacedor —replicó Isa, lo que le asombró. Ella sabía sobre la cuestión. ¿O estaba jugando con él?

«Diablos —pensó él—. ¿Qué estoy haciendo? No puedo manejar esto. Lo único que sé hacer es matar gente.» Y parecía que no podía hacerlo correctamente.

—El Hacedor de Secretos —añadió Isa, pensativa—. Antiguo enemigo de los Inmortales, prisionero en una cárcel donde el tiempo no transcurre: su castigo por

hacer un arma prohibida.

—¿Qué es lo que sabes, Isa? —preguntó Siris, señalándola con el dedo—. ¿Qué es lo que realmente sabes de todo esto?

—No tanto como parece —repuso ella a la ligera—. Y, por cierto, no sé dónde está prisionero el Hacedor. Si es que existe.

—Dijiste que podías llevarme a cualquier parte.

—Cualquier parte que exista y no sea un mito, tonto —respondió ella con sarcasmo, al tiempo que se cruzaba de brazos—. Creo que el Hacedor es probablemente un rumor lanzado entre los Inmortales para ocultar los verdaderos orígenes de la Espada Infinita.

—Bien, tenemos que ir a algún lado —dijo Siris, volviéndose hacia el castillo. Este parecía hueco y vacío. Un trono sin rey—. Vamos. Ya... Ya pensaré qué hacer.

Isa se encogió de hombros y comenzó a desandar el camino. Él la siguió, esperando no parecer tan inseguro como realmente se sentía.

« Soy como un niño —pensó Siris—. Un niño jugando con juegos que solo los adultos entienden.»

Él iba caminando por el sendero, llevando la pesada armadura envuelta.

Isa, en cambio, tenía un caballo, un lujo que nadie en Drem ` Maw había sido capaz de tener. A lo largo del camino ella fue cabalgando detrás de Siris. Iba tarareando suavemente una canción, con un sombrero de ala ancha para protegerse del sol.

Él siempre había querido montar a caballo. ¿Cómo sería? Sacudió la cabeza, tratando de que sus pensamientos tomaran otro rumbo. El mundo se desmoronaba. ¿Qué podían importar los caballos?

Y, sin embargo, una parte de él todavía luchaba por salir a la luz. Quería vivir, desarrollarse. Quería conocer otras cosas, experimentar otras cosas. Siempre se había negado el más pequeño viso de placer, pensando que, si probaba el gusto de la vida de una persona real, sentiría hambre por ese tipo de vida. Y había tenido razón. Ahora la había saboreado. Y estaba perdido. Y se hallaba feliz por ello.

Tal vez Isa lo ayudaría a concretar sus deseos. Tal vez no. Parecía muy oportuno que ella hubiera llegado, que decidiera no matarlo y que ahora se ofreciera a llevarlo adonde quisiera ir. No habían discutido el precio. Probablemente porque ambos sabían que conducirlo era la excusa que ella tenía para estar cerca de la espada y, quizá, la oportunidad de apropiarse de la misma.

« Debería deshacerme de ella —pensó—. Ir solo.»

¿Ir adónde? ¿A esconderse? Podía trasladarse a las montañas, vivir de la tierra... salvo que nunca había aprendido a hacer algo así. Aparte, ¿qué había de bueno en esconderse con la Espada Infinita? ¿Con la única arma que tenía la humanidad para luchar contra los Inmortales?

« Tengo que encontrar gente que luche. Darles la espada a ellos.»

El Hacedor de Secretos, si existía, era el lugar para comenzar. Si no era él, entonces otro grupo rebelde. Seguro que existía algo parecido.

—Te darás cuenta de que esto parece extraño —advirtió Isa.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Yo, a caballo —explicó ella—, y tú caminando. Es inusual. Supongo que quieres ser... ¿Cuál es la palabra en tu lengua? ¿Discreto?

¿Lo iba a invitar a cabalgar con ella? La perspectiva de estar tan cerca lo llenaba de inquietud. Miró los cuchillos que ella llevaba en el cinto. También lo fascinaba esa perspectiva e intentó sofocar esa emoción.

«Trató de asesinate —se dijo—. Y probablemente lo intentará de nuevo.»

Sí, pero sería muy agradable montar a caballo.

—Sí, esto no es muy discreto —continuó ella mientras le echaba una mirada evaluadora—, no llevando un arma como esta. Podrías ser mi guardia pero cualquiera que se nos cruzara se preguntaría cómo una mujer vestida de cuero puede permitirse tener un guardia. No me parezco a un mercader, no llevamos nada que comerciar, y ciertamente no pasaría por uno de los Devotos o Favorecidos.

—Supongo que no tienes guardado en tus alforjas uno de esos vestidos de moda.

Ella alzó una ceja, como muy divertida.

—Supongo que no —añadió él.

—Si quieres viajar desconocido —dijo ella—, debemos hacer algo con esa espada.

—Espera, ¿desconocido?

—¿Palabra incorrecta?... Juraría que había una.

—¿De incógnito?

—Sí, eso mismo. Qué lengua estúpida. De cualquier forma, si quieres viajar de incógnito necesitamos hacer algo con esa espada.

Isa fingió que lo estaba pensando y luego suspiró ruidosamente.

—Quizá tendrías que dejarme atar la espada a la silla, donde pueda cubrirla con una manta.

—¿Realmente crees que soy tan estúpido?

Ella se limitó a reír entre dientes, metiendo la mano en las alforjas.

—Solo estaba tratando de medir cuán estúpido eras, bigotes. Los soldados como tú frecuentemente reciben golpes en la cabeza. Vaya uno a saber cuán olvidadizo podrías ser —dijo, sacando algo de las alforjas y arrojándoselo. Una capa, más bonita que la que había usado para envolver la armadura—. Ponte esta capa y que cubra tu flanco izquierdo. Tal vez esconda bien el arma como para evitar miradas curiosas.

Siris levantó la capa y la inspeccionó cuidadosamente, con desconfianza, por si se trataba de alguna trampa.

—Le cosí arañas mortíferas en el cuello —dijo Isa secamente.

—Estoy siendo cauteloso —repuso Siris, echándose encima la capa y dejándola caer como ella le había indicado. Servía para esconder la espada—. Gracias.

Continuaron andando un poco más por el polvoriento sendero. No era realmente un camino. En otra zona del campo, se habría superpoblado mucho tiempo antes. Aquí, donde hacía mucho calor y el terreno era pedregoso, no había demasiada vida como para que creciera nada.

Siris caminaba con dificultad junto al caballo, con la armadura golpeándole la espalda como un ladrillo, y surcos de sudor se deslizaban pausadamente sobre sus mejillas.

—Bellas, ¿no? —preguntó Isa.

—¿Bellas?

—Las formaciones rocosas —dijo, indicando con un gesto de la cabeza hacia un costado. Allí el suelo se abría en una serie de quebradas, luego se levantaba abruptamente en una ondulación que exponía estratos sombreados de rojo, amarillo, marrón y naranja—. Siempre me gustó esta parte de la isla.

—¿Isla? —repitió Siris sorprendido—. ¿Vivimos en una isla?

—Una bien grande —aclaró Isa, que parecía divertida—. Pero, sí, Lantimor, por cierto, no es un continente. Puedes recorrerlo de un lado a otro en alrededor de un mes.

—Lantimor —dijo Siris, saboreando la palabra.

El nombre que alguien le había puesto al lugar donde él vivía. Nombres como ese pertenecían a los Inmortales. Todos aquellos a quienes conocía se limitaban a llamarla la tierra o la zona.

—Qué ingenuo —dijo Isa, casi en un suspiro. Probablemente, no había advertido que él la había oído.

Siris mantenía los ojos puestos en el sendero, intentando no permitir que las palabras de la mujer le hicieran mella. A él no le importaba ser ingenuo. De veras.

«Ya le enseñaré yo la ingenuidad. Le enseñaré lo que es saber la verdad. El dolor del mundo que se derrumba, la vergüenza que podría consumirnos, la culpa como un cielo que conduce a...»

Se detuvo en seco, la mano temblorosa sobre la empuñadura de la Espada Infinita. Las gotas de sudor a los costados de su rostro se hicieron más grandes.

—¿Realmente lo has vencido? —preguntó Isa—. ¿En un duelo?

—¿Al Rey Dios? Sí. Por todo lo bueno que hizo. No está muerto.

Isa frunció los labios.

—¿Qué sucede? —le preguntó Siris.

—Raidriar, al que llamas Rey Dios, es uno de los más grandes duelistas entre los Inmortales.

—En parte tuve suerte —explicó Siris—. Cualquier duelo tiene que ver con la suerte. Esquivar el golpe en el último momento, atacar con la apertura correcta. Él era bueno, mejor que cualquier otro con el que yo me hubiera enfrentado.

Ella sacudió la cabeza.

—No entiendes. Raidriar tiene miles de años, bigotes. Miles de miles. ¿Piensas que no se había enfrentado a otros hábiles adversarios antes que tú? Lo hizo. Cientos, incluidos varios Inmortales que vivieron y se entrenaron tanto como él. Pero tú sostienes que lo has derrotado.

—¿Qué? ¿Acaso piensas que he encontrado esta espada en la basura o algo así?

—No. Pero un tiro de ballesta en la espalda podía haber sido suficiente. No lo hubiese matado pero lo dejaría fuera de combate por un tiempo, permitiéndote robar la espada. Demonios, si golpeas a un Inmortal con suficiente fuerza destructiva, necesitará hacerse de un nuevo cuerpo. Le cortas la cabeza mientras duerme, luego le robas la espada y te escapas antes de que vuelva...

—Peleo siguiendo los Procedimientos Aegis —estalló Siris, con su mano sujetando firme la espada—. Respeto el viejo ideal. Si un hombre me enfrenta con honor, hago lo mismo.

—Podrías haber tirado eso a la basura —murmuró Isa—. Allí es donde debe estar.

Siris no contestó. No puedes explicar los Procedimientos Aegis a alguien que no entiende, que no quiere entender.

Cuando él y el Rey Dios pelearon, compartían algo. Estaban preparados para matarse y, en un nivel, se odiaban. Pero también había respeto. Como guerreros que seguían el viejo ideal. Por supuesto... el Rey Dios no estaba peleando por su vida. La inmortalidad hacía que seguir los Procedimientos Aegis fuera mucho más fácil.

Antes de hablar con los esbirros en el castillo, desconocía que los Inmortales podían volver a la vida. Sabía que el Rey Dios había vivido mucho tiempo, pero se había figurado que una espada en las entrañas podía terminar con cualquier hombre, sin importar cuán viejo fuera.

«Ingenuo.» Sí, ella probablemente tenía razón.

—No te has sorprendido al saber que él no está realmente muerto —dijo Siris—. Parece que sabes mucho sobre él.

—Una vez di con una de sus cámaras de renacimiento —replicó ella con indiferencia—. Fue... una experiencia instructiva. Y tú, ¿dónde has conseguido ese anillo sanador?

Siris resopló.

—Te has comportado como si estuvieras muy sorprendida con mi barba. Ya lo sabías todo, ¿verdad?

—Soy buena relacionando hechos —dijo ella, lo que no era realmente una

respuesta a su pregunta—. ¿Dónde lo has conseguido?

—Pertenece al Rey Dios —respondió Siris—. También he encontrado otros. En los cuerpos de los guardias con los que peleé. Tengo algunos en mi bolsa.

—¡Uh! —exclamó ella pensativa.

—¿Qué has dicho?

—¿Los guardias usaron los anillos contra ti? —le preguntó—. ¿Para sanarse?

—No —repuso Siris—. En realidad, no. —Lo pensó por un momento—. Generalmente, cuando he encontrado uno, lo llevaban colgando del cuello o en la bolsa. Tiene sentido en el caso de los trols pues no se los pueden poner en los dedos. Pero algunos de los hombres con los que he luchado eran personas comunes, caballeros o Devotos que servían al Rey Dios.

—Tal vez no sabían cómo funcionan.

—No es difícil saberlo —dijo Siris alzando su mano y mirando el anillo—. Yo... lo hice, naturalmente. Sin embargo, la mayoría de los anillos dejaron de funcionar después de haber matado al Rey Dios.

Isa frunció el ceño.

—Tú sabes algo al respecto, ¿no? —preguntó él.

—No.

La miró a los ojos.

—Yo sé muchas cosas —contestó ella, sentada altivamente en un extremo de la silla—. Sé cómo llegar a todas partes. Sé que caminas como un soldado, con un paso que he visto en hombres que se han entrenado militarmente durante décadas, pero no es posible que tú hayas tenido ese tipo de preparación. Sé una receta realmente increíble para el pudín con canela. Pero no sé nada más sobre esos anillos. Sinceramente.

Él no dijo nada.

—¿Qué piensas? —preguntó ella.

—No te creo en absoluto —replicó él mirando hacia delante.

—Te prometo —afirmó ella—, que es un pudín de canela realmente bueno.

Siris se sorprendió sonriéndose.

—No me refería a eso.

—Bueno, la gente por lo general supone que estoy mintiendo cuando les hablo de cocinar. Me han dicho que no parezco del tipo de las que cocina.

—Hubo algo así como un fulgor en tus ojos cuando sugerí que podrías tener un vestido con volantes en esas alforjas.

—No fue un fulgor. Fue una digna mirada de desprecio.

—Seguro —repuso Siris—. ¿Así que en verdad sabes cocinar?

Pudín de canela. Sonaba delicioso. Era exactamente lo que nunca había probado durante sus años de entrenamiento.

—Me gusta ser capaz de hacer cosas por mí misma —aclaró la muchacha—. Desafortunadamente, también me gustan las comidas que no sepan a cuero de

rata mohosa. Este problema requiere de una mujer que se tome algunas libertades con la personalidad que elija. Y si todo este razonamiento estaba destinado a probarme con un pudín de canela, entonces me rindo.

—¿Lo... harás? ¿De modo que me prepararás un pudín?

—Tantos como puedas comer, bigotes. El precio es una espada. Oh, casualidad, sucede que tienes una. ¡Qué serie de acontecimientos afortunados!

—Bueno, lo cierto es que eres decidida.

La muchacha se sonrió.

—En realidad soy persistente. Cómo te gusta usar las palabras equivocadas.

¿No eras tú el que hablaba esa lengua nativa?

—Nativa —dijo él—, pero en apariencia no tan fluida.

—Voy a cambiarte mi hermoso diccionario...

—¿... por esa espada, supongo? —preguntó Siris, bebiendo un sorbo de su cantimplora.

—Tonterías. La espada vale mucho más que eso. Le agregaré un par de pollas.

Siris casi se atragantó y tuvo que escupir el agua.

Isa lo miró con el ceño fruncido.

—¿Así que un par de esas, eh? —preguntó Siris, secándose el mentón—. Guau. Te deben de haber costado un montón.

Isa, que parecía confundida, sacó dos ollas de las alforjas.

—Eran bastante caras, pero son buenas. Y tú te ríes. Una polla, dos pollas. ¿No?

—Me da la impresión de que tienes que seguir trabajando tu pronunciación, Isa. Son ollas y no lo dices exactamente así...

Isa, repentinamente, se quedó como paralizada, completamente alerta.

Siris guardó silencio y sacó de su vaina la Espada Infinita. ¿Qué era eso? «Voces», pensó.

—Creo que adelante —indicó Isa.

—Yo también lo creo.

—¡Esconde la espada! ¡Recuerda lo que te dije!

—No soy tonto —dijo Siris, cubriéndose el brazo con la capa. Isa comprobó su ballesta, asegurándose de que quedara cubierta. No convenía que hubiese una pelea, al menos no inmediatamente. Siris dudó de que ella pudiera tener ángulo para amartillarla subida al caballo. Era una ballesta del tipo «paso y disparo».

En lo alto de la colina, sobre el camino que se desplegaba delante de ellos, apareció un pequeño grupo de gente. Isa aminó la marcha del caballo e inspeccionó al harapiento grupo. No parecía gente peligrosa. Eran tres hombres con gorros y túnicas de trabajo. Sin pantalones, apenas unas túnicas hasta la altura de la rodilla y sandalias.

Debían de ser granjeros de las regiones del cercano oeste.

Para Siris era una sorpresa descubrir que la gente, incluida la de las áreas aledañas, se vestía de manera tan diferente de lo que se conocía en Drem's Maw. Los recién llegados, después de ver a Isa y a Siris, se detuvieron en el camino. Hablaban en voz baja.

« Están tratando de decidir qué hacer con nosotros », pensó Siris. Isa tenía un caballo: un signo de riqueza, de suerte o de ser favorecida. Pero tal como ella había sugerido, la falta de armas pareció convencer a los tres hombres de que Isa y Siris no constituían una amenaza. Los campesinos prosiguieron su marcha, cautelosos, llevando sus palos con los correspondientes atados.

—Eh, viajeros —gritó uno de ellos cuando ya estaban cerca—. ¡Venís desde el este! ¿Qué podéis decirnos? —dijo el hombre con voz nerviosa.

—Que hace calor —respondió Siris—, y está polvoriento. ¿Qué se cuenta en el oeste?

—Lo mismo —dijo el hombre, con la voz cada vez más tranquila—. Hay un poco de viento.

—Eso estaría bien.

—Bueno, es un viento cálido y polvoriento.

Siris se rio y caminó hacia los hombres. Los tres se relajaron y uno sacó una cantimplora, ofreciéndosela al muchacho. Todos parecían ser de mediana edad, pero el trabajo duro bajo el sol puede hacer que uno envejezca rápidamente.

—Gracias —dijo Siris y cogió la cantimplora. Probablemente solo era agua, pero compartir algo con un extraño le resultaba inusual.

—Hermoso día, joven viajero —exclamó uno de los hombres—. Dime... ¿has venido para rendir homenaje?

—¿Homenaje?

—Al Sacrificio —respondió el hombre.

—¿Ha llegado el momento, entonces? —preguntó Siris, oliendo la cantimplora y llevándosela a la boca. Luego, hizo como que tomaba, pero apenas dejó que el agua tocara sus labios. Mejor ser cuidadoso.

—Sí —respondió otro de los hombres en tono solemne—. Enviaron un mortal a enfrentarse al Rey Dios.

El tercer hombre gesticuló señalando su atado.

—Las especias de tres aldeas. Una ofrenda para la tumba del Sacrificio. Fuimos elegidos. Si aún no ha sido enterrado, haremos que se cumpla con la tradición.

Todos conocían la historia, la leyenda. Según la tradición, el Rey Dios arrojaría el cuerpo del Sacrificio fuera del castillo y no intervendría ante aquellos que vinieran a recogerlo. Se enviaban uno o dos de cada aldea o pueblo. El Rey Dios no los molestaba mientras ellos retiraban la armadura y el escudo, y enterraban al héroe caído. La armadura era devuelta al pueblo del Sacrificio, donde la pasaban al próximo Sacrificio elegido. Generalmente era su hijo. Siris

había roto la tradición al no casarse o engendrar un niño antes de marchar.

A Siris siempre le había molestado que el Rey Dios permitiera que se recuperara la armadura, pero ahora descubría cuál era el sentido de todo eso. El Rey Dios quería que los Sacrificios continuaran. De alguna forma era lo que necesitaba para que la Espada Infinita funcionara.

Durante todo ese tiempo, la gente había pensado que, de este modo, desafiaban al poder. Una cierta resistencia ante la bestia que los oprimía, los hacía trabajar para él y les cobraba impuestos que los condenaban al hambre. Pero resultó ser que, durante todo ese tiempo, incluso ese pequeño acto de rebelión había sido controlado por la criatura que odiaban.

¿Qué harían esos hombres cuando no encontrarán un cuerpo para enterrar, un cuerpo para reverenciar?

—¿No sabías que había llegado ese momento? —dijo uno de los hombres.

—He oído... un rumor —dijo Siris—. Pero la gente siempre anda hablando del Sacrificio. No creí que realmente hubiera llegado ese momento.

—Llegó —dijo el hombre—. Nuestros mayores contaron los días con extremo cuidado. Las tres aldeas estuvieron de acuerdo.

—Ven con nosotros —le ofreció uno del grupo—. Podrás decirles a tus nietos que lo has visto. Solo hay un Sacrificio por generación.

Siris les devolvió la cantimplora y negó con la cabeza.

—Sabrán disculparme, pero tengo otras tareas. Les deseo suerte.

A continuación se separaron, los hombres siguieron viaje hacia el castillo del Rey Dios. Siris los miró partir, solemnemente, hasta que Isa llegó a su lado.

—Me preocupan —dijo—. ¿Qué les hará el Rey Dios?

—Probablemente, nada —respondió ella—. Los necesita y también a los otros que aparezcan para difundir la propaganda que convenga a su retorno. Incluso podría arrojar un cuerpo y hacer como que tú no lo derrotaste, que él mató al Sacrificio.

« Y la tradición continuará —pensó Siris—. Solo yo sabré la verdad.»

Otra razón más para que el Rey Dios le diera alcance.

—No has intervenido en la conversación.

—Mi acento es inconfundible y hace que se acuerden de mí —dijo ella—. Además suelo ser desagradable ante aquellos con quienes me encuentro.

—Debe de ser por los tiros de ballesta que le asestas a la gente antes de presentarte —replicó Siris—. Tendrías que dejar de hacerlo.

—Eso es una revelación asombrosa.

—Bueno, me dijeron que las habilidades de mi pueblo son admirables.

—En realidad —dijo ella—, así lo parece.

Él la miró.

—Ellos confiaron en ti inmediatamente —musitó ella. Parecía sincera—. La gente no confía en mí. Suponen que miento, los engaño o estoy escondiendo algo.

—¿Y lo haces?

—Siempre —contestó con aire distraído—. Demonios, en este preciso momento estoy llevando de contrabando seis piezas de magia de largo alcance en mis alforjas.

—¡Espera! ¿En serio?

—No puedo hacer que las cosas *toorim* funcionen —dijo ella. Él no conocía esa palabra. ¿Era algún encantamiento?—. Se necesita un tubo mágico para activarlas. Pero ese no es el problema. La gente no confía en mí.

—Podrías intentar ser sincera.

—No funciona —respondió ella—. Cuanto más honesta soy, menos me creen. Como sucedió con nuestra discusión sobre esos anillos. De paso, realmente no sé nada sobre ellos.

Siris dudó.

—Eres escéptico —dijo la muchacha.

—Yo...

—Está bien. Estoy más que acostumbrada a esto. Pero tú... eres auténtico —lo cual parecía perturbarla—. ¿Qué es ese Sacrificio del que hablaban?

—¿No lo sabes? —preguntó él asombrado, cuando ella se volvía.

—No.

—Todo el mundo lo sabe.

—Anda. Dime.

—En cada generación, se elige un hombre para pelear contra el Rey Dios —explicó Siris, comenzando a andar nuevamente por el camino.

—¿Se elige? ¿Cómo?

—Es el pariente más cercano de mi linaje familiar —respondió Siris—. Por lo general, el Sacrificio se casa y tiene un hijo antes de partir.

—¿Entonces, estás casado?

—No —respondió.

—Pero...

—En mi caso, las cosas sucedieron de otra manera.

Él no había sido capaz de hacerlo. La muchacha que los ancianos del pueblo le habían escogido era bastante bonita, pero Siris no había querido casarse con ella solo para que quedase viuda un año después, de modo que se echó atrás. Su madre le había dicho a la familia de su esposo que el nuevo Sacrificio podría ser designado entre los jóvenes de esa rama. Pobre chico.

Prosiguieron su camino. Alrededor de media hora más tarde, repentinamente Isa estalló en risas: una especie de ladrido rápido, exuberante. Siris la observó y descubrió que estaba leyendo su diccionario.

—Ah, sí —se dijo la muchacha ahogada de risa—. Ya veo. «Ollas», no «pollas». Sí, claro. Tengo que aprender a pronunciar bien —y se limpió una lágrima—. Rayos, ojalá lo hubiera hecho a propósito...

Siris dejó que Isa escogiera el lugar para acampar esa noche. Quería estar fuera del camino, pero no sabía mucho sobre escoger dónde montar el campamento. A Isa la cuestión le parecía divertida: había esperado que los que venían de los «pueblos rurales» fueran rastreadores capaces y expertos en la vida silvestre.

Siris negó con la cabeza. Él nunca había trabajado en las estalactitas, ni había dejado el pueblo para vagar por la naturaleza. Cada momento de su vida le había sido necesario para entrenarse. Abandonando a Isa por unos instantes, se apartó para probar el anillo de transportación con la espada. Aún funcionaba, a pesar de que estaban lejos del castillo. Al descubrirlo, se sintió aliviado: desde que los anillos elementales habían cesado de funcionar, había estado preocupado de que, con el tiempo, también este dejara de hacerlo.

Una vez que lo hubo confirmado, volvió y ayudó a descargar el caballo, pasándole a Isa las alforjas. Empezó a desmontar la silla y entonces se fijó en la ballesta colgada. Un arma mortal, había oído hablar de ellas, pero jamás había visto una. Al cabo de una breve inspección, resultaba fácil imaginar cómo funcionaba.

Habían acampado en la base de una pequeña colina. No en la cima, tal como probablemente Siris habría decidido. Eso tal vez tendría que ver con el pequeño arroyo que Isa había encontrado abajo, o con no resultar visibles desde lejos.

—Todavía no hemos hablado sobre el precio —dijo Siris, sacando la última alforja.

Isa la miró, aunque obviamente intentaba parecer despreocupada.

Como si él fuera a quedarse con sus bienes. «Esta mujer está a punto de confiarse como... bueno, como yo, finalmente.»

—¿Precio? —preguntó ella.

—No vas a guiarme gratis.

—Hasta ahora no tuve que guiarte demasiado. Si no sabes adónde quieres ir.

—Con independencia de ello, no creo que tú puedas ofrecer un servicio... por más insignificante que este sea... gratis.

La muchacha lo miró seriamente, y no hubo signos de alegría en su voz.

—Tú mueres. Yo me quedo con la espada.

—Eso...

—No porque yo vaya a matarte —añadió—. Lo que quiero decir es que este es mi precio: ser tu guía. Si mueres en el camino, la espada es mía. Como comprenderás, se trata de un precio justo. En realidad, no va a costarte nada.

—Salvo mi vida.

—Solo me quedo con la espada si tú mueres por algo que esté más allá de nuestro control —aclaró encogiéndose de hombros—. Que pierdas la vida no es un coste.

El muchacho se acarició el mentón, mientras ella se acercaba al caballo y se

colgaba la ballesta sobre el hombro, para después retirar la silla y empezar a peinar al caballo con un pequeño instrumento manual, que a Siris le pareció extraño.

El muchacho bordeó la colina y se instaló en un hueco para ocuparse de su armadura —el cuero necesitaba engrasarse— y luego Isa se reunió con él. Ambos trabajaron en silencio y más tarde Siris se levantó para buscar su diario y empezar a escribir. Había pasado una buena parte de la caminata decidiendo qué cosas quería probar.

« Ver el océano. Tocar un instrumento. Aprender a abrirse camino en los bosques. Comer pudín de canela. Jugar a los naipes.»

Probablemente, ella se habría reído de él si le hubiese mencionado que no sabía jugar a las cartas. Todos, incluso los hombres más sencillos del pueblo, sabían jugar. Siris, no.

Isa hizo un fuego pequeño e hirvió un poco de agua.

—¿Alguna posibilidad de un poco de ese pudín del que has hablado? —preguntó Siris.

—¿Tienes azúcar, mantequilla y canela a mano?

—Tengo algo de cecina y un poco de avena —respondió, alcanzándole una jarrita—. Y algo de grasa para la armadura.

—Supongo que podría intentar hacer algo con esos tres ingredientes...

—Uh, no. Gracias.

Isa se sonrió, y cenaron los víveres que tenían para el viaje. Sabían a serrín. Poco después, Siris se cubrió con la manta —la cabeza apoyada sobre el envoltorio de la armadura— y cerró los ojos.

Estaba exhausto. Tras combatir contra esos golems, descubrir que el Rey Dios todavía vivía, caminar durante horas... estaba agotado, sin ninguna energía.

Sin embargo, el sueño era esquivo. Los tres campesinos no habían sido los únicos con los que se habían topado en el camino: habían pasado otros dos grupos y ambos habían hablado del Sacrificio. Siris se había sentido... deshonesto al hablar con ellos. ¿Cómo habrían reaccionado si se hubiesen enterado de que él estaba vivo, aun cuando había fallado en matar al Rey Dios?

« Deberías encontrar la manera de hacer funcionar la espada —le susurraba una parte de su mente—. Entonces, vuelve. Enfrentalo de verdad. Termina con él.»

El próximo pensamiento fue inmediato. ¿Por qué? ¿Por qué Siris? ¿Acaso no había cumplido su parte? ¿No se merecía la libertad? ¿Por una vez, no merecía jugar a las cartas? ¿Ir a nadar? ¿Ver el océano?

« Termina lo que empezaste...»

Mientras yacía pensando, el tiempo transcurría. No se sacudía ni daba vueltas. Yacía con los ojos cerrados, respirando regularmente. Como si se convenciera a sí mismo de dormir. Además, había otra razón para quedarse

quieto. Una que esperaba profundamente que fuera injustificada.

Al cabo de una hora, oyó el tenue roce de una roca.

Abrió los ojos de inmediato. Isa estaba acucillada a su lado, con la ballesta apuntándole al cuello. Bañada por la luz de la luna, su expresión era siniestra y sus ojos, duros.

Respiró lentamente, arrepetido.

No hubo palabras: ambos sabían lo que pasaba. Ella se inclinó para recoger la espada que él tenía a su lado.

Siris tamborileó con los dedos, luego se sentó y cogió la espada con una mano. Ella apretó el gatillo de su ballesta.

Al menos, eso intentó. Nada sucedió. Movi6 el dedo frenéticamente y retrocedió, con los ojos desorbitados. Siris sostenía algo bajo la luz de la luna: el mecanismo del gatillo. Había hecho que el disco de transportación lo arrancara —antes, al inspeccionar la ballesta, lo había adosado— y lo hiciera desaparecer en la noche. Él había esperado que el disco le trajera toda la ballesta, pero eso también había servido.

Siris siguió moviéndose rápidamente; liberó la Espada Infinita y la puso a la altura de la garganta de Isa.

—En mi defensa —dijo la muchacha—. No intenté matarte mientras dormías. Esperé a que primero abrieras los ojos.

—Habías planeado llevarte la espada y huir —replicó él con frialdad—. Y si me despertaba e intentaba detenerte, me habrías matado. Uno no le apunta la ballesta a la garganta a alguien por accidente, Isa —continuó diciendo Siris. Estaba furioso. ¡Ella había empezado a caerle bien!

—Bien —dijo Isa con voz exhausta. Se sentó y arrojó la ballesta a un costado—. Pero no finjas tener autoridad moral. No digas que no estabas planeando algo similar para mí una de estas noches. Yo solo te gané por la mano.

—Planeando algo similar... Isa, ¿por qué razón habría hecho eso?

Ella lo miró condescendiente, pero no dijo nada más.

«¡Qué mujer intolerable y frustrante! —pensó—. ¿En el nombre de las antiguas plegarias, qué voy a hacer contigo?»

Luchó para contenerse y no ensartarle la espada en el pecho. ¡Ella lo había traicionado! ¿Cómo se había atrevido? Dio un paso adelante mientras ella retrocedía, tropezaba con una roca y caía, de modo que él quedó encima de ella.

La muchacha alzó la vista, los ojos bien abiertos bajo la luz de la luna. Bien, ella sabía cuál era el precio de la traición. Él iba a...

«¡No!» , se dijo él con algún esfuerzo.

Era por la maldita espada. Le estaban sucediendo cosas por su causa. Siris se forzó a guardar la Espada Infinita en su vaina. Con tiempo, iba a tener que encontrar una en la que cupiera mejor.

Isa dio un largo suspiro. Escondió bien su miedo, pero las manos le

temblaban. ¿No debió haberse contentado con su « precio » ?

Ella sabía cosas. Muchas más de las que había compartido. Podría hacerla hablar. Podría forzarla a...

« ¡No! ¡Que el cielo se lleve esa espada maldita! »

—Vete —le ordenó, sorprendido por lo furioso de su voz—. Llévate tu caballo y tus cosas. Vete.

—¿Me dejas... me dejas marchar? ¿Y puedo llevarme el caballo?

Siris no respondió.

—Vas a apuñalarme apenas me dé la vuelta —dijo la muchacha—. Vas a ejecutarme. Yo...

Ella siguió divagando, conmocionada, mientras se sentaba allí donde había tropezado. Llevaba el pelo suelto, la cola de caballo había desaparecido. Parecía desconcertada.

—Puedes llevarte el caballo —aclaró Siris— porque yo no soy un ladrón. Puedes irte porque no busco la muerte sin una razón.

No debía ocurrir así. Se suponía que tenían que ser enemigos sin rostro, peleando en duelos honorables. Sin flechas de ballesta por la noche, lanzadas por alguien en quien él estaba empezando a confiar.

—Déjame quedarme —le pidió ella.

—¿Estás loca? Tú crees...

—Átame por las noches —replicó la muchacha—. Te daré todas mis armas. Monta tú el caballo. Caminaré delante. No tendré oportunidad para la traición. No necesitarás confiar. Pero déjame quedarme.

—¿Por qué razón podría yo querer tenerte aquí?

—Saydhi.

—¿Perdón?

—Ella es una de los Inmortales —respondió Isa—. Posee tierras que limitan con las del Rey Dios. Es menos poderosa que él, pero se las ha arreglado para permanecer independiente. Trafica con información. Si alguien sabe dónde está el Hacedor de Secretos, esa es ella.

Siris acarició la empuñadura de la Espada Infinita. El Hacedor de Secretos. ¿Realmente quería encontrarlo?

« Si él creó esta arma —pensó—, sabrá cómo usarla. Sería lo correcto devolvérsela. Él podría luchar contra los Inmortales infinitamente mejor que yo. »

Siris podría hallar la libertad que anhelaba y hacer algo bueno en nombre de su gente. Era una perspectiva tentadora.

Isa continuaba observándolo.

—No tengo nada que ofrecerle a esa Saydhi —dijo él—. Si ella comercia con información, deberé pagarle con algo que le apetezca tener para que me revele dónde se encuentra el Hacedor. Lo único de valor que tengo es esta espada, y no

voy a entregársela nuevamente a uno de los Inmortales.

—No necesitarás ofrecerle nada —replicó Isa—. Saydhi tiene una debilidad. Le encantan los duelos. Cualquiera hombre que pueda vencer a sus campeones gana su favor. Pelea hasta llegar a ella y te responderá la pregunta que le hagas.

Siris cogió la empuñadura de la espada. Podría ser una mentira de Isa, una trampa. Era lo más probable.

Pero que el infierno se lo llevara si no había algo en sus ojos. Una franqueza, una sinceridad que él no le había visto antes. Esa noche ella se había conmocionado. No podía desentrañar por qué no se había limitado a huir, tal vez para esperar la oportunidad de reunir refuerzos y atraparlo. ¿No tenía eso más lógica que una trampa compleja?

Aún quería confiar en Isa. ¿Qué le pasaba con ella? Tal vez debería prestarle más atención a esos pensamientos llenos de odio que la espada le infundía.

—Ve a buscar tu cuerda —dijo él parpadeando. Por las Antiguas Oraciones, ¡estaba muy cansado!—. Lo pensaré.

Siris se despertó entumecido. Gruñó, se volvió y miró el sol, que apenas coronaba el horizonte. No había dormido casi nada.

Por supuesto que estaba acostumbrado a descansar sobre piedras duras y a estar sin dormir. Ambas cosas habían formado parte de su entrenamiento. Necesitaba ser duro, tanto como un hombre pudiera serlo. Pero a pesar de su preparación, estaba cansado. Se había obligado a permanecer despierto buena parte de la noche, para ver si Isa tenía algún método escondido para escaparse de sus ataduras.

Isa. Se volvió sobresaltado, casi esperando descubrir que la muchacha se había ido. Aún yacía en el suelo, donde él la había dejado.

Siris se sentó, frotándose la barbilla. La manta que la cubría se había desplazado durante la noche, pero con las manos atadas en la espalda y los tobillos también, obviamente ella no había podido volver a cubrirse. Él sintió que la culpa lo agujoneaba, pero al recordar la ballesta dirigida hacia su garganta, el sentimiento se desvaneció. Ella había decidido quedarse, también había sugerido las ataduras. Él no tendría que sentirse mal por haber hecho bien el trabajo.

Caminó hasta ella y la desató. Isa comenzó a despertarse, luego lo observó en silencio con los ojos rojos. Había dormido tan poco como él.

Siris guardó la cuerda y después comenzó su práctica matinal de espada, pasando por los Procedimientos Aegis de a uno, en cámara lenta, inspirando y espirando. Vigilaba con un ojo a Isa, quien lo observaba con expresión curiosa. Por algún motivo, a él lo ponía nervioso que ella lo mirase y cometió más errores en los pases de los que había cometido en mucho tiempo.

Cuando terminó, se secó la frente y guardó la Espada Infinita. Luego, como para hacer algo, empezó a cargar al caballo. El arisco animal le echó una mirada que parecía indicar que sabía lo que Siris había hecho. Incluso intentó morderlo varias veces.

«Tachar "montar un caballo" de la lista de cosas que quiero hacer» —se dijo—. «Estas bestias son horribles.»

—Lo estás cargando demasiado —dijo Isa, viniendo desde atrás—. No podrás llevar todo eso y a ti.

—A mí no me va a cargar —replicó Siris, terminando de amarrar el envoltorio con su armadura. Lo curioso es que la silla pareció repentinamente floja.

Isa suspiró y se acercó, haciéndolo a un lado amablemente para rearmar la carga.

—¿Entonces vamos a caminar los dos?

—Como que hay cielo, estoy seguro de que no voy a subirme a esa bestia —respondió Siris, sacudiendo la mano que el caballo le había tratado de morder.

¿Acaso no se suponía que los caballos eran tranquilos comedores de pasto? Él se había topado con osos de las cavernas con mejor temperamento.

Una vez terminado el empaque, Isa volvió al lugar donde acamparon y le echó una mirada a la ballesta rota.

—¿Podría arreglarse fácilmente? —preguntó Siris.

—Es difícil —respondió ella—. Necesitaríamos un especialista.

Parecía un desperdicio abandonar un arma. Siris la recogió y se las arregló para desarmar el cerrojo —había estado puesto toda la noche— presionando con su cuchillo contra el pestillo. Luego fue a buscar el mecanismo del gatillo y puso ambas cosas sobre el caballo. Mientras trabajaba, oyó un trueno. Frunció el ceño mirando el cielo despejado.

—¡Atrás! —susurró Isa, tomándolo del brazo. Él apenas pudo contenerse para no descargar la espada sobre ella; y en cambio le permitió que lo arrastrara a él junto con el caballo a un costado de la colina. Allí la muchacha se agachó, vigilando el camino.

Un grupo de caballeros vestidos de negro avanzaba a caballo en posición de ataque por el camino que venía del palacio del Rey Dios. Siris contuvo la respiración. Estaba claro que venían por él.

Los dos se quedaron agazapados a un costado de la colina durante un buen rato; el retumbar de los cascos de los caballos se fue haciendo más suave a medida que los hombres se alejaban. Siris respiró.

—Se dirigen hacia el norte —dijo Isa.

«En la dirección que les dije a los daerils que iba a tomar», pensó Siris. Bien, su pista falsa estaba funcionando. Eso ya era algo. Con suerte, les preguntarían a los campesinos por él y estos les dirían que viajaba en esa dirección. Alejarlos de su hogar resultaba vital.

Debería haber vigilado que no lo persiguieran; no se había dado cuenta de que vendrían por él tan rápidamente. Había planeado ir por el camino durante un tiempo, para confirmarles a sus perseguidores que seguía la ruta por la que se había marchado. Entonces, según sus planes debería tomar otra dirección. Pero probablemente se había quedado demasiado tiempo en el camino; antes jamás había hecho algo así.

—¿Hay alguna forma de llegar hasta la otra Inmortal a campo traviesa? —preguntó.

—¿Hasta Saydhi? Sí, hay una. Probablemente sea una buena idea.

—Vayamos, entonces —dijo él, levantándose con cautela.

—¿Supongo que quieres que camine delante?

Siris asintió.

—Y conduce al monstruo.

Ella obedeció, poniéndose en movimiento y guiando al caballo. Abandonar el camino hacía que la marcha fuera más difícil. Sin embargo, el hecho de poner la

mayor parte de la carga sobre el caballo hacía que, por más arduo que fuera el terreno, a él le resultara mucho más fácil. Pronto comenzó a disfrutar de la caminata, sobre todo porque el tiempo se puso agradablemente fresco.

A lo largo de los próximos días, fueron subiendo lentamente en altura y el paisaje surcado por rocas y acantilados dio lugar a uno más verde. Isa conocía un puerto poco usado entre las montañas y empezaron a caminar entre delgados arbustos de caña que se elevaban en el aire.

Siris advirtió que era bambú. Había visto objetos elaborados con ese material que llegaban a Drem's Maw, pero nunca había visto las plantas vivas. Le pareció increíble que en una o dos semanas de caminata la vegetación pudiese cambiar de manera tan profunda. Isa intentó explicarle algo acerca del efecto «sombra pluvial» sobre las montañas, significara eso lo que fuera.

Él la vigilaba de cerca y la ataba muy fuerte cada noche. Ella se sometía sin decir palabra, a pesar de que sus muñecas se habían puesto ásperas y de que cada mañana, cuando se levantaba, le costara caminar a causa del dolor y los calambres ocasionados por dormir incómoda. Cuando podía, él la ataba a un árbol. Eso parecía un poco más cómodo.

No hablaban mucho. No tanto como lo habían hecho ese primer día, cuando aún alimentaban un atisbo de confianza.

Siris intentaba pensar qué hacer. Desafortunadamente, continuaba pensando en cosas que quería agregar a su lista. Eso lo distraía.

Y así decidió probar algunas de ellas. Isa lo observó una noche, desconcertada, cuando él armó un columpio con cuerdas que colgó de una rama y luego lo usó para columpiarse.

—Esa es una actividad infantil —le dijo.

—¿Qué? —preguntó él—. ¿Acaso los niños son los únicos que pueden divertirse?

Esa respuesta pareció perturbarla profundamente. A la noche, Siris desmontó el columpio y usó las cuerdas para atarla. Luego, en su diario, anotó «columpios» como una de las cosas que verdaderamente disfrutaba.

Proseguían su camino. Durante el viaje, Isa demostró su habilidad en más de una ocasión. Siempre encontraba lugares con agua dulce donde acampar, aun cuando a él le hubiesen parecido imposibles. Siris intentaba aprender cómo hacía ella y se sentía muy contento de sí mismo a medida que aprendía a descubrir esos buenos sitios para establecer campamento.

En algunas ocasiones, ella se adelantaba; luego volvía para guiarlo en una dirección diferente. Aparentemente, en esas colinas de las tierras altas y en los valles vivía un gran número de bandas de daerils que se dedicaban a robar. Nunca los vieron, aunque atravesaron algunos antiguos campamentos y los restos de alguna caravana ocasional, con esqueletos que emergían entre los cadáveres carbonizados.

Al dejar atrás uno de esos sitios, Siris se preguntó por los motivos de ella. ¿Acaso todo eso —la preocupación que se tomaba con los campamentos, los intentos de protegerlo de los daerils errantes— era tan solo una actuación? ¿Al igual que su risa ese primer día o su irónica cordialidad? ¿Lo guiaba con la intención de asestarle un golpe cuando tuviera la guardia baja? ¿Se iría a dormir una noche para no despertarse jamás, asesinado por una daga oculta?

Cada noche apretaba los nudos de la cuerda, odiándose a sí mismo por ello. Pero era mejor odiarse que morir a traición.

Siris seguía a Isa y al caballo por una ladera boscosa. Se sorprendió de que el caballo pudiera andar sobre la pronunciada pendiente; al animal parecía costarle menos que a él. Debía tener cuidado de no caminar demasiado cerca, no fuera que el animal dejara caer algún regalo sobre él. Estaba cada vez más seguro de que la bestia iba a esperar hasta que Siris estuviera cerca para hacer sus necesidades.

El aire era caluroso y húmedo, y el sol estaba velado por una capa de nubes grises. Iban bajando las colinas, dejando detrás el puerto de montaña. La vegetación era cada vez más exuberante. Enormes bosques de bambú cubrían las onduladas colinas como sábanas verdes. Las plantas altas y esbeltas parecían el jardín de alguna criatura gigantesca, lo que hacía de Siris e Isa los insectos que pululaban entre las briznas de hierba.

La Espada Infinita colgaba de su vaina en la espalda de Siris. Allí la había puesto después de quedarse repetidas veces atascado en la maleza.

Hacía rato que no llevaba puesta la capa; no habían visto un alma en días.

Prácticamente se había tenido que arrastrar para subir la última parte escarpada de la colina, aferrándose al pasto resbaladizo por el rocío. Allí la tierra olía a cosa viva. Si la gente de Drem's Maw supiera que apenas al otro lado de esas montañas iba a encontrar ese paraíso de vida...

No lo sabrían. Vivirían sus vidas como esclavos colgando del techo de su caverna y cortando las estalactitas de crecimiento rápido, para entregarle sus minerales al Dios Rey a modo de tributo. Siris alcanzó la cima de la colina y se quedó allí de pie, aspirando profundamente el aire brumoso. Si pudiera entregarle el arma al Hacedor de Secretos, ¿podría con eso comenzar algo que verdaderamente llevara la liberación a su gente?

Fue un pensamiento extraño y desalentador. Aun cuando el Rey Dios todavía vivía, Siris lo había vencido en un duelo justo. No creía haber ganado por accidente ni que el Rey Dios se hubiera dejado ganar. Tenía suficiente experiencia en duelos como para saber cuándo alguien lo daba todo.

Esa victoria, aunque pequeña, lo había dejado pensando. ¿Acaso todos ellos podían ser vencidos? ¿Acaso su gente podía realmente ser liberada? Tanteó por encima de su hombro para alcanzar la empuñadura de la Espada Infinita.

Isa subió a la cima de la colina y se quedó mirando a la derecha, hacia uno

de los picos más bajos de la hilera de montañas. Se veía pensativa.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—La cámara de renacimiento de la que te hablé —repuso la muchacha, como distraída—, está allí. Sobre las laderas de esa montaña. Tropecé con ella por accidente. Estaba perdida...

—No creo que tú te perdieses —comentó Siris, sonriente.

Ella no percibió la broma en su voz.

—Ahora no. Pero entonces sí podía perderme —respondió, sacudiendo la cabeza, y luego continuó su camino bajando la pendiente.

Siris se reunió con ella, caminando a su lado en lugar de ocupar su sitio habitual, atrás. Isa lo miró con asombro, pero él estaba cansado de ir mirándole el trasero al animal. Con seguridad, esa bestia era un auténtico demonio.

—¿Cuánto más lejos queda? —dijo Siris.

—Un poco más de un día —repuso ella—. Debemos decidir si vas a deslizarte subrepticamente o si vas a desafiar a los guardias.

—¿Deslizarme? —preguntó, enarcando una ceja—. ¿No oíste el ruido que hace mi armadura?

Ella asintió.

—Solo...

—¿Qué?

—Es tan rara la forma en que vosotros hacéis las cosas... Entrar sin más, anunciando que queréis pelear y lanzándoos a la lucha.

—Es el camino del honor y de la civilización.

—Me pregunto si no es una forma en que los Inmortales os mantienen a raya —dijo Isa. Ella se sometía. Profesional, callada... no fría, pero renunciando a decir más de lo que correspondía. Él extrañaba la manera en que ella se había conducido aquel primer día.

—¿Mantenernos a raya?

—Claro. Ellos nos convencieron a todos de que es «honorable» pelear de a uno, ceremoniosamente. De ese modo, cuando nos sublevamos, lo hacemos con declaraciones y desafíos altisonantes. Eso les da más tiempo para prepararse.

Siris apartó del camino una rama de bambú, frunciendo el ceño. A él no le gustaba la idea de que el honor, como todo lo demás, pudiera haberse convertido en otra herramienta de los Inmortales. Tenía que haber algunas cosas que estuvieran más allá de su alcance, ¿no?

—Ten cuidado —le dijo Isa.

Él se detuvo y miró hacia un costado. La tierra se había vuelto rocosa y estaba agrietada, con rajadas tan largas como sus piernas. En el aire había un olor acre y, según advirtió sorprendido Siris, de las hendiduras salía calor.

—Aquí las hay por todas partes —añadió Isa—. Tienes que prestar mucha atención a las charcas de agua; algunas se calientan tanto que pueden hervirte

más rápido de lo que te tomaría gritar para pedir ayuda.

Siris se estremeció, alejándose de las fumarolas. Prosiguieron su camino en silencio durante algunos minutos, antes de que finalmente Siris preguntara algo en lo que había estado pensando durante un rato.

—Isa, ¿para qué quieres la Espada Infinita?

Ella continuó su marcha.

—Hablas de la lucha de la humanidad —agregó Siris—. Un momento antes, dijiste «nos» sublevamos. La mitad del tiempo actúas como si fueras una luchadora por la libertad. La otra mitad te comportas como una oportunista que intenta hacerse con toda la riqueza que pueda. ¿Cuál es la que dice la verdad y cuál la que se esconde detrás de una máscara?

—Tienes buenas razones para pensar que podría matarte mientras duermes.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

—Una del tipo preventivo. Si desconfías de mí y piensas que puedo matarte, ¿por qué confiarías en cualquier otra respuesta sobre mis verdaderas motivaciones?

« Ahí me ha cogido », pensó Siris.

—Bueno, tal vez solo esté cansado de caminar en silencio.

—Por favor, dime que eso no significa que vas a empezar a cantar.

—Resulta que tengo muy buena voz —dijo él con un bufido.

Ella dejó ver un asomo de sonrisa. Al cabo de algunos momentos de caminar por el bambú —estaban siguiendo una especie de senda de cazadores—, ella habló.

—Quizá no sepa cuál de las dos soy. Tal vez parte de mí piensa que deberíamos contraatacar, pero otra parte cree que no tiene sentido. No hay una forma real de detenerlos, así que, ¿por qué intentarlo? ¿Por qué no limitarme a cuidarme, sabes?

—Sí —respondió Siris—, lo sé —y no prosiguió con su próxima pregunta: « ¿Y por eso me traicionaste? »

Isa empezó a detenerse.

—¿Qué pasa?

—Esta senda —respondió ella, arrodillándose e inspeccionando el suelo— se está volviendo demasiado ancha, demasiado regular.

—¿La usa alguien más?

—Quizá —repuso ella— hayamos llegado a una zona donde hay más pueblos, y sencillamente nos cruzamos con la salida de uno de los pasos más transitados —añadió deteniéndose; luego le pasó las riendas del caballo.

Él las cogió y ella se internó en el matorral de bambú. Él dudó pero luego amarró el caballo y la siguió. Ella frunció el ceño, pero no le dijo que volviera. Se abrieron camino en dirección a la colina más alta, donde el bambú era más delgado.

Siris se reunió con ella en la cima, para inspeccionar el valle que se extendía ante ellos. No parecía nada especial. Un torrente amplio, pero poco profundo, corría por el medio y había algunas lomas a un lado.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Si quisiera emboscar a los viajeros que vinieran por esa senda —dijo la muchacha señalando el lugar—, yo lo haría allí, donde el camino gira paralelo al torrente hacia aquellas dos estribaciones más bajas. También me aseguraría de que la «senda de cazadores» que atraviesa esta zona se mantuviese despejada y clara, para que la gente viniera en mi dirección.

Siris se frotó la barbilla.

—Es poco probable —añadió ella—. Pero creo que deberíamos rodear el lugar.

—De acuerdo —repuso Siris—. Me parece bien.

Ella lo guio hasta donde había quedado el caballo y luego hizo que retrocediesen antes de tomar un desvío. ¿Era una trampa? Pero... si lo fuera, ella no habría dicho nada. Era evidente que él no sabía demasiado de bosques.

Siris meneó la cabeza y volvió a alcanzarla.

—Isa —preguntó—, ¿qué son los Inmortales?

—Creo que nadie puede responderte, salvo los propios Inmortales. No es que la gente no lo haya intentado. En algunas de las ciudades más grandes del mundo, podría arrojar una piedra hacia cualquier dirección y seguramente alcanzaría con ella a algún teólogo o estudioso que crea conocer la respuesta.

—¿Qué piensas tú?

Al principio, ella no respondió.

—Son dioses —dijo finalmente—. ¿Qué otra cosa serían?

—Un dios no habría caído bajo mi espada —repuso Siris—. Aun cuando la muerte no fuera permanente. Si realmente fuesen dioses, ningún mortal podría pelear contra ellos y ganar.

Ella no dijo nada, aunque él la pescó mirándolo fijamente.

—Quizás —añadió Siris— en ellos no haya nada de especial salvo el conocimiento. Saben cosas, como la manera de hacer funcionar los anillos o de manipular a los demás.

—¿Y la manera de dejar de envejecer? —preguntó ella con escepticismo—. ¿Y la forma de volver a la vida cuando los matan?

—En el pueblo vecino del mío —dijo Siris—, vivía un médico muy estudioso. Había estudiado con alguien que había sido médico antes que él, y ese otro doctor había estudiado con otro previamente. Ese hombre podía hacer que una parturienta y su hijo salieran de lo que otros sanadores consideraban una situación fatal. Tal vez así funciona la cosa. Si tienes la información correcta, puedes hacer lo que los demás consideran un milagro.

—No —replicó suavemente Isa—. Hay más que eso. Ser Inmortal es más

que el mero conocimiento. Yo...

De pronto la interrumpió un grito. Ambos se volvieron hacia donde había partido. El grito seguía oyéndose y Siris captó lo que podía haber sido un pedido de auxilio.

—Es ahí... —empezó a decir él.

—... ¿El lugar donde te dije que podría haber una emboscada? —agregó Isa —. Sí. Parece que alguien no fue lo suficientemente listo como para dar un rodeo. Lo mejor sería quedarnos atrás para ver, pero supongo que querrás precipitarte para ayudar al pobre tonto que...

Siris no oyó el resto de lo que ella tenía para decir, porque ya estaba corriendo hacia el lugar de donde provenía el sonido.

Siris se lanzó a la orilla pedregosa del arroyo. Se oía un chapoteo río abajo.

« ¡Allá! », pensó, mientras corría hacia un grupo de daerils de pálida piel amarilla y bultos huesudos. Ululaban, rodeando a una figura solitaria que había caído en las aguas poco profundas cuando intentaba cruzar el arroyo. El viajero llevaba una túnica marrón; fuera de eso, Siris no alcanzaba a ver mucho más.

Cuatro daerils. ¿Podría cargarse a cuatro a la vez? No había razón para pensar que esos daerils salvajes obedecerían el código de honor Aegis. « Ya no me quedan muchas opciones », pensó.

Siris se dio la vuelta, blandiendo la Espada Infinita. Así cortó dos docenas de cañas y los bambúes cayeron golpeando contra el suelo ruidosamente. El clamor atrajo la atención de los daerils, que se volvieron hacia él; uno de ellos olfateaba el aire. El pobre viajero se arrastró hacia un refugio al lado de unas rocas.

Los cuatro daerils se dirigieron hacia Siris. Uno que iba al frente gruñó algo, y los otros se separaron con el propósito de rodear al muchacho. Aferrado a su espada, este se dirigió hacia el torrente, donde el agua le llegaba apenas hasta las pantorrillas. Si lo rodeaban, el chapoteo de los que se le acercaran por detrás sería una información vital.

Los daerils eran todos de la misma especie. Estos gruñían y ululaban en lugar de hablar, a pesar de que llevaban armaduras y portaban espadas. Se veían como huecos, con rostros casi cadavéricos. Siris no podía distinguirlos por los rasgos, aunque la armadura del líder tenía manchas de color sangre. Este último se metió en el torrente enfrente mismo de Siris y, por un instante, pareció que iba a cumplir con el antiguo ideal.

Entonces el líder hizo una seña y los otros tres se metieron en el agua para atacar. Desde el bambú llegaban susurros y gruñidos. Venían más daerils. « Fantástico. »

Siris se colocó en posición, tratando de observar —o al menos oír— a los cuatro. A medida que el agua de las montañas se filtraba en sus botas le transmitía una sensación de frío glacial. Había algo en las presentes circunstancias que repentinamente le resultó familiar.

« Jamás he estado antes en esta situación », pensó volviéndose hacia un daeril que intentaba acercársele. La bestia retrocedió en el agua, gruñendo.

Todo el entrenamiento de Siris se había dedicado a duelos de a dos. Y, no obstante, sentía una cierta familiaridad frente a esta pelea ampliada... como en el castillo, cuando se había enfrentado a los dos golems. Había algo ahí, algo en su interior. Si pudiera descubrirlo...

El ataque de los daerils lo hizo salir de su ensañación. Siris saltó hacia delante y se dedicó al primero para ganar uno o dos segundos de respiro respecto de los que venían de atrás.

Su espada chocó contra la del monstruo, desviándola, y luego se clavó en el pecho de la bestia. Desde atrás, chapoteos. Siris liberó la espada y aullando, al tiempo que se volvía, la dejó caer sobre el brazo de un daeril. La sangre de este era roja, exactamente como la de un ser humano.

«Continúa moviéndote, continúa moviéndote.» Chapoteos y susurros, gritos de ira y de dolor. Apareció un tercer daeril por el lado que Siris había dejado intencionalmente descubierto. Cuando la criatura atacó, Siris hizo chasquear sus dedos, convocando el escudo del Rey Dios que llegó en un relámpago azul. El daeril se quedó boquiabierto cuando su espada fue bloqueada por el acero.

Siris hizo a un lado el arma del monstruo y luego lo golpeó con la espada rebanándole el cuello. Pero eso le dejó completamente expuesto por detrás. No había modo de detener a tiempo al cuarto daeril. Siris se dio la vuelta, esperando sentir el golpe en cualquier momento.

Pero en cambio, descubrió que el daeril chapoteaba agitado; una figura, vestida con un largo abrigo negro, se había colgado de la espalda del monstruo, y le rodeaba el cuello con los brazos para mantenerlo controlado. El daeril intentaba ponerse de pie, e Isa maldecía y le pateaba las piernas, con lo que ambos cayeron al agua. La bestia jadeaba.

—¡Guau! —exclamó Siris.

—Si... ya terminaste... de admirarte —dijo Isa, al borde de sus fuerzas—, ¿podrías, por favor, liquidar a este energúmeno?

Siris saltó hacia delante y clavó la espada en el pecho de la criatura. Isa rodó libre, con el agua de torrente cayéndole encima mientras resoplaba agitada.

—¡Maldición! —exclamó—. Esos monstruos son fuertes.

Siris la ayudó a ponerse de pie y ella se quitó el abrigo, que estaba tan mojado que se cayó apenas Isa se movió. Ella lo dejó alejarse flotando, y se dispuso a atrapar la espada de uno de los daerils caídos.

El ulular de los otros daerils se oía cada vez más cerca. Un segundo después, ocho de ellos irrumpieron en el claro.

—Que el infierno nos lleve —susurró Siris.

—Creo haberte advertido de que este era el lugar perfecto para una emboscada —dijo Isa, castañeteando los dientes mientras levantaba la espada.

—Sí, lo hiciste.

—Y me parece haberte sugerido que te contuvieras cuando saliste corriendo como un tonto.

—También lo hiciste.

—Bueno, dado que se comprobó que tenía razón, supongo que puedo morir en paz. Y maldiciéndote, claro.

Siris sonrió levemente, mientras los recién llegados se desplegaban, observando los cuerpos de los caídos, la sangre que teñía de rojo el torrente. Un daeril —aquel al que Siris le había seccionado el brazo— se había arrastrado

hasta la orilla. Uno de los recién llegados lo mató de un golpe en la cabeza, con una sonrisa de desprecio en los labios.

—Si resulta que el tipo que gritaba pidiendo ayuda era solo una manera de atraernos hasta aquí —dijo Isa—, voy a sentirme realmente molesta contigo.

—¿Aún no lo estás?

—Tengo demasiado frío como para estar molesta. ¿Teníamos que pelear en el agua?

—En su momento, me pareció bien —respondió Siris, al tiempo que los daerils se acercaban.

El ulular se había vuelto más intenso. Obviamente no les gustaba haber perdido tantos miembros en una simple emboscada.

—No creo que el tipo al que salvamos esté con ellos. Parecía aterrorizado.

Siris no podía ver mucho de él, apenas una figura con una túnica, encogida detrás de las rocas.

—Al menos, eso es algo... Bueno, yo no soy muy hábil con la espada. Quizá pueda lidiar con uno solo de esos monstruos. ¿Te las arreglas con los otros siete?

—Sí, claro —repuso Siris—. No hay inconveniente.

—Bien. Por un momento creí que tendríamos problemas. Tal vez, si alguien no hubiera roto mi ballesta...

—Tal vez, si alguien no hubiese intentado asesinarme mientras dormía.

—Continúas insistiendo en ese pequeño desliz que tuve —afirmó ella—. Por cierto, debes dejar de ser rencoroso, bigotes. No es saludable.

Siris esbozó una sonrisa pero los daerils se dispusieron a avanzar para atacarlos.

La sonrisa se desvaneció rápidamente. El chapoteo de los pies terminados en garras, el ulular, el balanceo de las espadas.

«Cuando atacan tantos a la vez, se amontonan —pensó Siris—. Sin embargo..., puedo visualizar algo en mi mente. Formas con la espada...»

Se lanzó a la lucha, con Isa cuidándole las espaldas. Desvió con golpes las espadas enemigas, usó su escudo como garrote, rugió con furia para intimidar a los daerils.

Pero estos eran cautelosos. Lo forzaron a retroceder y él apenas pudo defenderse. Logró asestar un golpe afortunado, que hizo que uno de los monstruos cayera de rodillas, agarrándose el estómago y escupiendo sangre. Los otros se acercaron.

«Sí... Puedo visualizar algo... como un fragmento de recuerdo...»

Siris se quedó quieto. Eso pareció preocupar a algunos daerils, que retrocedieron. Otros continuaron acercándose violentamente hacia él, combatiendo.

Isa cayó. Siris pudo oír la refunfunar, vio sangre nueva en el torrente y sintió el chapoteo del agua contra sus piernas cuando ella se desplomaba.

Los daerils se le acercaron más.

Él cerró los ojos.

«Ahora.»

Sus brazos se movieron, alzaron la espada como si lo hicieran por cuenta propia.

De más joven, había entrenado su cuerpo para que este siguiera los instintos del soldado, para que en las prácticas llevase a cabo ataques, golpes y posiciones hasta que se convirtieran en su segunda naturaleza. Estaba familiarizado con la lucha instintiva.

No tenía idea de dónde provenían esos instintos particulares.

Abrió los ojos de golpe y giró llevando a cabo un complejo movimiento kata con la espada, sus pies se deslizaron silenciosamente en el agua. Parecía estar danzando con el propio torrente. Su espada golpeó siete veces en una rápida sucesión, cada golpe preciso, cada movimiento exacto. Cuando se detuvo, sostuvo la Espada Infinita con ambas manos ante él, tranquilo. El río fluía a sus pies.

Los cadáveres de siete daerils flotaban en la corriente.

Respiró profundamente, como si despertase de un largo sueño, luego se volvió, advirtiendo que había dejado caer su escudo en algún momento durante el proceso.

¿Qué había sido eso? El ritmo de los ataques le había parecido muy familiar. Los siete golpes habían llegado como si esta lucha en particular —con cada daeril en su lugar— hubiera sido algo que él hubiese practicado una y otra vez.

«¿La Espada Infinita? —se preguntó—. ¿Acaso esos reflejos venían de la espada?»

Isa.

Maldijo y dejó caer el arma, para sacarla de las aguas cercanas. Presentaba una herida en el estómago, una herida muy mala por cierto, que el agua helada había limpiado. Tenía los ojos aún abiertos, todavía activos, pero la piel muy pálida y los labios temblorosos.

—No he... —dijo ella—, cuando dije que tenías que luchar contra los siete, en realidad no esperaba que fueras a hacerlo...

—Espera —repuso Siris. Se quitó el anillo del dedo y se lo puso a ella—. Usa el anillo. Cúrate.

—No puedo...

—Sí puedes. Es fácil. Lo sientes, ¿ves? Úsalo. Ni siquiera tienes que preocuparte de que te vaya a crecer barba.

—¿Cómo es que no lo sabes? —susurró.

—¿Saber qué?

—No puedo usarlo, Siris. No funciona así. Eso...

—Ay, ay, ay —se oyó una voz.

Siris levantó la vista. La figura de túnica que había estado protegiéndose

detrás de las rocas se había acercado a la orilla para ver a sus salvadores. Llevaba la capucha caída, pero no tenía rostro.

O... bueno, no un rostro humano. Ni siquiera un rostro vivo. Dos ojos como gemas azules miraban desde un lugar ubicado en una cabeza esculpida en madera. No tenía boca, a pesar de que esa cosa larga y delgada hablaba.

—No está bien, nada bien, nada bien.

—¿Puedes ayudar? —preguntó Siris con desesperación.

—¿Debo hacerlo?

—¡Sí!

—Traéla por aquí, fuera del agua, fuera del agua. Así, así. Veamos, algo de metal e hilo, supongo...

Siris alzó a Isa y chapoteó en el agua hasta la orilla, con la sangre de la herida chorreando. La colocó sobre la orilla rocosa, mientras la criatura —una especie de golem— se desprendía de su túnica, revelando un cuerpo de madera fina como de muñeco.

«Bambú —pensó Siris—. Está hecho de bambú.»

—Sí, sí —asintió el golem, inspeccionando la herida con sus dedos finos—. Tu escudo. Necesito tu escudo.

Siris lo recogió. ¿Qué otra cosa podía hacer? No parecía el momento de hacer preguntas. Cuando volvió con el escudo mojado, la criatura buscaba distraidamente su túnica caída. Su mano, y luego su brazo, se estaban deshaciendo.

Siris se quedó helado. El cuerpo de la criatura se convertía en hilo, la transformación continuaba a partir de su brazo.

—Excelente, excelente —dijo la criatura, agitando la mano que aún seguía siendo de madera.

—Tráelo, por favor. Por favor.

Siris se arrodilló y puso el escudo al lado de Isa. Ella todavía respiraba, pero había cerrado los ojos. Se veía muy pálida.

La criatura tocó el escudo con su mano de madera, y esa mano se fusionó con el acero, se transformó y se hizo de metal. La transformación prosiguió en el otro brazo, con lo que la mitad del cuerpo del golem se convirtió en metal.

Luego la criatura se desprendió el brazo, fragmentando todo su cuerpo. La fractura era precisa y del montón de metal emergió una versión más pequeña de la criatura, tal vez de unos treinta centímetros, con una mitad del cuerpo hecha de hilo enrollado y la otra mitad, de acero esbelto y plateado.

Se acercó y abrió la herida de Isa con los dedos, que ahora eran muy finos, como agujas. Cortó la ropa alrededor de la herida; sus dedos tenían filo.

—Herida limpia —dijo, con una voz ahora mucho más suave—. Corte muy profundo. Bien, pero sí, mucho que hacer. ¡Debe ser rápido! Mucha sangre. No está bien, no bien.

La criatura se abrió camino en la herida, hundiendo sus brazos —uno de metal plateado; el otro, una madeja de hilo que se movía como si tuviese músculos— en el abdomen de la muchacha. La criatura empezó a tararear, mientras usaba un dedo largo como aguja, a la que le enhebraba parte de su propio cuerpo para empezar a coser la herida.

—Te pondrás bien —le dijo Siris a Isa. «Creo. Espero.»

—Demasiada coincidencia —murmuró ella.

—No hables —le rogó él—. No...

Ella abrió los ojos.

—Nos estaba siguiendo. Esa cosa, sea lo que... —dijo, haciendo una mueca de dolor y respirando entre jadeos—. Debe de haber estado siguiéndonos, Siris. Por eso cayó en la emboscada. No se dio cuenta de que nos desviamos para seguir por el camino más largo.

Siris miró a la criatura, que trabajaba velozmente, tarareando en voz baja. En unos pocos minutos, terminó su tarea en las tripas de Isa y empezó a coser la herida externa. Sus dedos se movían como un remolino, y las puntadas que daba eran increíblemente ajustadas y diminutas. Dio la última puntada, la ajustó bien, luego la ató y cortó.

Para entonces, Isa estaba inconsciente pero aún respiraba. Siris se sintió impotente. ¿Por qué ella se había negado a usar el anillo sanador? Se lo había puesto en el dedo. Tal vez solo estaba confundida por la herida, por la pelea. Si hubiese... cuando hubiese... entonces habría podido usarlo.

—Gracias, criatura —dijo Siris.

—Hummm, obedezco, como se me ordenó. —La criatura inspeccionó su labor y luego retrocedió.

Siris se adelantó cuando ya la criatura se fundía con la roca que tenía detrás, su cuerpo se transformaba para hacerse de piedra. Un segundo después, una versión más grande de la cosa —ahora de un metro y medio— se desprendió del suelo, hecha con rocas del río y barro. Siris pudo ver el cuerpo anterior de la criatura cuando este se fundió con la gran piedra en el pecho de la cosa.

La criatura abrió unos ojos de gema en una piedra que tenía una vaga forma de cabeza sobre sus hombros, y cuando avanzó las piedras se golpeaban unas contra otras. Levantó la túnica.

—¿Qué eres? —preguntó Siris.

—ETCB —dijo la criatura—. Una Entidad Transubstancial de Clase Baja.

—¿Y estabas siguiéndome?

—... Sí.

—¿Sirves a alguno de los Inmortales, no?

Otra pausa.

—Sí.

—¿A quién?

—Se me ha ordenado no responder a esa pregunta —dijo alegremente ETCB—. Ay, probablemente este no sea un buen lugar para mantener un diálogo. Me parece que otras bandas de mutantes MIC pueden vivir en esta zona.

Siris miró a Isa, que seguía inconsciente. Moverla no parecía una buena idea, pero quedarse en el lugar —donde los sonidos de la batalla podrían haber llamado la atención— era peor. Siris dio un paso adelante para levantarla.

—Si se me permite sugerirlo —dijo ETCB—, siendo de piedra, estoy bastante bien equipado para cargar pesos sin cansarme. ¿Podría hacerlo...?

—De acuerdo, levántala.

—Excelente —dijo ETCB, agachándose y alzando a Isa con facilidad—. Quisiera sugerirte que cojas la espada porque se me ordenó no tocar ese elemento en particular.

Y empezó a caminar, tarareando en voz baja.

Siris meneó la cabeza, adentrándose en el torrente para coger la Espada Infinita. Luego convocó al escudo y, al cabo de un instante de duda, corrió a buscar el caballo y las provisiones.

—No puedo responder a esa pregunta —dijo jovialmente ETCB—. He sido instruido para no hablar de la inmortalidad de los Inmortales ni de cómo obtuvieron su condición.

—Bueno, ¿y qué puedes decirme? —preguntó Siris exasperado.

—Muchas cosas —respondió ETCB. Caminaba al lado de Siris cargando a Isa. Ella estaba inconsciente, pero ETCB parecía capaz de cargarla de un modo mucho más relajado que el que Siris podía permitirse, de modo que este intentaba no preocuparse demasiado.

Las estribaciones de las montañas aún se alzaban a cada lado; el cielo se veía brumoso, cubierto por una neblina que, ocasionalmente, se convertía en una llovizna fina. El torrente que cruzaba el valle había aumentado de tamaño hasta convertirse en un verdadero río, pero ellos no seguían su curso. Siris pensaba que marchar por un camino más difícil podría mantenerlos lejos de los problemas.

—De hecho —prosiguió ETCB—, mis conocimientos son amplios y variados. Puedo explicar por qué el cielo es celeste, por ejemplo. O puedo enumerar los ingredientes de la sopa de lentejas. Puedo decir qué hora es en las Profundidades de Loher en este exacto momento. Puedo explicar por qué...

—¿Qué es un « Eme I Ce » ? —lo interrumpió Siris—. Una mentemuerta en el palacio del Rey Dios habló de algo así cuando me sintonizó con uno de esos anillos. Tú lo mencionaste nuevamente cuando hablabas de esos daerils.

—MIC —dijo ETCB—. Modelo de Identidad Cuántica. La marca cuántica individual inherente a todo ser sensible, que lo vincula a sus ancestros. Es algo similar, aunque completamente alejado, del ADN físico de las personas.

—¿De qué?

—Creo —repuso ETCB— que te falta el conocimiento científico apropiado

para que esta conversación prosiga con detalles específicos. Corresponde entonces una explicación más sencilla. Tu MIC es lo que podrías llamar tu « alma ». Es algo que te es propio, pero que está separado de tu forma física.

—¿Y se vincula con mis ancestros?

—Sí —respondió ETCB—. El ascendente de una persona tendrá un MIC, un alma, que evidencia el linaje.

—De modo que esta espada consume almas —añadió Siris—. Y necesita consumir todas las que pueda de... mi linaje, ¿no? De mi linaje antes de manifestar su poder.

—Esa es una manera extremadamente simple de explicarlo —repuso ETCB, un tanto disgustado—. Eso no dice nada del alineamiento del MIC... ¡De hecho, no es científico en absoluto! Pero para un campesino ignorante es suficiente.

—El Rey Dios iba por mi familia —dijo Siris, mayormente para sí—. Quería sobre todo mi linaje. Se cebó con nosotros, creó la idea de los Sacrificios para que acudiéramos ante él a morir por su espada. Pero ¿qué tiene mi familia de particular?

—Me temo que no puedo responder a esa pregunta, porque entraría en conflicto con mis órdenes.

—No era a ti a quien refería la pregunta —añadió Siris, aunque estaba interesado en oír por qué le habían ordenado a ETCB no hablar específicamente de la familia de Siris. Eso confirmaba su sospecha de que ETCB había sido enviado por el Rey Dios para espiarlo.

« A cada paso que doy, me rodea gente que me traicionaría si tuviese oportunidad de hacerlo. » Ese pensamiento hizo que volviera a preocuparse por Isa. Contempló el horizonte: el sol casi se había puesto. Tiempo de acampar.

Siris eligió el sitio lo mejor que pudo. Encontró un lugar donde algunas hojas muertas formaban un suave suelo. Desplegó el abrigo de Isa —que había recuperado del torrente— para que le dieran los rayos del sol declinante y, con suerte, se secase.

ETCB la depositó en un rincón al lado de algunas rocas. Siris se las vio con el caballo —el animal se las arregló para pegarle un mordiscón— y trajo el apero para Isa. Se arrodilló a su lado, tocándole la mano. La tenía húmeda y gélida.

—Qué fría está.

—Sí —dijo ETCB, inclinando su cuerpo de roca. Se agachó contra el matorral y las fibras de bambú se desperdigaron sobre las piedras de sus hombros. En ese momento su cuerpo se colapsó, las piedras se convirtieron en trozos de madera y la versión de muñeco leñoso de ETCB irrumpió de uno de ellos, rajándolo como un pollo cuando sale del cascarón.

—Los cuerpos de carne son notoriamente pobres frente a temperaturas extremas —dijo ETCB, sacudiendo la cabeza como si le diera vergüenza—. Ella va a necesitar calor para pasar la noche; de lo contrario, probablemente no

sobrevivirá.

Siris miró a Isa, aún desmayada. Tal vez si él la sostuviera...

—Lo preferible sería un fuego —agregó ETCB—, sobre todo con esta humedad.

El golem parecía divertido.

—Exacto. Por supuesto. —Siris se puso a hacer fuego. ¿Podría?

Recogió un poco de madera, pero todo estaba empapado hasta las raíces. Buscó en las alforjas —habían sido diseñadas de modo que fueran impermeables — y encontró algo de paja y de yesca.

Una hora de frustraciones después, seguía sin tener fuego alguno. Se apagaba apenas comenzaba a encenderlo. La madera que había alrededor estaba demasiado húmeda y la llovizna ocasional tampoco ayudaba demasiado, pese a que él había armado un refugio sobre el fuego con una manta dispuesta sobre algunos tallos de bambú.

Frustrado, se arrodilló sobre la improvisada hoguera, sintiéndose del todo impotente. ETCB se sentó a un lado, silencioso e inmóvil, como una estatua de madera. Al golem no parecía preocuparle la lluvia; le había dicho a Siris que, lamentablemente, carecía de toda capacidad para encender un fuego. No formaba « parte de sus parámetros diseñados », significara esto lo que fuere. Tampoco pelear, lo cual explicaba por qué una criatura que podía adaptar su cuerpo y convertirlo en piedra se había ocultado ante aquellos daerils.

—He sido un tonto —dijo Siris.

—¿A propósito de qué?

—No fue intencional —añadió Siris—. Pensé, durante todos estos años de preparación, que solo una cosa importaba en mi vida. Luchar contra el Rey Dios. Eso era todo. Ahora, aquí estoy, tan impotente como un chico de tres años, cuando cualquier otra persona de Drem's Maw habría sido capaz de hacer un fuego.

—Puede que sea cierto —replicó ETCB—. Sin embargo, tengo mis serias dudas de que cualquier otro de tu pueblo hubiese sido capaz de llevar a cabo las Verdaderas Posiciones de la Esgrima.

« De modo que él sabe lo que hice », pensó Siris. Conservó esa idea en mente —junto con una saludable desconfianza ante esa criatura—, pero no tuvo tiempo de pensar en nada más. ¿Isa estaba respirando más suavemente?

Él debería encontrar una salida. Tenía que haber una salida. Buscó en el bolsillo y sacó un puñado de anillos. Sostuvo uno en la mano, uno de los primeros que halló. Este generaba estallidos de fuego. Pero, al igual que los otros, había dejado de funcionar poco después de que matase al Rey Dios.

—ETCB, ¿puedes explicarme por qué este anillo ha dejado de funcionar?

—Supongo —respondió ETCB— que fue diseñado para utilizar energía local, y algo interrumpió la fuente de energía.

—¿Puedo hacerlo funcionar aquí?

—Depende del anillo —repuso el golem—. Si quieres hacerlo funcionar, probablemente necesitarás una fuente de energía similar a la que este crea. Entonces podría atraerlo y transportarlo hasta ti.

Siris hizo girar el anillo entre sus dedos y, por primera vez, notó algo en el interior. Había algo diseñado para salir, un trozo minúsculo, como la mitad de la uña de su dedo meñique. Le recordó el disco que acompañaba al anillo que hacía aparecer la espada.

«Recurrir a un tipo similar de energía —pensó—, y transportarlo hasta ti.» Este anillo y el de transportación eran muy similares.

—Necesito algo caliente —anunció Siris.

—¿Debería tal vez hacerte notar —dijo ETCB— que, aunque tuviéramos algo caliente, eso no resolvería nuestro problema en sí mismo?

Siris inspeccionó el disco de metal y luego lo cambió de mano. Respiró profundamente, y volvió a pasárselo a la otra mano.

ETCB se incorporó.

—Ay, ay, ay. No, no, no. Es una mala idea. MALA. No tienes suficiente calor en tu interior como para encender un fuego. Lo lamento. Treinta y siete grados en noventa kilos de carne. Estallarás en llamas, pero estarás muerto cuando termines. Por favor, no, no, no...

—Bien —admitió Siris, levantando una mano en dirección a ETCB—. No lo haré. Pero tengo que encontrar algo caliente que usar.

Y miró fijamente al caballo.

—Le falta calor —advirtió ETCB.

Era una lástima. Pero entonces qué... «Las fumarolas de vapor», pensó Siris. Isa había dicho que estaban por todas partes. ¿Había olido alguna en su marcha desde el río hasta aquí?

¿Se atrevería a dejar a Isa con ese golem?

—Te ordeno no lastimarla —le dijo a ETCB.

—En ningún caso lo habría hecho.

—Quédate. Cuidala.

—Como ordenes.

Estuvo a punto de ordenar al golem que se retirase. Pero ¿de qué habría servido? Si este fuese a informar, Siris sería descubierto. Si se quedaba allí, tal vez él encontrase algún modo de controlarlo.

Siris desandó el camino por el que había venido y comenzó a correr. Era una carrera difícil. Habían caminado unas cuatro horas desde el río. Él había percibido el olor en algún lado, aproximadamente a mitad de camino.

Se hizo oscuro. Él continuó corriendo, transitando por entre el matorral de bambú y prados abiertos. ¿Iba acaso en la dirección correcta? ¿Y si...?

« Ahí están.»

Encontró las fumarolas encajadas en unas rocas caídas al lado de una colina. Eran estrechas y no daban mucho calor, por cierto, menos del que él necesitaba. Con todo, las grietas parecían profundas y el olor a azufre era fuerte.

Dejó caer el disco de metal en la que parecía la más profunda, luego lo puso en sintonía y regresó por el camino que había recorrido. Media hora después, resoplando, jadeando, llegó al campamento. Tuvo que gritarle a ETCB para encontrarlo. El cielo estaba casi enteramente negro.

Siris se agachó debajo de la manta húmeda estirada sobre el bambú. Se arrodilló al lado de la improvisada hoguera y se puso el anillo en el dedo. Allí lo dejó, con la palma extendida, para intentar atraer el calor.

Nada sintió al principio. Luego, con alivio, comenzó a percibir un calor débil alrededor del dedo. El anillo emitió un sonido metálico, luego un zumbido.

De la palma, le brotó una llama. Su llegada fue tan repentina que casi se echó hacia atrás. El fuego ardió hacia delante y cubrió toda la hoguera. El vapor produjo un susurro, la madera crepité. Siris tuvo que volver el rostro.

Concentrado en la tarea, hizo que el fuego pasara de infernal a moderado; mejor secar la madera que convertir todo el campamento en cenizas. El calor siguió por un buen rato antes de que el anillo zumbara, su energía ya estaba agotada.

Siris bajó la mano y miró lo que había logrado. La madera se quemaba y parte de ella ardía en llamas altas. Siguió alimentando el fuego y, en cuestión de minutos, tenía una fogata importante. Colocó a Isa al lado, cubierta con la manta, la cabeza descansando sobre una ropa doblada.

Finalmente, Siris se volvió a sentar contra las rocas; la débil lluvia le caía en la cabeza. Con el fuego e Isa, no había lugar debajo de la manta para él. Suspiró suavemente.

—¿Dónde encontraste una fuente que produjese tal calor?—preguntó ETCB.

El golem también estaba sentado bajo la lluvia.

—En unas grietas en la tierra —respondió Siris—. Isa me había dicho que eran comunes en esta zona.

—Ah... —exclamó ETCB—. Sí, sí. Muy inteligente. ¡Afortunadamente no derretiste el disco transmisor arrojándolo a la lava! Pero supongo que se puede reemplazar.

Siris se envolvió en su capa, la que Isa le había dado el primer día.

—Ahora me dirás todo lo que sabes sobre... ¿cómo has dicho? ¿Las Verdaderas Posiciones de la Esgrima?

—Son de antigua data —repuso ETCB—. El arte más consumado de un guerrero, una unidad entre la espada y el cuerpo. Algunos Inmortales decían que les habían llevado siglos de práctica dominarlas. No se creía que los mortales fueran capaces de manejarlas a lo largo de sus cortas vidas.

Por algún motivo, Siris sintió un escalofrío.

—Están destinadas —prosiguió ETCB— a ser utilizadas para pelear con múltiples oponentes de categoría inferior. Los Inmortales las desarrollaron para que uno de ellos pudiera enfrentarse con muchos adversarios a la vez; de hecho, son casi inútiles en un duelo formal de solo dos combatientes. Se podría sostener que el duelo formal surgió a partir de que muchos Inmortales llegaron a ser especialistas en las Verdaderas Posiciones.

—Pero entonces, ¿cómo es que yo las conozco? —preguntó Siris.

—No puedo responder a eso.

Siris se mantuvo en silencio por un rato, oyendo como la lluvia caía suavemente sobre las hojas.

—¿Soy descendiente de uno de los Inmortales, no?

ETCB no respondió.

—Puedo usar sus instrumentos. Eso es lo que Isa quiso decir: ella no puede usar los anillos porque su MIC, su alma, no está relacionado con los Inmortales. El mío, sí. Puedo hacer cosas que no debería poder hacer a causa de mi linaje. Por eso el Rey Dios nos perseguía, a raíz de nuestra herencia.

ETCB tampoco respondió.

—¿Te es posible responder alguna pregunta sobre este particular? —preguntó Siris.

—No —repuso ETCB—. Lo tengo prohibido.

—Bueno, no importa. No voy a rendir cuentas solo porque uno de mis ancestros pudo haber sido un monstruo. Probablemente, provengo de alguna rama ilegítima.

«Tal vez del propio linaje del Rey Dios —pensó con un estremecimiento—. ¿No era probable que él matara a sus propios hijos para hacer que su maldita espada funcionase?»

Paulatinamente, la lluvia fue cesando. Siris fue a ver cómo estaba Isa, y luego examinó su abrigo, que había colgado al otro lado del fuego para secarlo e impedir que la lluvia lo mojase. Un lado estaba empapado, de modo que le dio la vuelta.

Cuando se volvió, ella lo estaba mirando. Él se acercó, dejando caer el abrigo. Isa parpadeó, luego sonrió y le echó una mirada a su costado. ETCB la había vendado ahí, donde la había cosido.

—Deberías descansar —dijo Siris.

—Estoy descansando —repuso ella—. Ya casi no sangra. Es increíble.

—ETCB ha hecho un buen trabajo —añadió él, señalando con la cabeza en dirección al golem, quien, sentado bajo la lluvia, miraba las estrellas. No había cambiado de posición en dos horas.

—Supongo que sí —dijo ella, con tono de duda.

—¿Tienes sed?

—Sí —respondió—. Una sed horrible. Pero primero, y o...

—¿Sí?

Había algo en la voz de ella. Algo suave, algo íntimo.

—Primero, en verdad, tengo que hacer pis.

—Oh, claro —dijo él, ruborizándose.

Fue a buscar un recipiente y luego se internó entre el bambú para que tuviese alguna privacidad. Cuando volvió, ella estaba vestida y sentada junto al fuego, calentándose las manos.

Él se sentó al otro lado.

—Espero no tener que someterme al tratamiento de la sogá esta noche —dijo ella.

—No —respondió él—. Viniste a ayudarme cuando estaba peleando en el río, aun cuando estabas desarmada. Podrías haber dejado que esas criaturas me mataran y luego robarles la espada.

—¿Robarle a una banda de daerils salvajes y asesinos? —preguntó Isa—. Es más fácil cogerla de ti.

Siris resopló.

—Dudo de que conocieran su valor, y tú eres bastante astuta. Cuando se hubieran ido a dormir, te habrías hecho con la espada y en un rato podrías haberte marchado.

—Tienes una alta opinión de mi capacidad.

—Es por respeto a mí mismo —añadió Siris—. Estuviste a punto de matarme dos veces. No me gustaría pensar que alguien incompetente pudiera hacerlo.

Ella se sonrió.

—La cuestión —dijo él— es que no tenías por qué correr a ayudarme. Y lo hiciste. Salvar mi vida contradice tus tentativas anteriores, por lo tanto estás perdonada. Eso sí, siempre y cuando me prometas que no vas a volver a intentar matarme, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Y que no vas a tratar de robarme la espada cuando duerma?

—No lo haré —replicó Isa—. Ni siquiera cuando estés despierto —agregó e hizo una pausa—. Pero si te mueres y no puedo hacer nada para impedirlo, me quedaré con la espada.

—Me parece justo. Mejor tú que uno de los Inmortales. —Siris extendió la mano hacia ella, a un costado del fuego.

Isa le dio la suya y sellaron el pacto.

—Duerme un poco —ordenó Siris, levantándose para ir a recoger más leña.

—Tú también, bigotes —respondió ella con un bostezo—. Estamos a menos de un día de camino de los dominios de Saydhi. Necesitarás tus fuerzas mañana. Asegúrate de dormir un poco.

—Lo haré.

Él se mantuvo despierto toda la noche, procurando que el fuego continuara

encendido y ella, abrigada.

—El verdadero secreto de la buena cocina... —dijo Isa, llevándose la cuchara a los labios.

—¿Es...? —preguntó Siris, sentado al otro lado del fuego.

Ella bebió un sorbo.

—¿Y bien? —insistió él.

Ella se pasó la lengua por los labios, alzó un dedo y luego agregó otra pizca de especias.

—No vas a decírmelo, ¿no? —dijo él.

—No seas idiota —lo cortó ella—. El secreto es la paciencia.

—Uh. Ahí fallé, ¿no es cierto?

—Tan rotundamente como si hubieras llevado un tenedor a una justa —le respondió con una sonrisa.

—Pufff —bufó él—. Una justa requeriría montar sobre una de esas bestias —dijo, echándole una mirada al caballo, que mascaba unas hierbas al otro lado del campamento. Unos días atrás, precavidamente se habían desplazado a un sitio que parecía más seguro. No habían hablado del hecho de que Siris continuara quedándose en el campamento con Isa en lugar de ir a pelear contra los campeones de Saydhi.

Ya iría. No había cambiado de opinión. Sin embargo, si fracasaba, eso significaría que perdería la vida, y él quería asegurarse de que, si las cosas no salían bien, Isa estuviera lo suficientemente fuerte como para recuperar la Espada Infinita. Además, él quería probar algunas pocas cosas de su lista, como cocinar. Confiaba en que la cocina iba a salir de la lista de cosas que no le habían gustado.

—No son tan malos —añadió ella—. Quiero decir, los caballos. Solo tienes que saber cómo tratarlos.

—Lo mismo podría decirse de un sarpullido persistente —respondió Siris—. De hecho, consideré por un momento usar el disco con él.

—¿Con *Nams*? —preguntó la muchacha, acercándose—. ¿Ibas a sacarle el calor a mi caballo para encender fuego?

—Sí.

—Te habría matado —le respondió ella sinceramente, aunque ruborizada—. Hemos pasado muchas cosas juntos, *Nams* y yo. Más de lo que hemos pasado nosotros, bigotes.

—Bueno, ETCB me indicó que el caballo no tenía suficiente calor para encender el fuego. Para mí, tiene lógica. Estoy muy seguro de que tiene un corazón de hierro y sangre tan fría como la nieve de la montaña.

Ella alzó una ceja.

—Una vez lo vi comerse un bebé —agregó Siris—. Y ni siquiera fue uno de

esos que lloran fuerte. Era uno de los que se reían. Pura maldad, te digo.

Ella meneó la cabeza, bebiendo su sopa.

—Estás insultando.

Él alzó una ceja.

—¿No? —añadió ella—. ¿No es una palabra en tu absurda lengua?

—Sí, es una palabra —respondió él—. Pero no significa lo que crees que significa.

—In... ¿insaciable? ¿Insociable? Una palabra que significa que dices cosas estúpidas y que no eres propenso a cambiar.

—No creo que tengamos una palabra para decir eso.

—Estoy segura de que sabía una —respondió la mujer—. Absurda lengua. No tiene bastantes palabras.

—¿Cuántas palabras tiene tu lengua?

—Muchas. Muchas, muchas, muchas. Tenemos diecisiete maneras distintas de decir que una persona no tiene hambre.

—Parece complicado.

—Tonterías. Simplemente, tienes que tener paciencia.

—Estoy deseando que no conozcas « esa palabra » en particular.

Ella se rio, al tiempo que sacaba cuencos y servía la sopa.

—Eres un hombre paciente, Siris *el de los Bigotes Perdidos*. ¿Acaso no pasaste veinte años practicando con la espada? ¿Nada más que para alcanzar un único e importante objetivo? Eso es tener paciencia.

—No estoy seguro —añadió él, cogiendo el cuenco—. Solamente hice eso porque es lo que se esperaba de mí. Una vez que empecé, todo siguió su curso. Nadie me dejaba hacer las cosas cotidianas, como lavar ropa. Me insistían en hacerlo ellos. Yo tenía que entrenarme. Continuar entrenándome. Siempre. En los festines, yo no podía probar la comida sabrosa, porque todos me observaban.

—Yo te observo cada mañana, con una espada, trabajando hasta sudar. Esa no es la característica de un hombre impaciente.

—Me entreno porque... soy lo que soy. No puedo explicarlo. Para mí es tan natural como respirar. No puedes considerarme un hombre paciente por el « logro » de respirar durante veinte años seguidos.

—No sé —dijo la muchacha—. A veces, seguir respirando es un proyecto bastante difícil —e indicó con un gesto su vendaje. La herida estaba curándose, pero lentamente. Recibir un golpe de espada en el estómago no era simplemente para encogerse de hombros.

A menos que se tratara de Siris. Él se miró el anillo del Rey Dios que llevaba en el dedo.

Isa también lo miró.

—No hemos discutido lo que dije acerca del anillo... —continuó ella.

—Está bien —admitió él, revolviendo la sopa. Dio un sorbo. Era fantástica.

¿Cómo la había hecho? Apenas eran hojas hervidas y brotes de bambú picados —. Me lo he imaginado.

—¿Te lo has imaginado?

—Debo de pertenecer al linaje de uno de los Inmortales. Por eso puedo usar los anillos. Por esa razón el Rey Dios estaba interesado en mi linaje.

—Espera. ¿Él, interesado en tu linaje? ¿Por qué?

—No te lo he mencionado —respondió—, pero estoy casi seguro de que fue él quien instauró los Sacrificios. Podría ser... podría ser que mi familia sea la razón de su completo dominio sobre esa zona. Por eso trata a la gente como un tirano: para alentar a mi linaje a luchar contra él.

—Eso cambia todo —murmuró la muchacha.

Él frunció el ceño.

—Los Inmortales raramente tienen hijos —explicó ella—. Hay quien dice que los hijos de un Inmortal pueden desafiarlos, robarles la inmortalidad. Sea por lo que sea, entre ellos existe una regla no escrita. Hijos, no. Ellos...

—¿Qué?

—Se dice que hace tiempo, cuando se hicieron con el poder, los Inmortales masacraron a todo aquel vinculado a ellos por lazos de familia.

Él tocó la Espada Infinita, que llevaba consigo. «Bien, eso significa que, probablemente, yo no descienda del Rey Dios —pensó—. Él ha intentado que yo me le una. Logró que uno de mis ancestros se uniera a él. No nos dejaría andar por ahí si fuésemos una amenaza para él.»

Eso fue un alivio. Sin embargo, uno de los Pensamientos Oscuros —así había empezado a considerarlos— se deslizó remotamente por su mente. Tuvo una sensación de pánico ligada al hecho de que Isa sabía demasiado, que había que enseñarle a mantener la boca cerrada, a tener miedo.

Pero no eran verdaderos pensamientos. Eran algo más básico. Instintos, impulsos. Luchó para descartarlos. En esos días, le venían con frecuencia. Con demasiada frecuencia.

La conversación se detuvo por un momento. Cuando él estaba terminando sus últimas cucharadas de sopa, se oyeron ruidos en las cañas de bambú cercanas. Siris se puso en pie de inmediato, la mano en la espada, hasta que una forma diminuta salió del bosque.

ETCB se había convertido en una tela oscura, sirviéndose del abrigo de Isa y, al hacerlo, había encogido hasta medir unos noventa centímetros. Continuaba teniendo ojos de gema.

El golem entró en el claro donde estaban acampados y luego hizo una reverencia. Recibía órdenes de Siris, siempre y cuando esas órdenes no violaran las órdenes previas. Siris no confiaba en él, particularmente después de que Isa le advirtiera de que los Inmortales poseían formas de comunicarse a gran distancia.

Pero si ETCB era un espía, ya sabía lo más importante sobre Siris: dónde

estaba. Él debía optar entre destruir al pequeño golem o hacer que le fuera útil.

ETCB había ignorado órdenes tales como «vete» y «deja de seguirme».

Siris no tenía ganas de destruirlo. Él solo... bueno, no podía. El golem no había hecho nada en su contra, no abiertamente.

—¿Y bien? —preguntó Siris.

—El camino es fácil —dijo ETCB cuya voz recordaba vagamente el crujido de la tela—. Vigilé a los centinelas durante tres horas y diecisiete minutos, y es como dijo Lady Isa. Cuatro campeones. He visto a uno de ellos matar a un solicitante. El primer campeón es bastante hábil.

Siris frotaba la empuñadura de la Espada Infinita.

—Finalmente, tendrás que ir —dijo Isa, mirando el cielo, que aún cargaba con su nublada penumbra—. No podemos quedarnos aquí para siempre y, con el tiempo, esos caballeros que te buscan se darán cuenta de que han perdido nuestro rastro. Se separarán y esta ruta, a través de los pasos, es el lugar natural para buscar.

—¿Podrás? —preguntó Siris.

—¿Cabalgar? No será un problema.

—¿Es una bravata o es verdad?

—¿Ambas cosas?

Él respiró profundamente. En la condición en que ella estaba, probablemente no sería capaz de recuperar la Espada Infinita si él caía. No obstante, lo hacía sentir mejor que ella estuviera allí para intentarlo. Al menos, alguien distinto de ETCB tendría la oportunidad de apoderarse de la espada.

—En marcha, pues.

No desarmaron el campamento, porque probablemente volverían a pasar la noche antes de atacar la prisión del Hacedor. Eso, suponiendo que Siris ganase. Suponiendo que esa tal Saydhi tuviera la información que él precisaba. Suponiendo que ella mantuviera su palabra y se la diera. Eran un montón de suposiciones, pero no tenían elección. Siris ayudó a Isa a montar y golpeó a la bestia en la cara cuando intentó morderlo.

ETCB caminó y luego se dejó caer. La tela negra se deshizo, se volvió verde, como brotes de plantas. Momentos después, ETCB se arrastraba libre, ahora con la forma y el tamaño de un gato pequeño enteramente hecho de hojas. Saltó sobre la grupa del caballo y se acomodó.

Partieron, un grupo solemne que pasaba a través de las cañas de bambú húmedas por el rocío. Siris llevaba puesto el anillo del Rey Dios, que poseía poderes sanadores y de teletransportación. El anillo que había empleado para el fuego había dejado de funcionar; el disco que había dejado caer en la fumarola debió de haberse derretido. De todos modos, más valía llevar el anillo sanador pues tener más anillos hacía que estos interfirieran entre sí. Uno se arriesgaba a desencadenar la destreza equivocada, y Siris prefería no quemarse vivo al

intentar curarse.

—De modo que el Rey Dios estaba persiguiendo a tu familia —dijo Isa a modo de especulación mientras cabalgaba—. Bigotes..., podría tener que ver con esa espada.

Él rodeó un tocón cubierto de musgo.

—Sí. Tiene que ver.

Desde el caballo, ella enarcó una ceja.

—Yo... me enteré de algo que me dijeron los esbirros en el castillo, y ETCB me lo ha confirmado. La espada necesitaba beber de las almas de la gente vinculada a mi linaje para así activarse. Por eso el Rey Dios estaba vivo, a pesar de que lo había ensartado con ella.

En lugar de sentirse traicionada porque él le había ocultado información, ella se limitó a hacer una mueca de autosatisfacción, como orgullosa de haberle arrancado el secreto.

—Ajá. Qué interesante. ¿No tendrás algún hermano de quien te hayas alejado y que justamente sea malvado? Eso sería muy conveniente.

—No, mi único pariente es mi madre —respondió él con una sonrisa.

« Bueno, ella y ... », pensó Siris y sintió un escalofrío.

Isa se detuvo y ETCB asomó detrás de ella una cabeza verde, como de gato, con atentas hojas por orejas.

—Que el infierno me lleve —murmuró él, sacando la Espada Infinita—. La espada podría estar activa, Isa.

—Entonces, el Rey Dios...

—No. Luego de vencerlo, fui a los calabozos del palacio. Encontré a un hombre que servía al Rey Dios, un hombre que dijo ser uno de mis ancestros. —Siris se volvió y la miró fijamente—. Los daerils dijeron que el Rey Dios solo necesitaba un alma más. Yo maté a mi ancestro, lo que podría bastar. —Siris hizo girar la espada plateada, que brilló en un rayo de luz solar.

—Fantástico —repuso ella—. De modo que lo único que tenemos que hacer es perseguir al Rey Dios y volver a matarlo. ¿Puede ser muy difícil encontrarlo, abrirse camino peleando y matar a un dios?

—Ya lo hice una vez.

La sonrisa del rostro de Isa se desvaneció.

—Te lo digo en broma, bigotes.

—Ya sé.

—Así que...

—Así que no sé —añadió él tras volver a guardar la espada en la improvisada vaina y continuar la marcha—. Siento como si toda mi vida hubiera sido controlada. Yo era el Sacrificio, y eso era todo. Me entrenaba. Me concentraba en lo que tenía que hacer para enfrentar al Rey Dios. ¿Y sabes qué? En parte podía hacerlo porque veía un final.

Ella se acercó con el caballo y prestó atención.

—Un final —prosiguió Siris, tocando la empuñadura de la Espada Infinita—. Sí. Era la muerte, pero, al menos, sabía exactamente lo que tenía que hacer. Es como... como si supiese que tenía por delante una larguísima carrera, pero, al final, con una línea de llegada, al cabo de la cual podría descansar. Durante estas últimas semanas, cambiaron esa línea de llegada. Pelear contra el Rey Dios. Oh, le has ganado. Bien, ahora tienes que volver a pelear contra él. Y si lo logras, te espera todo un Panteón del que preocuparte. Y quizá cientos de otros Inmortales de los cuales nadie te ha hablado. ¿Quieres hacer libre a tu gente? Bien, vas a tener que pelear cada momento de tu vida, como un hombre que se ahoga, luchando para mantener la cabeza fuera del agua. Así que no sé, Isa. Esta espada es un peso muerto que cargo. Debería utilizarla, pero estoy exhausto y alguien me robó el premio. Perdí toda mi niñez. Me gustaría vivir un poco por mí mismo. ¿No tiene lógica lo que digo?

—Más de la que podrías imaginar —susurró ella.

Él la miró. Aún no sabía qué hacer con Isa. A ella parecía gustarle que fuera así.

—Me parece —añadió Isa— que lo que estás haciendo es mucho más noble. Hallarás a ese Hacedor y le devolverás la espada. Nadie debería pedirte más —dijo con una sonrisa—. Y si en lugar de eso mueres, entonces cogeré la espada y la venderé por una montaña de oro.

Él la miró fijamente.

—Usaré ese oro para celebrarte un funeral magnífico —prometió Isa con solemnidad—. Me aseguraré de que el Carretero Oscuro en persona venga a llevarse tu alma y de que ningún Inmortal la pida.

—Gracias. Pese a todo, solo intentaré vivir.

—Claro. Hacer las cosas aburridas.

Siris miró con atención los dominios de Saydhi, a medida que concluían su marcha bordeando una estribación. En lugar de un castillo, esta Inmortal prefería extensos dominios con jardines ornamentales. Prácticamente no había muros, apenas algunos torrentes, extensiones de bambú y una ocasional construcción elevada.

En el centro de los jardines, se destacaba un edificio: era una estructura abierta por sus lados.

—Voy a pelear allí, supongo —dijo Siris, señalando el lugar.

—Si ella mantiene su palabra, sí —afirmó Isa—. Desafía al guardia en el camino de entrada. Si él es derrotado, eso atraerá la atención de Saydhi y alertará a los otros campeones. Ella probablemente observará desde una cierta distancia para ver si eres lo suficientemente entretenido. Si la diviertes, hará venir a su gran campeón actual. Véncelo, y tendrás tu respuesta.

—Supuestamente.

—Supuestamente —admitió Isa.

Siris respiró profundamente. Se habría sentido menos nervioso, si hubiera podido recordar cómo llevar a cabo esa danza de espadas de la Verdadera Posición.

Sus instintos —hasta entonces no sabía que los tenía— le decían que las Verdaderas Posiciones eran extraordinariamente variadas y la que debía usarse dependía específicamente del número de atacantes, de las habilidades de uno y de cómo lo iban rodeando. Emplear la posición adecuada podía concluir en una serie de golpes perfeccionados. Emplear la posición equivocada significaba quedar completamente expuesto a los numerosos atacantes.

No iba a servirse de las posiciones ese día. Iba a luchar en duelos según el antiguo ideal. A medida que avanzaban, él se sentía cada vez más nervioso, mucho más que cuando se había enfrentado al Rey Dios. Entonces, al menos, suponía conocer el resultado del combate.

—De acuerdo —dijo deteniéndose—. Espérenme aquí.

Isa alzó una ceja mientras lo miraba desempacar su armadura.

—No recuerdo —objetó ella— haberme convertido en golem para obedecer cada orden tuya.

—Eh —intervino ETCB—. Eso es lo que soy yo. ¿Te has dado cuenta de qué estás diciendo...?

—Silencio —le ordenó Isa.

—Oh.

—Soy consciente de que no necesitas hacer lo que te pido —aclaró Siris, sujetándose el guardabrazo izquierdo de la armadura—. Pero no estás en condiciones de pelear.

—Creí que estaba aquí para ayudar.

—Pero no para interferir —añadió Siris—. Estas batallas son de a dos. No quiero que tomes parte. Mi honor no lo permitiría —y la miró fijo a los ojos para darle a entender que iba en serio.

No hubo la reacción que él esperaba. Todavía montada, ella se inclinó y le puso una mano en el hombro.

—Si caes, podría sacarte de ahí antes de que terminaran contigo.

—No serías lo bastante rápida —dijo Siris—. Todos los Procedimientos Aegis incluyen golpes para acabar con el rival. Son duelos a muerte. No se trata de piedad o de crueldad, sino de cómo se hacen las cosas. Si caigo, moriré.

—Y la espada...

—Pelear no hará que la obtengas —explicó Siris—. Si ellos la reconocen, simplemente te harías matar tratando de agarrarla. Si no la reconocen, te sería mucho más fácil hacerte con ella, entrando subrepticamente sin que te vean.

—De acuerdo —repuso ella, aunque no parecía nada contenta.

—ETCB —llamó Siris—. Necesito descansar un rato antes de intentarlo.

Necesito también mi capa.

—¿Tu... capa?

—Me temo que la dejé en el campamento.

El golem parecía inquieto. Probablemente creía que Siris había dejado la capa intencionalmente. Era hora de ver cuán lejos llegaba la sumisión de la criatura.

—¿Esperarás hasta que yo vuelva? —preguntó ETCB.

—Claro.

« Dos órdenes contradictorias —pensó Siris—, pero se entiende que puede seguir las dos. ¿Qué es lo que hará?»

El golem partió murmurando para sí: « Oh, no está bien, no está bien. No está para nada bien.»

Isa lo vio marcharse y luego se volvió, alzando una ceja en dirección a Siris, mientras este terminaba de ponerse la armadura.

—¿Crees que va a funcionar?

—Si no funciona, en verdad no he perdido nada. No confío en ese golem y es mejor que se haya ido mientras hago esto.

Siris desenvainó la Espada Infinita y luego arrojó la funda a un lado, antes de unir el disco de transporte a la empuñadura del arma. Esta vez, si se le caía, sería capaz de recuperarla muy rápido.

Se puso el yelmo. Respiró el aire viciado del interior del armazón metálico.

—¿Siris? —dijo Isa.

—¿Sí?

—Trataré de colarme después de ti. Estaré observando. Tal vez, si algo sale mal, pueda...

—No te expongas a que te maten, Isa.

Ella le sonrió secamente.

—Te prometo que no lo haré, si tú prometes lo mismo.

—Es un trato, entonces —dijo Siris y abrochó las últimas tiras en el costado de su peto; luego se puso los guanteletes e inclinó la cabeza hacia ella—. Deséame suerte.

Ella meneó la cabeza.

—Los Inmortales son los que tienen toda la suerte, bigotes. Siempre la tuvieron. Tú no necesitas suerte. Precisas obstinación, agresividad y una pizca de estupidez selectiva.

—Estupidez selectiva. Sí... eso me cae justo.

Y salió del bosque, con la armadura haciendo un ruido metálico, hacia un camino tranquilo de musgo y piedras. Ahí había un daeril de guardia, esbelto y ágil.

Siris aferró su espada en la postura de quien requiere duelo formal. El monstruo adoptó una posición familiar, lo que hizo que Siris respirara aliviado. Le

era familiar. En esa postura él era excelente. Dio un paso adelante.

Comenzó el duelo.

Siris arrancó la espada del pecho del último guardia, dejando caer a la bestia como a las anteriores.

Inspiró y espiró por un instante con el yelmo puesto. Luego avanzó por el camino hasta los jardines abiertos. El cielo estaba oscuro, triste y melancólico. Había vuelto a llover.

Por un tiempo, se las arregló para olvidarse de todo lo demás... excepto de los duelos. Se concentró en ellos. Durante esos momentos, no se preocupaba ni se sorprendía. Podía luchar y buscar el solaz de una espada que giraba, de un escudo que protegía de los ataques.

El edificio abierto por los lados estaba delante. Era bello, adornado con esculturas y colores sutiles, levantado en un jardín con puentes sobre estanques y plácidos arroyuelos. Hasta entonces, nunca se había dado cuenta de que una construcción podía ser una obra de arte.

—Busco al campeón de Saydhi —gritó—. He venido a que me honren.

—Es un poco temprano para plantear exigencias, guerrero —dijo una voz femenina desde el edificio. Siris pudo ver que había allí alguien sentado entre las sombras, en un sillón acolchado. Detrás se veía una figura más grande que comenzó a moverse, adelantándose hacia la escasa luz de la tarde.

El campeón era un corpulento salvaje, casi tan alto como un trol. Podría ser un humano detrás de esa perversa máscara de plata, o un daeril. Fuese como fuese, llevaba una pequeña armadura que le dejaba el pecho —abultado tanto de músculos como de grasa— desnudo.

Siris alzó su espada. El campeón alzó otra, que parecía un machete, y bajó dando saltos, haciendo temblar el edificio al caer.

« La hora del verdadero desafío », pensó Siris.

El campeón comenzó de inmediato. Tres rápidos golpes que forzaron a Siris a retroceder.

« Gusano insolente —se dijo para sí—. Emplean nuestros procedimientos de lucha, pero no son merecedores de ellos.»

Siris atacó a la criatura, moviéndose por instinto, bombardeándolo con sus golpes.

« No deberíamos darles posiciones privilegiadas. Raidriar fue un tonto. Saydhi es una tonta. Elegir "campeones" como esos alienta a estos gusanos a pensar que son algo especial.»

Siris desarmó al campeón, luego llevó la Espada Infinita hacia delante. La piel se abrió como agua que se separa ante el paso de una anguila. Siris hundió el arma casi hasta la empuñadura y luego la sacó, volviéndose a poner en posición de ataque.

« Patético.»

El campeón se derrumbó sin hacer ruido, llenando de sangre el sendero. Siris pasó junto a la criatura moribunda.

—Impresionante —dijo con admiración la mujer sentada en el pabellón—. ¿Quién te enseñó los Procedimientos Aegis, guerrero?

Ahora podía verla mejor: una mujer delgada con una máscara dorada, escondiendo el rostro como hacían los Inmortales y sus sirvientes. Su armadura resplandecía por el oro y llevaba tiras de cuero negro.

—He venido para ser honrado —dijo Siris ásperamente, tratando de controlar la tempestad que bullía en su interior. Su calma había desaparecido. Esos Pensamientos Oscuros parecía que lo habían consumido—. Deseo que se me responda a una pregunta.

—¿Algo tan... pedestre? —respondió ella, incorporándose y caminando en círculos alrededor de él. Inspeccionándolo—. Podrías ser mi nuevo campeón. Podrías enfrentarte a mis retadores, matarlos y encontrar la gloria en la batalla. Y, por supuesto, habría otras recompensas. Riquezas, mujeres, poder. Trato bien a mis campeones.

—Una pregunta.

—Muy bien —repuso ella con un suspiro—. ¿Qué gran misterio hace reflexionar a tu pequeña mente?

—¿Dónde puedo encontrar la prisión que encierra al Hacedor de Secretos?

La mujer se quedó helada, su armadura resonó débilmente. Miró en dirección a Siris, entrecerrando los ojos.

—¿De quién eres hijo? ¿De qué Inmortal tienes sangre en tus venas?

« Responde a mi pregunta. »

—La Bóveda de las Lágrimas —contestó la mujer—. El lugar conocido una vez como Saranthia. Toma un barco y enfila hacia el oeste hasta que toques tierra; luego, sube las montañas hacia el norte. Allí lo hallarás.

Sus ojos se dirigieron parpadeando a la mano de Siris.

« La espada. La ha reconocido. »

—Pero tú no irás —dijo la diosa, levantando una mano.

Siris alzó su escudo para rechazar el cuchillo que ella seguramente le iba a arrojarse. En lugar de eso, la mano de Saydhi lanzó un chorro de fuego.

Aun detrás del escudo, el calor era abrumador. Siris tuvo la sensación de que dentro de la armadura iba a ahogarse porque el escudo no bloqueaba del todo las llamas. Por otra parte, el metal se puso tan caliente que le chamuscó la piel. Retrocedió tambaleándose, volviendo la cabeza en procura de aire fresco.

Las llamas cesaron y él se volvió hacia Saydhi, con el escudo humeando. Alzó con esfuerzo la espada e hizo la señal del que ofrece un desafío, según las leyes del antiguo ideal.

Ella bajó la mano y él creyó ver una señal de culpa en su postura. La diosa sacó de su lugar, junto al trono, una lanza alta y fina. El arma tenía una hoja

larga y dorada en un extremo.

La Inmortal la sostuvo un instante y luego lo atacó, sin mayor aviso.

Siris estaba preparado. Se arrojó en el duelo, intentando concentrarse a pesar de los Pensamientos Oscuros, a pesar de la quemadura en un costado.

Ella era buena. No tanto como el Rey Dios, pero esta vez Siris sufrió una herida. Y tuvo esos pensamientos insidiosos que lo llevaban a matar, lo llevaban a dominar, a apropiarse de los dominios de esa mujer.

Mientras ella esgrimía la lanza, él la rodeó, forzándose a mantener la distancia. Trató de atacarla por el costado. Los pensamientos lo llevaron a calcular mal y el tajo que le provocó en el punto débil de su flanco, donde se unía la armadura, fue pequeño: nada más un poco de sangre.

En su mano, la espada empezó a brillar levemente. Casi podía oírle zumbar.

Saydhi retrocedió y miró la espada. Siris podía verle los ojos detrás de la máscara.

—¿Es de verdad? —susurró. Había un temblor en su voz.

Siris la atacó, guiado por sus Pensamientos Oscuros. Ella levantó la lanza con una mano y volvió la palma de la otra hacia él, dejando escapar una explosión de fuego de un anillo recargado.

Debió estar preparado para eso. Sabía que ella tenía un anillo como el que él usaba. Sencillamente, se había acostumbrado a que sus enemigos no tuvieran esa ventaja y, por lo tanto, no había pensado con claridad.

El fuego le pegó en el pecho. La armadura, instantáneamente, se convirtió en un horno, que hizo arder su piel. Esta se pegó al metal que debía protegerlo. Siris gritó y cayó de rodillas, aspirando el olor acre de su propia carne que se quemaba.

Ella se rio, bajando la mano.

—Me pregunto con quién probar primero la espada. ¿Quizá con el mismísimo Raidriar? Él piensa que puede pasarse por aquí cuando...

Siris dejó de oírle. Activó su anillo.

La cura llegó en forma de un arranque de energía y piel nueva, con la sensación de un movimiento repentino. Los latidos de su corazón parecían un río atronador. Su respiración era rápida como un redoble de tambor. Le creció el cabello, las uñas se curvaron en sus guanteletes y el dolor se desvaneció. Cuando ella se le acercó, él se puso de pie y, con un movimiento fluido, le hundió la Espada Infinita entre los pechos, exactamente debajo de la coraza.

La diosa jadeó.

—No... tú no puedes...

Siris retiró la hoja y retrocedió, la espada brillaba con un destello palpitante que se correspondía con el que venía del propio cuerpo de Saydhi. Este creció como una hoguera, y luego salió de ella con un estallido, en una explosión de luz.

Saydhi se derrumbó.

Siris cayó de rodillas en la estructura abierta por los lados, jadeando para recuperar el aliento. Unas cuantas hojas volaron, llevadas por el viento frío que soplab a través de su coraza. La armadura todavía estaba caliente, lo bastante como para quemarlo, aunque no tanto como antes.

«He matado a otro Inmortal», pensó. ¿La respuesta que le había dado ella sobre el Hacedor había sido cierta o era una mentira?

Se levantó tambaleando y luego comprobó que la Inmortal caída estuviera muerta. Ese golpe no había sido parte de los procedimientos; había sido brutal, gutural y desesperado. Pero también efectivo. Ella no presentaba signos de vida. Vio que, debajo de la máscara, era bastante bonita. Meneó la cabeza y luego se volvió a poner de pie.

No quería quedarse mucho tiempo, en caso de que otros Inmortales, o guardias, llegaran. Por el momento, parecía estar solo, así que inspeccionó el trono; esperaba que hubiese otro espejo que respondiese a sus preguntas.

No encontró ninguno. Detrás del trono, sin embargo, vio algo que no había advertido antes: un pequeño obelisco de piedra, con una forma familiar esculpida en el frente.

Se quedó helado. Había encontrado uno similar a este en el calabozo del castillo del Rey Dios. Al introducir en él la Espada Infinita, como si fuese una llave, había abierto un pasadizo que conducía a las celdas. Era lógico: el Rey Dios poseía la única Espada Infinita, de modo que usarla como llave había sido, en cierta forma, racional. Pero este obelisco también llevaba la huella de la Espada Infinita y se encontraba en los jardines de Saydhi.

De golpe, nada tenía sentido. ¿Qué era eso en realidad? ¿Acaso todos los Inmortales tenían esos obeliscos y, si así era, podían abrirlos? Se tocó el yelmo con una mano enguantada.

«¿Qué sucede? —se preguntó—. En algún momento me han mentido.» Pero ¿cuándo?

Dudó, luego se adelantó e introdujo la Espada Infinita en la «cerradura» del obelisco. Encajaba perfectamente. ¿Qué abriría? ¿Qué secretos...?

El obelisco cayó bruscamente al suelo.

Reaccionando rápidamente, Siris hizo chasquear tres dedos a la vez para convocar a la espada. No pasó nada.

—Sí —dijo una voz pensativa—. Pensé que caerías por esto.

Siris se volvió. Detrás de él estaba el Rey Dios. La criatura llevaba una nueva armadura, parecida a la que había usado antes, casi orgánica al tacto. Siris lo reconoció, aun con ese cambio. La voz... conocía esa voz.

«Demonios.»

—Has abierto el pasadizo a mis calabozos —manifestó el Rey Dios—. Sé que has matado a los prisioneros que había allí. Sin mencionar a Archarin, lo cual es una pena. Era un sirviente útil.

El Rey Dios se adelantó; Siris podía ver de dónde había venido: una puerta que había aparecido en la hierba al lado del edificio. Desesperado, Siris hizo chasquear los dedos otra vez.

—Eso no va a funcionar —advirtió el Rey Dios—. No creas que hemos creado medios de teletransportación sin crear formas de bloquearlos. El anillo de transporte no funciona mientras la espada esté correctamente protegida.

El Rey Dios empujó el cuerpo de Saydhi con el pie, meneando la cabeza.

—Creo que estaba planeando apoderarse de la espada y traicionarme. Supongo que me hiciste un favor asesinándola. Lástima.

—Yo... —balbuceó Siris, luchando por conferirle un sentido a lo que estaba pasando.

El Rey Dios estaba ahí.

—O sea, que vives. ¿Has usado a ETCB como espía?

—¿Al transgolem? —preguntó el Rey Dios divertido—. No, lo que usé para oír fue mi anillo. Son muy útiles los anillos. ¿Para qué pensabas que se los he dado a mis esbirros?

Siris sintió frío.

—Son excelentes instrumentos para escuchar —prosiguió el Rey Dios—. Los distribuyo entre los que me agradan y entonces luchan por mí, sin saber jamás que sus premios me sirven para cuidar que no vayan a traicionarme. —Continuó mirando a Siris—: Jamás pensé que uno de mis enemigos sería capaz de usarlos.

—Claro que lo pensaste —replicó Siris—. Sin mentiras. Sabes quién soy. Perseguiste a mi linaje.

—Oh, sí, sé quién eres —añadió el Rey Dios, con una sonrisa—. Aunque estoy cada vez más seguro de que tú no lo sabes. Me gustaría saber quién envió al transgolem para espiarte.

Al lado del edificio, una amplia porción de tierra se abrió y desde abajo apareció una cámara rectangular. De ella salió un grupo de caballeros vestidos de negro, que rodearon la construcción. Uno cargaba un bulto envuelto en tela para el Rey Dios, quien sacó de ahí la Espada Infinita.

—Gracias por devolvérmela —le dijo a Siris—. Estaba preocupado por su seguridad.

—Dame la espada —ordenó Siris—. ¡Pelea conmigo!

—Creo que no. La última vez, tú... me sorprendiste. No creo que vaya a correr ese riesgo otra vez —admitió el Rey Dios bajando desde la construcción y caminando hacia Siris, quien ya no podía seguir retrocediendo sin toparse con los caballeros.

—¿Qué hay del honor? —preguntó este.

—Hay algunos a quienes les confiero el honor —respondió el Rey Dios, con una voz cada vez más fría—. Pero no a ti, Ausar. Jamás a ti.

—¿Qué? Luché contigo con honor. Te maté con honor.

—Y yo creo que ese fue el único momento de tu espantosa vida en que mostraste honor ante alguien —dijo el Rey Dios en voz baja y alzó la espada hasta tocar con la punta el cuello de Siris.

—No sé de qué estás hablando.

El Rey Dios se rio.

—¿Realmente no sabes? Qué irónico. ¿Qué te has hecho a ti mismo, Ausar? —preguntó y retiró la espada como para golpear.

Siris notó que algo se movía del otro lado del edificio. Detrás de los caballeros, una figura oscura se arrastraba a lo largo de la parte baja del muro del jardín. Ninguno de los guardias la veía. Estaban concentrados en él. Ella no debía estar ahí. Isa. Llevaba su ballesta.

« ¡Mintió! —pensó Siris—. ¡Al fin y al cabo no era tan difícil arreglarla!» Se rio, tanto de horror como de incredulidad.

El Rey Dios dudó, con la espada levantada.

Isa le apuntó con la ballesta a la espalda del Rey Dios.

« No va a funcionar —pensó Siris—. No lo matará. Probablemente ni siquiera lo detenga...»

Ella hizo puntería lentamente, de modo que el blanco quedase más allá del Rey Dios. Apretó el gatilló. La flecha voló, trazando una raya en el jardín entre los caballeros.

Acertó a Siris directamente en la frente.

El cuerpo de Ausar se sacudió con el golpe repentino y luego se derrumbó en el suelo.

El Rey Dios quedó paralizado. Eso no formaba parte de su plan.

—¡Qué es esto! —rugió, volviéndose y señalando la figura oscura, que ya se había lanzado por el camino para salir de los jardines.

¿Un asesino? ¿Acaso esa saeta le había estado destinada?

Se puso a gesticular y tres de sus caballeros salieron en busca del asesino.

El Rey Dios gruñía. Por vivir en jardines como ese, Saydhi había dejado demasiado expuestas sus propiedades. Era casi imposible crear una buena frontera que sirviera de defensa.

—Nos vamos —dijo, sintiéndose repentinamente expuesto. Demasiadas cosas habían salido mal últimamente. Y se dirigió al elevador que lo llevaría nuevamente al complejo subterráneo de las propiedades de Saydhi.

—¿Qué hay de este, gran amo? —preguntó uno de los caballeros, pateando el cuerpo caído de Ausar.

—Ahora es apenas una cáscara —respondió el Rey Dios—. Pueden quedarse con la armadura como premio... y recupérenme el anillo. Quemén el cuerpo.

Caminó hacia el elevador, mientras los caballeros obedecían sus órdenes y protegían la zona. A corta distancia, oyó los cascos. El asesino tenía un caballo.

El Rey Dios estaba intranquilo. Una tentativa de asesinato en su contra carecía de sentido, aunque hubiera gente que aún lo intentara. Deliberadamente, él impedía que la gente de esa isla conociera la verdadera naturaleza de los Inmortales. En tanto pensaran que podían matarlo, concentrarían su rebelión en asesinos y en enviar guerreros a desafiarlo.

No, la tentativa de asesinato no era lo que le inquietaba. Lo que le preocupaba, mientras el elevador empezaba a descender, era que esa flecha no le hubiera estado destinada. Que hubiera estado dirigida al blanco en el que había dado.

Si ese fuera el caso, alguien había sabido que había que matar a Ausar antes de que el Rey Dios pudiera golpearlo con la Espada Infinita. Y eso significaba que alguien sabía más de lo que debería saber.

Siris se despertó con un profundo estertor. Era el grito ahogado y sin control de quien no ha respirado durante demasiado tiempo. El jadeo del muerto que retorna a la vida.

Se sentó bruscamente, algo líquido y viscoso se deslizaba sobre su torso desnudo. Estaba sentado en una tina de metal en una cámara oscura, iluminada apenas por unas pocas luces rojas parpadeantes.

Espiraba e inspiraba, la baba viscosa le goteaba de la barbilla. Levantó una mano temblorosa para tocarse la mejilla.

—Maldita sea —murmuró—. Soy uno de ellos.

—Estuve aquí sentada durante horas la primera noche —susurró una voz.

Él se volvió a un lado. Isa estaba sentada en un rincón, sobre el suelo metálico, las rodillas levantadas y su abrigo oscuro desparramado alrededor.

—Te he observado —dijo ella, mirando fijamente hacia delante. No a él. En realidad, a nada en especial—. He observado cómo subía y bajaba tu pecho. Me senté aquí, contando solo conmigo misma. Aterrada. Eras uno de ellos. Lo sabía. Te había visto usar uno de sus anillos. Te había escuchado proclamar que habías matado al Rey Dios con su propia espada. Habías luchado como uno de ellos, como una... una criatura de otra época. Demasiado perfecto para ser completamente humano. Un guerrero no puede desarrollar tal habilidad en apenas una vida. Luchaste como un dios.

Él parpadeó, luego se limpió la baba del rostro. « Que el infierno me lleve... no puede ser cierto...»

—Y, sin embargo —murmuró Isa—, conmigo fuiste amable. Sabía que debería haberte derribado, haberte quitado la espada. Yacías a mi lado simulando honestidad, simulando bondad, soltando todo ese sinsentido sobre el Sacrificio. Me estabas tomando el pelo. ¿Para qué, si no, se comportaría así uno de los Inmortales, haciéndose pasar por un mortal?

—No sabía —murmuró Siris—. Yo...

—Me quedé helada —dijo ella, algo más tranquila—. Observándote yacer allí. ¿Qué debía hacer? ¿Actuar según las mentiras que tú sostenías, o según la honestidad que yo veía en tus ojos? No era una elección fácil. En lo profundo de la noche, ganaron mis miedos —añadió y levantó la vista para encontrarse con los ojos de él, al otro lado de la pequeña cámara—. No era una traición, ya que me habías mentado. Obviamente...

Siris tosió, tratando de sacarse de la boca algo de la viscosidad.

—Aparentemente, también me he mentado a mí mismo.

Cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza, resoplando.

« Esto no puede ser posible.»

—¿Realmente no te acuerdas de nada? —preguntó la muchacha—. Probablemente has vivido mil años.

—Lo único que recuerdo es mi propia vida —dijo él—. Haber crecido en Drem's Maw, que me hayan dicho que era el Sacrificio. Buscar al Rey Dios —señaló, respirando profundamente—. Soy solo una persona. Que el infierno me lleve, una persona común y corriente.

—No peelas como alguien común y corriente.

Siris intentó ahuyentar los pensamientos que le perseguían. Recuerdos de su infancia. Veteranos que habían dejado de servir al Rey Dios y que habían llegado

para entrenar al Sacrificio. Habían dicho que Siris era demasiado bueno. Que aprendía muy rápidamente. De niño, había sido capaz de pelear tan bien como cualquiera de ellos. En la adolescencia, lo habían nombrado maestro de duelos en toda gran ciudad.

A los veinte había sido lo bastante bueno como para vencer al Rey Dios.

«... demasiado perfecto para ser completamente humano... luchaste como un dios...»

—De vez en cuando he visto algo en tus ojos —continuó Isa—. Algo profundo, un... cambio. Repentinos destellos de arrogancia.

—La Espada Infinita —protestó Siris abriendo los ojos—. Me estaba corrompiendo.

Ella alzó una ceja.

—¿Por qué un arma diseñada para liberar a la humanidad, para derrotar a los Inmortales, corrompería a quien la use?

—Yo...

«Se burla de mí. Mátala.»

De pronto, tomó conciencia. Esos pensamientos no eran externos. Formaban parte de él. Una parte verdadera de él.

—Eso es lo que he sido... —murmuró—. Eso es lo que solía ser. Uno de ellos. Oh... Verdad...

Casi podía recordarlo. Ahuyentó esos recuerdos instintivamente. No. No los quería. Los odiaba.

Odiaba al que había sido. Lo odiaba.

—¿Quién eres tú? —preguntó Isa.

—Ojalá lo supiera —respondió, y era una mentira. No quería saber nada sobre ese hombre, el que tenía esos Pensamientos Oscuros. El hombre que odiaba todas las cosas, el que se mantenía aislado, el que actuaba como si gobernara sobre todos.

El Rey Dios lo había llamado Ausar.

Siris meneó la cabeza y comenzó a levantarse de la tina. Entonces se dio cuenta de que estaba completamente desnudo.

—¿Mis ropas?

Ella indicó con la cabeza en dirección a un pedestal que había al lado de la tina, y ni siquiera tuvo la decencia de ruborizarse. Malditos avrianos.

—Es todo lo que encontré. Tu ropa se incendió; tuve que cargar lo que quedó de ti hasta este lugar. Estabas muy quemado. Te quité lo que quedaba de tu ropa; no sabía si el renacimiento iba a funcionar con la ropa puesta.

Siris deseó tener una toalla. La cámara era toda de metal, con unas pocas tinas llenas de viscosidades.

—Debería funcionar. He visto la cámara del renacimiento del Rey Dios. Tenía... copias de sí mismo, completamente vestidas con armadura, esperándole.

—No sé si has visto lo que piensas haber visto.

—Se parecía bastante a lo que te he dicho —repuso él. Tras dudar un momento, salió por el lado opuesto, haciendo que la amplia tina que le llegaba hasta la cintura quedara entre ambos por una cuestión de pudor. Como mejor pudo, empezó a quitarse la materia viscosa del cuerpo.

—Creo que al lado de la tina hay una manguera —le indicó Isa.

Tenía razón. El agua estaba fría.

—¿Supongo que estamos en la cámara que visitaste aquella vez? —preguntó Siris—. Esa, la de la ladera de la montaña.

—Sí.

—Sabes que rompiste tu promesa. Me asesinaste.

—¿Habrías preferido la otra alternativa? —saltó ella—. Él iba a matarte con la espada.

Siris se quedó helado, el agua le caía por el brazo. Ella lo había matado para salvarlo. Debería haberse dado cuenta antes, pero todo había sucedido muy rápidamente.

—Era consciente de que no iba a poder luchar para llegar hasta ti —dijo Isa—. Y no sabía si la flecha de una ballesta podría detenerlo a él. No sabía si... lo que pensé... Bueno, ya no sabía qué pensar. Me arriesgué. Es lo que hago siempre. Mi padre me decía que era una mala costumbre.

Él continuó lavándose, preocupado.

—Tendrías que estar agradecido —prosiguió ella—. No te diré lo que fue llegar hasta allí evitando a sus esbirros. Cuando finalmente llegué, ellos habían quemado tu cadáver. Recogerte no fue una experiencia placentera, ni para mí, ni para *Nams*, que te cargó hasta aquí. Este lugar parecía la mejor opción. Supe... bueno, supuse que algunas de las cosas que había oído eran verdad. Si te hubieras quedado solo, tu alma habría buscado un nuevo cuerpo. Pero, si tu cadáver permanecía en una de estas tinas, el alma encontraría tu cuerpo. La tina reparó tus despojos y el cuerpo empezó a respirar nuevamente, así que el alma retornó. Tardó un par de semanas.

—¿Semanas? —preguntó él—. ¿Has estado esperando aquí a mi lado durante semanas?

Ella no dijo nada y él terminó de lavarse, para empezar a vestirse.

Isa se sentó en silencio, mirando fijamente hacia delante otra vez. Esa experiencia parecía haberla perturbado notablemente. No era la única.

Cuando Siris estaba terminando de calzarse las botas, Isa deslizó algo por el suelo. Una espada.

—Se la quité a uno de los campeones que tú mataste —dijo.

Siris sujetó la vaina de la espada a su cinturón.

—Dijiste que tus ancestros combatieron contra el Rey Dios —añadió Isa—. Que tu padre, tu abuelo, fueron a pelear y murieron. ¿Has pensado que jamás

has tenido padre ni abuelo? En todo caso, si los hubieras tenido, tendrían que haber muerto hace miles de miles de años.

—Pero... el Sacrificio...

Ella se encogió de hombros.

—Algo huele a mentira. A gran mentira. Tú no naciste, Siris.

—Fui un niño. Lo recuerdo.

—Yo... Bueno, y no sé cómo explicar eso.

Las preguntas quedaron para otro momento.

—Necesito una armadura.

—Tal vez podrías quitarle una a alguno de los daerils muertos —repuso Isa—. Los guardias de Saydhi. Me parece que los esbirros del Rey Dios los dejaron atrás.

Él asintió, luego la miró. Se quedó sorprendido por la frialdad que vio en sus ojos.

—Isa... —le dijo.

—Eres uno de ellos, Siris —respondió ella en voz baja—. Yo... Me cuesta entender todo esto. Uno de ellos, Siris. *Shemsta macorabi natornith na...* —añadió y cruzó los brazos, temblando visiblemente. Parecía enferma.

«Mátala —dijeron los Pensamientos Oscuros—. Sabe demasiado sobre ti.»

De pronto él descubrió que se estaba aferrando a la tina de reencarnación, con los nudillos blancos de tanto apretar. Ella tenía razón, era un monstruo.

—¿Qué harás? —preguntó Isa.

—Antes de morir, Saydhi respondió lo que le pregunté. Sé dónde hallar al Hacedor de Secretos.

—Pero, él es tu enemigo —objetó la muchacha—. Él creó el arma para matar a los Inmortales y quiere eliminarte.

—No soy uno de ellos —dijo Siris con firmeza—. No me permitiré serlo.

—¿Y qué es lo que te dará el Hacedor? —preguntó ella—. Ya no puedes entregarle la Espada Infinita. De modo que, ¿para qué ir? Querías la libertad, Siris. Bien, el Rey Dios tiene nuevamente su espada y no sabe dónde encontrarte. Y si alguna vez le importaste, creo que ya no le preocupas porque tiene que concentrarse en los Inmortales con sus ejércitos, sus tierras y su influencia. Tú puedes desaparecer. Eres libre.

Darse cuenta de eso fue como ser alcanzado por un relámpago.

Sin expectativas. Sin responsabilidades. Podía escapar, vivir su vida.

—¿Vendrías conmigo, Isa? —le preguntó de golpe a la muchacha, tendiéndole la mano.

Isa contempló su mano, luego alzó la vista y lo miró a los ojos. Finalmente, le dio la espalda.

—Isa... —volvió a decir él.

—No sé qué pensar, Siris —respondió la muchacha—. Eres uno de ellos. Sé

que no es justo, pero... es complicado.

—Sigo siendo yo, Isa.

—¿Sí? —preguntó ella—. ¿Estás del todo seguro?

«No del todo», admitió él para sí. Los Pensamientos Oscuros le rondaban en su interior, más fuertes que nunca. Trató de explicárselo a Isa de otro modo, pero no encontraba las palabras.

—Vine a buscar la Espada Infinita —dijo Isa—. Y voy a seguir buscándola. En eso... en eso necesito concentrarme ahora. Lo siento.

Y caminó hacia la salida.

—Isa —llamó él.

Ella se detuvo.

—Te libero de tu promesa.

—¿Mi promesa?

—La de no matarme —respondió Siris—. Si cuando vuelvas a encontrarme, no soy yo mismo... si en verdad me he convertido en uno de ellos... quiero que hagas lo que tienes que hacer.

Ella se quedó en la puerta y él esperó algún comentario sarcástico. Algo como «Ya te he matado una vez. ¿No te parece que tengo mejores cosas que hacer?». Siris sonrió.

Pero no hubo comentarios.

—Está bien —dijo ella—. Es una promesa.

Él sintió un escalofrío y ella se marchó, atravesando el pasillo. Siris oyó que una puerta se abría y la tenue luz del sol iluminó el túnel metálico.

Se sentó en el suelo de acero y luego se recostó.

«Todo lo que he sido —pensó—. Todo lo que soy... es una mentira.» Si eso era cierto, entonces él era un anciano, alguien no del todo humano.

Su madre no era en verdad su madre.

Su hogar no era realmente su hogar.

Podía recordar algunas cosas, fragmentos que no habían estado ahí antes de que él muriese, pero ahora podía verlos. Sombras en su memoria.

Eran fragmentos de una vida, una vida muy larga, que él había tenido.

Se oyeron ruidos en la puerta. Se puso de pie, esperanzado. ¿Isa que volvía?

Oyó una voz cada vez más cerca. Pronto la reconoció.

—... ¡mal, mal, mal! ¡Ay! ¡Ay! —exclamó ETCB entrando en la cámara, que parecía una pequeña cueva. Venía con su cuerpo de madera y una túnica; sus ojos celestes como gemas buscaban inquietos. Cuando vio a Siris, se quedó paralizado, luego miró la tina y chilló con espanto. El pequeño golem cayó de rodillas.

—¡Malo, muy malo! Oh, esto es malo. ¡Yo tenía que destruir el cuerpo! ¡Órdenes! ¡Mis mandatos! ¡Debías renacer como niño! ¡Oh, día terrible!

—ETCB —exclamó Siris con una voz imperativa—, ¡detente!

El golem hizo silencio.

—Soy tu amo, ¿no? —dijo Siris—. El Inmortal para el que espías. Ese soy yo. Antes de que mis recuerdos desaparecieran, te ordené que me cuidaras, ¿no?

—Oh, muy mal —dijo el golem, temblando—. Amo, ¡lo he intentado! La seguí a ella hasta aquí, ¡pero ella bloqueó la puerta! Me escondí fuera durante semanas. Ella me observaba. Lo he intentado. Lo juro. Lo he intentado, pero no pude hacerme lo suficientemente pequeño como para entrar. Cada vez que ella salía, cerraba la puerta con llave. Me vigilaba. Lo he intentado. Lo juro.

—Háblame de mis nacimientos, de cuando era niño —pidió Siris. Se sentía adormecido. Separado de sí mismo.

—¡Hice lo que se me ordenó, amo! Cada vez que renacías, te llevaba como un bebé ante una joven, ¡te buscaba un hogar en el que crecieras! Alteraba la memoria de esa joven para que te sintiese como su hijo y creyera que estaba casada con el anterior Sacrificio, ¡tal como tú me habías ordenado! Hacía que se mudara a otro pueblo, donde no la conocieran. Pero, ¡eso está mal, muy mal! Tú... tendrás recuerdos —susurró el golem—. Recuerdos terribles, amo. Terribles, terribles.

—Lo sé —dijo Siris en voz baja. Le echó una mirada a la espada que Isa había encontrado para él. Era una buena espada. Necesitaría una armadura; tal vez, como Isa había sugerido, podría quitársela a algún Aegis al que hubiese matado en los jardines. Si el Rey Dios había abandonado los cuerpos, iba a ser espantoso recuperar la armadura, pero no tan espantoso como ir al combate sin ella. Si lo hacía, probablemente terminaría...

Muerto. «Que el infierno me lleve —pensó—. Eso ya no importa realmente.» Darse cuenta era surrealista. ¿Así es como se sentían los Inmortales? Si no podían morir... eran muchas las cosas que ya no tenían valor.

Los Pensamientos Oscuros parecieron complacidos.

—ETCB —dijo.

El golem lloriqueaba.

—Vas a contarme —prosiguió Siris— quién era yo, antes.

—Se me ordenó no hablar de eso —respondió ETCB—. Se me ordenó.

—Pero soy yo quien te lo ordenó. Ahora anulo esa orden.

—No es posible, no es posible —repitió ETCB—. Dijiste que yo no podía. No puedo.

Siris suspiró. « Bien. Dejaré eso para más tarde.»

—¿Quién era el que decía ser mi ancestro, el que maté en la cámara que hay debajo del palacio del Rey Dios? ¿Acaso al matarlo desperté la Espada Infinita?

—Sí, amo.

—Pero, en realidad, él no era mi ancestro —añadió Siris, frunciendo el ceño—. No pudo haberlo sido. Si todo esto es verdad... no tengo ancestros. Al menos, ninguno que pudiera estar vivo todavía.

—Yo...

—Habla —le exigió Siris, descubriendo que la voz autoritaria le salía fácilmente, pero inesperada.

—Ese era tu hijo, amo —respondió ETCB servilmente—. A veces no peleabas con el Rey Dios. A veces, durante algunas generaciones, no pude cambiar bastantes recuerdos como para convertirte en el Sacrificio. En otras ocasiones, te negabas a venir. Ese hombre... era uno de tus hijos, durante una generación en que te casaste, te hiciste viejo y tuviste hijos. Ese fue elegido como Sacrificio en tu lugar. Pero en vez de luchar contra el Rey Dios, se le unió.

Siris parpadeó sorprendido. «Que el infierno me lleve... ¿estuve casado? ¿Tuve hijos? ¿Cuántas veces?» No se acordaba de nada de esto, ningún detalle, pero repentinamente se sintió vacío.

—Morir y renacer en una de estas tinas, y no como niño —dijo—. ¿Eso me trae recuerdos?

—¿Trae recuerdos terribles! —agregó ETCB—. Oh, no debería haber ocurrido así. Tienes que limpiar tus recuerdos, amo. Para no tener que limpiarlos cada vez, hacerte nacer como niño los mantiene alejados. Pero ahora...

—¿Será peor? —preguntó sombríamente.

—Mucho peor —respondió ETCB en voz baja—. Cada renacimiento hará que sea peor. Volverás a ser él nuevamente, amo. ÉL.

Entonces había algo que pagar. Algo terrible. Si los Pensamientos Oscuros, la sombra en su mente, eran lo que él había sido, y si al morir volviera a convertirse en eso... Bueno, eso parecía peor que morir y no volver a despertarse.

—Me aseguraré de no volver a morir —dijo—. Pero si muero, ETCB, me traerás aquí. Para renacer con mis recuerdos.

—Amo —susurró ETCB—, mejor volver a ser niño. Mucho, mucho mejor.

Era tentador. Podría ahuyentar todo aquello. ¿Acaso no era eso la libertad? Pero si era así...

—¿Por qué el Sacrificio, ETCB? —preguntó.

—Al principio no había uno, amo —respondió este—. Siempre has odiado a Raidriar y creo que respondiste a su búsqueda para activar la Espada Infinita. En una de tus generaciones fuiste a pelear contra él y él se fijó en ti, aunque eras el hijo de un Inmortal. Él creó el Sacrificio, toda la tradición. Y tú... con frecuencia querías ir a pelear contra él, y cuando no pude convertirte en el Sacrificio, te prometiste a ti mismo ser el que fuera a pelear contra él. Lo mejor fue hacerte pensar, a ti y a quienes te rodeaban, que eras el hijo del anterior Sacrificio. La gente había comenzado a notar la semejanza de tus rasgos, y a ves...

De modo que los campeones que habían ido a pelear contra el Rey Dios habían sido Siris. Todas las veces, siempre él, en una vida diferente. Apenas podía recordarlo vagamente. Llegar al palacio del Rey Dios, caer durante la pelea. Una y otra vez. Esos fragmentos de recuerdos lo hicieron temblar.

« El Rey Dios no lo sabía —pensó Siris—. Él ha encontrado lo que creía que era el linaje de un Inmortal. Debe de haber descubierto la verdad solo recientemente.»

Tantas vidas. Tantos fracasos.

« Pero podría huir» , pensó Siris, de pie en la silenciosa caverna de acero. Su útero. « Podría ser libre. Tengo suficiente memoria para estar alerta, pero no tanta como para corromperme.» Era perfecto. La posibilidad de vivir una vida libre de obligaciones.

Y si él hacía eso, dejaba al Rey Dios con un poder enorme. Un arma, finalmente activa, capaz de matar a los otros Inmortales. Siris abandonaba a su gente, a su madre, en la esclavitud.

Se quedó de pie un largo rato, respirando con los ojos cerrados y las manos en la empuñadura de la espada.

« Termina lo que empezaste...»

Estaba en perfecta posición para huir, pero también en perfecta posición para pelear. Alguien que tenía los poderes de los Inmortales, pero la mente, las pasiones y el honor de un hombre común. Por el momento, al menos.

Honor. ¿Acaso tenía realmente honor?

Durante toda su infancia, le habían organizado la vida. Ahora se daba cuenta de que esas últimas semanas habían sido las primeras en las que había tenido la oportunidad de elegir por sí mismo. ¿Qué es lo que elegiría? Abrió los ojos.

—ETCB —dijo—. Si muero, me traerás aquí para renacer. Con mis recuerdos —agregó, desembarazándose de los Pensamientos Oscuros—. ¿Lo harás, ETCB?

El golem se puso a lloriquear.

—ETCB, te lo ordeno.

—Obedeceré —murmuró el golem. Al parecer, iba a atenerse a algunas órdenes anteriores, pero se tomaría cierta libertad con otras.

—Vamos a localizar al Hacedor de Secretos —dijo Siris, poniéndose en marcha, con ETCB a su lado—. Lo liberaré. Y entonces buscaremos un modo de volver a combatir.

No porque tuviera que hacerlo. Sino porque él elegía hacerlo. Por ahora, la lista que había escrito en su diario debería esperar. La verdad era que, probablemente, ya había hecho todo lo de la lista más de cien veces, aun si no lo recordaba.

Sin embargo, salvar el mundo... eso era algo que estaba seguro de no haber hecho.

Agradecimientos

Este proyecto no habría existido sin la gente de ChAIR Entertainment. *Infinity Blade* es su historia, yo me limité a subir al tren. En un lugar destacado, Donald y Jeremy Mustard son los que imaginaron el primer juego y plantaron las semillas de la historia que dio origen a este libro. Ambos tienen mucho que ver con el resultado y son unos tipos maravillosos. No menos meritoria es Laura Mustard, la esposa de Donald, por su excelente ayuda con la publicidad y el marketing. Mi asistente, el activo Peter Ahlstrom, dio lo mejor de sí en este libro, en el que trabajó largas horas sin limitarse a corregir el estilo, sino dando coherencia y entusiasmo a la edición. La maqueta es totalmente suya. El diseño de la tapa de Adam Ford y de Donald Mustard es brillante, una de las mejores que he tenido. Finalmente, muchas gracias a la gente de ChAIR. A Simon Hurley, que es un buen editor, a Bert Lewis, Brandon Campos, Jim Brown, John Farnsworth, Josh Andersen, Michael Low, Nathan Trewartha, Orlando Barrowes, Scott Bowen, Scott Stoddard y a todos los de Epic Games. Como siempre, gracias por leer.

Brandon.